

Primavera en
Kingeston House 3

Un VIZCONDE para Lily



ENCARNA MAGÍN

Selecta

Un vizconde para Lily

SERIE

Primavera en Kingeston House 3

Encarna Magín

Selecta

Capítulo 1

Julio de 1813, Londres

Lily, Violet, la marquesa de Wendy y la duquesa de Kingeston acababan de llegar a Vauxhall Gardens, ubicado al sur del río Támesis. Ese día se celebraba el éxito de Wellington contra las tropas napoleónicas en la ciudad española de Vitoria. Una batalla acontecida el mes de junio y que había sido decisiva en la Guerra de Independencia. Tal evento estaba causando tanto revuelo que incluso se había creado una colección de vestidos inspirados para la ocasión. Los edificios estaban iluminados, en cuyas fachadas habían colocado inscripciones sobre la gesta, donde resaltaban las palabras «Vitoria» y «Wellington».

Sin duda, el militar era un héroe, y Londres quería rendirle un homenaje con una suculenta cena y un baile en Vauxhall Gardens, que habían engalanado para la ocasión con luces y muchos detalles en oro y plata. También dispusieron en una tarima una mesa presidencial para un banquete en el que había sido invitada la selecta aristocracia, como la duquesa viuda de Kingeston y su hijo el duque, los condes de Hampford, los marqueses de Befast y la marquesa de Wendy, entre otros. Además, acudiría al evento el príncipe Federico, los embajadores de Rusia, Portugal y España, un representante de Turquía y otro de la Cámara de los Comunes. Sería el acontecimiento del año, del que se hablaría durante meses; por ello, no era de extrañar que la ciudad se hubiera volcado para que todo saliera a la perfección.

Lily y Violet no acudirían a la cena y baile, pues todavía eran demasiado jóvenes y no habían sido presentadas en sociedad. Sin embargo, la duquesa, consciente de la curiosidad de sus sobrinas, había decidido llevarlas a dar una vuelta por Vauxhall Gardens a fin de que pudieran admirar los preparativos.

Los ojos de las muchachas casi no pestañeaban ante los vistosos adornos. Caminaban despacio por el recinto, protegidas por parasoles blancos de encaje. El astro rey estaba en el cenit del día y extendía sus rayos con fuerza. La duquesa sonreía feliz al verlas tan impresionadas; a decir verdad, ella misma no podía sentirse más dichosa.

Lo cierto era que, desde que su hijo había aparecido, se había quitado años de encima y se veía reflejado en su rostro, en el cual las líneas de vejez habían suavizado sus formas. Si no fuera por

sus párpados caídos y por su perigallo, nadie hubiera dicho que ya contaba con más de sesenta años.

La duquesa no podía dejar de pensar en su hijo Edward y no escondería su júbilo cuando ambos se sentaran en la misma mesa que Wellington. Podía decirse que sería el primer evento importante al que acudirían juntos. De hecho, el flamante duque ya había hecho acto de presencia el invierno pasado cuando recién empezaba la nueva temporada. Se presentó como Edward Kingeston, el hijo perdido de los duques de Kingeston, el cual fue secuestrado en su cuna siendo un bebé.

Para Alexia todos esos años de sufrimiento habían quedado atrás, y se sentía la mujer más dichosa. Tanto era así que incluso guardaba los folletines de sociedad en los que se nombraba a Edward, el duque de Kingeston, y lo describían como un hombre apuesto y con un futuro brillante a su alcance. Aun así, a pesar del buen recibimiento, siempre había espacio para los cotilleos malintencionados, cargados de falsedades y exageraciones. Pero ella se valió de su poder e influencia y los acalló más pronto que tarde. Era fácil tapar bocas con dinero y privilegios. Si una cosa había aprendido a lo largo de su vida era que todos tenían un precio.

A pesar de todo, se sentía satisfecha, pues toda la aristocracia había recibido al duque de Kingeston con los brazos abiertos y había entrado en su círculo privilegiado por la puerta grande. Era como si nunca hubiera desaparecido; aun así, reconocía que Edward necesitaba mejorar. Nunca había recibido la educación que conllevaba su elevada posición y, a pasos forzados, estaba aprendiendo todo lo que significaba ser un noble. Estaba recibiendo clases en todas las disciplinas y ella se sentía muy satisfecha, ya que él daba muestras de ser un hombre inteligente y estaba aprendiendo muy rápido. Más le valía, porque pronto tendría que buscar esposa y engendrar muchos hijos para perpetuar su linaje. Cada vez que lo pensaba, su corazón latía de goce al imaginarse rodeada de nietos. Sus sobrinas y la aparición de su hijo le habían devuelto las ganas de vivir. Quedaban lejos, muy lejos, los días oscuros en los que solo lloraba. En más de una ocasión había pedido a Dios que se la llevara junto a su amado esposo. Pero esa chispa que siempre había revoloteado en su interior, que la instó a buscar a su retoño perdido, la mantuvo en el mundo de los vivos. Y daba gracias por no haber sucumbido nunca.

Alexia soltó una carcajada al contemplar las sonrisas de sus amadas sobrinas, estaban hermosas con sus vestidos veraniegos de cintura alta, Lily lo llevaba en un tono verde agua; y Violet, rosa pálido. Eran la viva imagen de la sorpresa, y no era para menos. Vauxhall Gardens estaba decorado con todo tipo de adornos, y las flores y plantas lucían un aspecto fresco y radiante que aportaban al ambiente un aroma dulce y sereno. Desde luego que no se había dejado ningún rincón a la improvisación, y todo había estado diseñado de antemano. Además, el ambiente cálido y luminoso del mes de julio bañaba la zona de un dorado magnífico.

—Está todo precioso. Nunca había visto nada tan bonito —comentó Lily, sus redondos ojos negros brillaban de emoción, no daba abasto para mirar todos los rincones—. Ojalá pudiera ir a la cena y al baile de la noche.

—Sabes que aún no has sido presentada en sociedad, pero ya te queda muy poco, querida —le recordó Lousia Foster, la marquesa de Wendy, que caminaba en paralelo.

—Solo te queda un año —mencionó risueña Violet.

La muchacha tomó la delantera al percatarse de la enorme fuente ornamental. Se acercó a paso decidido y se quedó prendada de los nenúfares blancos que flotaban sobre el agua. Lily también se aproximó a contemplar esa maravilla.

—¡Oh, hay peces! —exclamó, la sombrilla cayó hacia atrás, el sol dio de lleno en su rostro y los tirabuzones castaño rojizo que sobresalían de su sombrero relucían como si hubieran recibido un baño de sol—. Mira, Violet, qué bonitos son. Hay naranjas, bermellones y amarillos.

Violet miró en la dirección donde señalaba su hermana y le pareció que bajo las aguas habitaba un arcoíris; era precioso admirar los vertebrados nadar con sus escamas brillantes. De pronto, las bocas de los peces sobresalieron por encima de la superficie del agua y boquearon como si saludaran a las muchachas. Lily no se dio cuenta de que un par de caballeros se habían acercado también al lugar. La risa del más joven llamó la atención de la dama, ya que tenía la sensación de que la había escuchado en alguna otra ocasión. Alzó la vista y sus ojos se posaron en el propietario de esa carcajada. Entonces, de su boca salió una honda exclamación y su corazón dejó de latir.

Lily miraba al desconocido con ojos de haberse zampado un dulce de crema y nata. A pesar de los años pasados, ella reconocería esa mirada entre millones, de un tono azul cielo brillante con pequeñas motas doradas alrededor del iris. Nunca hubiera imaginado que aquel crío enclenque se hubiera transformado en un hombre con un porte tan señorial y viril.

Empujada por la emoción y olvidando toda prudencia y modales, se acercó al desconocido y tiró de su manga para que le prestara atención, un gesto que provocó que Alexia, sorprendida, boqueara como los peces de la fuente porque su sobrina mostraba una educación nada refinada. No entendía el motivo de su reacción, y más teniendo en cuenta que Lily había sido la más aplicada de sus sobrinas. Siempre tuvo claro el papel que debía desempeñar en la sociedad para asegurarse un buen futuro junto a un buen esposo y dejó claro, desde el primer momento, que no necesitaba amarlo para casarse con él.

—Hola, capitán, ¿te acuerdas de mí? —preguntó Lily.

El individuo y su acompañante se miraron y se quitaron el sombrero en señal de cortesía.

—¿La conozco, señorita? —preguntó el más joven.

El hombre se sintió intimidado al percatarse de que ella lo miraba embobada.

—¿No me reconoces?

La joven lo contemplaba con una radiante expresión en el rostro. Él llevaba el pelo castaño corto, con patillas, sus cejas seguían igual de rectas y delgadas. Sus labios eran más carnosos en el centro, en ese instante no sonreía, pero Lily sabía que cuando lo hiciera su expresión tomaría un aire seductor.

—Lo siento, pero no —informó él.

Ella salió de su embeleso y la respuesta frustró a Lily. ¿Cómo era posible que no se acordara? Si ella había sido capaz de reconocerlo, a pesar de los años transcurridos, no entendía por qué él no.

Alexia se acercó a su sobrina, el lugar estaba lleno de gente y ya eran muchos que le dedicaban miradas de censura por observar al hombre con tanto descaro, no podía apartar sus ojos del individuo.

—Perdone, caballero —intervino la duquesa, deslizando su mano por el pliegue del codo de la muchacha—. Mi sobrina se ha confundido.

—No, tía Alexia, no estoy confundida —contradijo Lily.

Ella no dejaba de observarlo, buscaba en los ojos celestes con pequeñas motas doradas alguna señal que le mostrara que la reconocía. Pero el semblante de él estaba tallado en roca y daba muestras de enfado.

—Querida, es mejor que nos vayamos —intervino Lousia acercándose a la muchacha antes de provocar un escándalo.

Sin embargo, Lily no pensaba marcharse e insistió.

—¿Te acuerdas cuando venías a mi casa a las afueras de Edimburgo a jugar con mis hermanas y conmigo? Mi madre nos preparaba sándwiches y limonada.

El hombre negaba con la cabeza al tiempo que la miraba como si ella se hubiera vuelto loca. La sien le palpitaba, temió que lo aquejara otro de sus terribles dolores de cabeza, y se llevó la mano al lugar, pero restregando la zona no aliviaba el dolor. El otro caballero se percató y creyó que era el momento de irse.

—Lo siento, pero mi sobrino Angus y yo debemos marchar.

Alexia abrió los ojos como platos.

—¿Usted el lord Angus Chapman, vizconde de Wilbur? —preguntó dirigiéndose al más joven, este asintió no con mucho énfasis, inmediatamente después se centró en el otro—. Y usted debe ser el honorable Robert Chapman, el hermano del anterior vizconde y tío del actual.

—No está usted equivocada, duquesa de Kingeston —mencionó Robert.

—Oh, me ha reconocido —expresó Alexia—. Me alegra saber que los años no me han maltratado mucho —añadió con humor.

Robert se rio, no así Angus, ya que su dolor de cabeza iba en aumento, pero disimuló su malestar. Por suerte habían dejado de ser el centro de atención y la gente pasaba de largo.

—Al principio tenía mis dudas, pero su sobrina la ha llamado «tía Alexia», y me ha aclarado la duda. Pero sí, está usted tan joven como siempre.

—Oh, no intente engañar a una vieja como yo.

Robert soltó una carcajada.

—No me atrevería a tanto, excelencia. Angus, esta encantadora dama es la duquesa de Kingeston.

—Encantado, excelencia —soltó sin mucha efusividad.

Alexia lo evaluó, pues hacía muchos años, desde el fallecimiento de los anteriores vizcondes y de la esposa de Robert en un fatídico accidente en carruaje diez años atrás —en el cual también iba Angus y fue el único que sobrevivió—, que se habían trasladado a vivir a Chapman Abbey en Hampshire. Se rumoreaba que la salud de Angus era precaria y había sido el motivo para mantenerse alejado de Londres. Sin embargo, mostraba un aspecto sano a simple vista y se preguntó si las causas de su ausencia habían sido otras.

—Por cierto, ¿se acuerda de Lousia Foster, la marquesa de Wendy? —lo interpeló la duquesa.

—Desde luego —dijo Robert haciendo una reverencia.

Lousia inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Y estas son mis sobrinas: las señoritas Lily y Violet McJones.

Robert observó a Angus de soslayo, no prestaba atención y le dio un codazo con disimulo. El vizconde reaccionó de inmediato.

—Encantado de conocerlas, señoritas —saludó haciendo una reverencia; ni tan solo las miró, se limitó a ser cortés y nada más.

—Hace mucho tiempo que están fuera de Londres, ¿verdad? —preguntó Lousia.

Todas ellas observaban a Angus esperando una respuesta. Robert era consciente del enfado de su sobrino por tener que aguantar a las damas, sus labios apretados y su mirada punzante así lo atestiguaban, así que tomó el control de la situación.

—Sí, hemos regresado en el mejor momento. ¿Vendrán esta noche?

—Por supuesto, no me lo perdería por nada del mundo —dijo la marquesa.

—Yo vendré acompañada de mi hijo, el duque de Kingeston.

—¿Sus encantadoras sobrinas estarán presentes?

Alexia les dedicó una fugaz mirada.

—Todavía no han sido presentadas en sociedad, queda un año para que Lily haga su aparición. Aun así, los condes de Hampford y los marqueses de Befast estarán presentes, y tendré mucho gusto de presentárselos.

—Me alegro de que tenga una familia tan grande, excelencia. Sin duda, es motivo de felicidad.

Alexia sonrió y no pudo evitar pensar en los años que había vivido sola antes de la aparición de sus sobrinas y su hijo. Fue una época oscura en la que levantarse cada mañana era un verdadero suplicio. Sin embargo, todo cambió el día que fue a Edimburgo a buscar a sus sobrinas cuando se quedaron huérfanas. Y después apareció Edward, y como si se hubiera hecho un milagro volvió a renacer y la vida la había recompensado con una familia hermosa que llenaba su corazón de dicha.

—Si nos disculpa, debemos irnos —mencionó Robert.

Se había dado cuenta de los temblores de su sobrino, con seguridad lo aquejaba otro de sus dolores de cabeza, que habían empezado poco después del accidente. Miraba a Lily con intensidad, se esforzaba en recordar si de verdad la conocía como ella decía, y tal esfuerzo le hacía palpitar las sienes. Ella también lo observaba con la esperanza reflejada en sus preciosos

ojos redondos negros. Sin embargo, entre ellos había un abismo del que la joven dama no era consciente.

Ambos caballeros se despidieron con cortesía y, mientras se alejaba, Alexia miró a su sobrina dispuesta a reprenderla por su comportamiento. No obstante, en cuanto vio sus lagrimones, su enfado menguó y se apiadó de ella. Le deslizó el brazo por los hombros.

—¿Se puede saber qué te sucede, Lily? Sé que tienes una educación exquisita, pero hace un instante pareciera que has perdido la cordura al ver el vizconde de Wilbur.

Lily agachó la cabeza para esconder su dolor.

—Si hay alguna cosa que te perturba, nosotras podemos ayudarte, Lily —dijo con cariño Lousia.

—Gracias. Tía Alexia, ¿podemos regresar a Kingeston House?

—Yo no quiero regresar —se quejó Violet.

—Por favor —rogó su hermana—. No me encuentro bien.

Violet arrugó el entrecejo, era demasiado inocente todavía para darse cuenta de según qué asuntos, pero tomó conciencia del dolor que asolaba la mirada oscura de su amada hermana. Quería saber el motivo, pero consideró que era mejor no insistir a fin de no entristecerla más.

—Está bien.

Lily sonrió a su hermana y agradeció que no le hiciera preguntas; y teniendo en cuenta que le encantaba saberlo todo, era un gran logro. Tampoco entendería demasiado, ya que cuando Angus iba a su hogar a las afueras de Edimburgo, ella era demasiado pequeña para recordar.

Las cuatro damas emprendieron la marcha; Alexia estaba al costado de Lily, Lousia y Violet iban delante comentando los bonitos que eran los adornos que observaban a su paso.

—¿No vas a contarme qué te ha sucedido hace un instante cuando te has puesto en evidencia? —inquirió la duquesa.

La joven negó con la cabeza. Que Angus no la hubiera reconocido como su compañera de juegos cuando eran niños había dejado un vacío en su interior que estaba provocando un cambio en su personalidad. Siempre había sido práctica, no dada a los sentimentalismos que conllevaba el amor; sin embargo, ella acababa de recibir una estocada de una persona que había adorado siempre.

Por su parte, la duquesa la miró y decidió no seguir con el interrogatorio. Y menos cuando atisbaba con claridad el dolor en su semblante. Era evidente que Angus Chapman, vizconde de Wilbur, había despertado, al mismo tiempo, sentimientos buenos y malos en el tierno corazón de su sobrina.

Mientras, Angus y Robert regresaban a Wilbur House, su residencia en Londres, que se hallaba cerca de Hyde Park y tenía vistas al lago Serpentine. El vizconde miraba por la ventanilla y su rostro se reflejaba mostrando su pesar y su dolor, tanto era así que no pasó inadvertido a su tío.

—¿Te duele mucho la cabeza?

—Como siempre —respondió acariciando sus sienes sin apartar la mirada de la ventanilla—. Cada vez que intento recordar, me pasa lo mismo.

—Entonces, no recuerdas a la señorita Lily McJones.

El carruaje no iba muy deprisa, por lo que se movía con suavidad.

—No me acuerdo de ella —explicó, giró la cabeza y lo miró con sus ojos azules—. No me acuerdo de ella... —volvió a repetir en un tono triste.

Su tío suspiró con pesar. Haría falta un milagro para que su sobrino recuperara la memoria por culpa de un accidente en el que ambos habían perdido demasiado.

***

Edward, o más exactamente: Humphrey Pyn, apretaba los dientes y los puños a sus costados. Contemplaba a Will Baley marcharse con otro saquito de terciopelo negro con monedas de oro. Estaba en la biblioteca de Kingeston House, de pie frente al sofá rococó celeste y, como cada mes, el detective venía a buscar su recompensa. Era el trato al que había llegado: Will lo sacaba de la cárcel y le daba una vida de lujo haciéndose pasar por el hijo perdido de la duquesa a cambio de un pago mensual.

A ojos de todos, él era Edward, el duque de Kingeston, un noble al que respetaban y que se había hecho famoso e influyente dentro de la aristocracia y lo habían encumbrado para su satisfacción. Pero él solo era un farsante, un hombre que nunca había conocido a sus padres, que tuvo que sobrevivir en un mundo cruel, ya de pequeño, para poder llevarse algo de comida a la boca. Y cuando fue lo suficiente mayor para darse cuenta de su atractivo varonil, seducía a viudas y a damas, casadas o no, todas ellas sin escrúpulos, para robarles sus preciadas joyas.

Pero a medida que transcurría el tiempo desde que puso un pie por primera vez en Kingeston House, había cambiado mucho. Nunca había recibido la caricia de una madre ni de nadie, salvo golpes y palizas en el orfanato, y Alexia estaba resultando ser la madre que siempre hubiera deseado tener. Era cariñosa, atenta y le mostraba un amor infinito y puro; siempre tenía una sonrisa en los labios para él. Por primera vez en la vida se sentía querido por otro ser humano, y su afecto por ella era el mismo que dispensaba un hijo por una madre. En cierta manera empezaba a tener celos del verdadero Edward, porque él lo tenía todo y no lo sabía, y él no tenía nada y también lo sabía.

Por otra parte, cabe decir que no le había costado adaptarse a su nueva vida, en realidad, cualquiera lo hubiera hecho. Pero no solo se trataba de eso, sino que le gustaba desempeñar su papel de duque, y reconocía que disfrutar de una familia lo llenaba más que disponer de la fortuna de los Kingeston amasada durante generaciones. Y la guinda la ponían sus primas, que eran un torbellino de risas y felicidad y hacían su vida más dichosa.

Sin embargo, no olvidaba que él no era Edward y empezaba a pesarle haber accedido a tal engaño. Con todo, no podía echarse atrás, y más cuando tenía al detective amenazándolo a cada

momento, así que no le quedaba otra que claudicar ante sus demandas. Aun así, Will se había convertido en una sanguijuela que lo desangraba poco a poco. Su ansia voraz por ser tan rico y respetado como cualquier noble lo estaba desbocando y sus demandas de más monedas de oro ya eran escandalosas. Tanto era así que el administrador, que había trabajado con honradez toda la vida con los Kingeston, le había llamado la atención, porque ese tipo de gastos eran abusivos y dejaban en el libro de cuentas demasiados agujeros sin justificación. Además, empezaba a incordiarlo con preguntas, pero se había valido de su estatus de duque para despedirlo. Sabía que, tarde o temprano, encontraría la manera de comentarle a Alexia que algunos gastos eran demasiados grandes, y no había querido arriesgarse. Y lo que más le dolía era que el administrador era un buen hombre que se había preocupado con honor y estima de la familia Kingeston; desde luego que no merecía ese final.

Humphrey se levantó y se acercó a la chimenea; sobre la repisa de mármol se hallaba colgado un cuadro al óleo del antiguo duque de Kingeston, cuando era joven. Se trataba de un hombre alto, corpulento, cabello negro liso y con unos ojos verdes enormes. Además, poseía una sonrisa sincera que el pintor había captado muy bien. Le hubiera gustado conocerlo, estaba seguro de que sería tan especial como lo era su esposa Alexia, casi lo podía intuir por el brillo de su mirada.

—Hola, hijo —saludó la duquesa tan pronto entró en la biblioteca, se acercó al joven y miró también el cuadro.

—Hola, madre.

—Tu padre era un buen hombre.

—Lo sé, su mirada sincera no deja duda.

Alexia esbozó una sonrisa triste.

—Cuando tú naciste fue el hombre más feliz de la tierra, pero cuando desapareciste, el cielo nos cayó encima. A mí me mantuvo en pie la fe por encontrarte algún día; sin embargo, a tu padre, la esperanza lo abandonó, y se dejó morir de tristeza.

Humphrey sentía la culpabilidad roer su interior, bien sabía que el causante directo de esa muerte era Will. Apartó la mirada del cuadro, porque esos enormes ojos verdes lo acusaban en silencio.

—Lo siento tanto, madre... —le dijo, en busca de un alivio que no llegaba.

Ella lo miró y acunó su envejecida mano en la mejilla masculina.

—Oh, hijo, tú no tienes la culpa. Lo cierto es que nunca sabremos quién te arrebató de mis brazos. Nunca pidieron un rescate, lo hicieron por maldad, eso está claro. Tuve mucha suerte de que el señor Will Baley nos ayudara a tu padre y a mí, se portó muy bien. En realidad, le debo la vida: te encontró y te trajo de regreso a casa.

El interior de Humphrey ardía de rabia. Alexia creía que el detective era un buen hombre, como todo Londres, y era recibido en los círculos más selectos como si fuera un dios, pero solo se trataba de un buitre carroñero en busca de víctimas a las que sacarles el dinero. Decidió

cambiar de tema antes que la dama sospechara algo.

—¿Qué tal el paseo por Vauxhall Gardens?

La duquesa se encogió de hombros.

—Bueno, todo iba bien hasta que nos hemos cruzado con Angus Chapman, el vizconde de Wilbur. No lo conoces, pero estará en la cena de esta noche con Wellington, entonces te lo presentaré. A lo que iba: Lily dice que lo conoce y él afirma lo contrario. La situación ha sido tensa, por suerte he intervenido justo a tiempo de que tu prima se pusiera más en evidencia.

La duquesa estaba cansada y se sentó en el sofá, el hombre lo hizo a su lado.

—¿Dónde está ahora Lily?

—En su alcoba, bastante afectada por el asunto —suspiró de tristeza—. No quiere hablarme de él, a pesar de que le he preguntado, pero he acabado desistiendo al darme cuenta de lo mal que se ha tomado tal asunto.

—Creo que es mejor que le des tiempo. Ella terminará contándotelo, es una buena muchacha y merece el mejor de los futuros.

Alexia le sonrió al tiempo que le palmeaba la rodilla.

—No sabes lo que me alegra que me ayudes con ellas.

—Haré todo lo posible para que encuentre un buen esposo.

La duquesa soltó una risita traviesa.

—Te confieso que los Kingeston tienen un método infalible para encontrar un buen partido.

Humphrey abrió sus grandes ojos verdes enmarcados por unas espesas pestañas negras.

—¿Y no me explicarás cuál es este método?

Alexia le relató la manera en cómo habían conseguido esposo Rose y Daisy. Una copa, unos papelitos con los nombres de los candidatos, y la suerte era quien decidía el futuro. Humphrey no podía parar de reír y por un momento se olvidó de que él no era el verdadero Edward.

Capítulo 2

Siete meses después...

Lily McJones estaba sentada en la ventana mirador de su alcoba, se abrazaba las rodillas y tenía la mejilla apoyada sobre ellas. Observaba el jardín de Kingeston House, todavía con algo de nieve en los rincones más sombríos. Era febrero, hacía frío en el exterior y la lluvia que caía acrecentaba esa sensación. Pero ella no prestaba atención a las gotas que golpeaban el cristal ni tampoco a la chimenea, en cuyo interior apenas lucían incandescentes las últimas brasas y provocaba que la temperatura del aposento empezara a descender. Desde que viera al vizconde de Wilbur, el verano pasado, todo su mundo se había nublado como el día que observaba desde la ventana. A decir verdad, no echaba de menos que los rayos del sol acariciaran su piel y le calentaran el alma. Todo a su alrededor era sombrío y oscuro, y el sabor a hiel en su boca, que sentía cuando pensaba en que Angus la ignoraba por completo, embargaba su corazón.

Un toqueteo en la puerta la sacó de su letargo.

—Soy tía Alexia. —Se oyó al otro lado.

—Pasa —dijo la afligida muchacha, se levantó y se alisó el vestido.

Nada más entró en la alcoba, la duquesa se percató de la poca calidez. Miró en dirección a la chimenea, situada en la pared de su izquierda —a su derecha se ubicaba el lecho con dosel—. No pudo reprimir una mueca de disgusto. Se acercó a la cinta que colgaba del techo al costado de la cama y tiró de ella, sabía que la campanita sonaría en los sótanos y avisaría al servicio.

—Criatura, ¿pretendes morir de un resfriado? —la censuró la duquesa, acercándose a su sobrina.

—No tengo frío.

La noble agarró las manos suaves de la muchacha, y, como suponía, estaban heladas.

—Yo creo que sí.

Lily agachó la mirada, avergonzada. De nada servía mentir a su tía, era demasiado perspicaz.

—Excelencia, ¿desea alguna cosa? —pidió el mayordomo haciendo una reverencia.

La aristócrata se dio la vuelta.

—Hay que avivar el fuego de la chimenea, ocúpese, por favor.

—Enseguida aviso a la sirvienta, excelencia. —Y se marchó, no sin antes inclinarse, tal como exigían las normas.

—Te pasas el día encerrada entre estas cuatro paredes, Lily. Tus hermanas empiezan a preocuparse.

—Estoy bien, tía Alexia —mencionó mirándola con sus ojos redondos negros.

—¿Mintiendo otra vez?

La joven agachó de nuevo la mirada al sentirse descubierta. Suspiró cansinamente.

—Tía Alexia, por favor, no me regañes.

—No lo voy a hacer. Desde el día que viste al vizconde de Wilbur en Vauxhall Gardens no eres la misma. ¿Algún día me explicarás qué te pasa con él?

La joven alzó la cabeza y posó sus ojos en los gris claro de la duquesa.

—Solo fue un error, lo confundí con otro.

—No te creo. Y será mejor que levantes el ánimo, querida. Hoy escogeremos a tu pretendiente. No quiero que te presentes ante tu esposo tan deprimida, no sería un buen comienzo.

A la joven le tembló el labio inferior al imaginarse casada con un hombre que no fuera Angus.

—No estoy preparada, todavía no.

—Definitivamente tú no eres Lily, ¿qué has hecho con mi sobrina? —dijo su excelencia con humor; sin embargo, no dio resultado, más bien lo contrario, a la joven se le llenaron los ojos de lágrimas, la dama cabeceó—. Querida, siempre has sido la más sensata. Aún recuerdo cuando decías que no hacía falta enamorarte de tu pretendiente y que pensabas cumplir con tu deber. ¿Qué ha cambiado desde entonces?

La muchacha se sentó en la ventana mirador. En ese instante entró una sirvienta con un cubo en las manos y se arrodilló frente a la chimenea, se dispuso a poner más troncos secos y a atizar las brasas para que prendieran. La duquesa se acomodó al lado de su sobrina y le acarició el rostro.

—¿Por qué no confías en mí, querida? —indagó.

El chisporroteo de unos troncos al arder provocó que las damas miraran hacia el hogar, había un buen fuego, la sirvienta se levantó, hizo una reverencia y se marchó.

—Angus y yo nos conocemos desde niños y no entiendo por qué lo niega —confesó la muchacha al comprender que carecía de sentido no decirle la verdad.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es posible?

—Cuando éramos niñas, durante un verano fue a nuestra casa de las afueras de Edimburgo. Se hacía llamar «Capitán», nunca nos quiso decir quién era en realidad, solo que vivía en un pueblo cercano, que estaba de visita con sus padres para cuidar a una prima enferma. Y ahora entiendo el motivo, debió escuchar hablar a papá y a mamá de los estirados y prepotentes vizcondes de Wilbur y no quiso confesar que él era su hijo.

La duquesa recordaba que Robert Chapman, el tío de Angus, tenía una mansión cerca de la

residencia de su hermana Jane, ubicada en uno de los pueblos agrícolas de la zona. Sabía que durante el verano, los vizcondes de Wilbur visitaban a Robert. De modo que la historia que le contaba su sobrina era cierta.

—Puedo imaginar la escena: tus padres, sin saberlo, haciendo mofa de los vizcondes delante del hijo. —Se le escapó la risa—. Jane, tu madre, tenía el don de convertir cualquier asunto serio en una comedia, tal como si fuera una actriz.

Por fin Lily sonrió, y Alexia se sintió complacida. No había nada mejor que las risas para apartar la tristeza, aunque solo fuera por unos segundos. Sin embargo, la joven no tardó en recuperar el semblante abatido de los últimos meses.

—Angus y yo siempre íbamos juntos —siguió explicando Lily—. Construimos entre los dos una balsa, él se proclamó capitán de la embarcación y yo sería su esposa, decidimos casarnos en cuanto fuéramos mayores. Fue el verano más feliz de mi vida. Nunca lo olvidé, por eso siempre dije que me casaría sin amar a mi futuro esposo, porque siempre estuve enamorada de Angus, pensaba que nunca más lo volvería a ver. Pero cuando lo hice el pasado mes de julio, sentí que el destino me sonreía. —Negó con la cabeza—. Pero él se ha olvidado de mí y de la promesa que me hizo de casarse conmigo. Teniendo en cuenta que éramos niños que jugaban a ser mayores, es lo más normal del mundo y no se lo puedo recriminar.

—Cuando se es un niño todo se ve diferente, uno es capaz de luchar con ogros y dragones. Pero las obligaciones que conlleva hacerse mayor borran cualquier buena intención.

—Lo sé; de todos modos, hubiera preferido que se hubiera acordado de mí. Yo entendería que no quisiera cumplir su promesa, ¡juro que lo hubiera hecho! Se trataba solo de juegos y nos dejamos llevar por la imaginación.

—¿Piensas que él puede estar fingiendo cuando dice no conocerte?

—Es una posibilidad —confesó abatida.

—Conocía a los padres de Angus y dudo que hubieran educado a su hijo para mentir. Pero si te sirve de consuelo, todos estamos de acuerdo cuando se comenta que el vizconde no es el mismo desde el accidente.

—¿Qué accidente, en el que murieron sus padres?

—Sí, sus padres, su tía y él tuvieron un accidente grave en carruaje cerca de Chapman Abbey en Hampshire, murieron todos menos Angus, aun así, quedó muy malherido y estuvo mucho tiempo agonizando. Todos pensábamos que fallecería; por suerte, no fue así. Sin embargo, en cuanto se levantó de la cama, su tío y él desaparecieron de la escena pública. Nunca nadie supo nada, hasta que los vimos el julio pasado.

—¿Crees que ese accidente sigue afectándolo después de tantos años?

—Pues no lo sé, pero Angus está evitando los eventos sociales como un vampiro con un ajo. La gente empieza a murmurar sobre su estado de salud. Reconozco que durante la cena de conmemoración a Wellington estuvo bastante ausente, su tío no se despegó de él ni un instante y se fueron tan pronto terminó la cena. Ni siquiera prestó atención a las damas casaderas que le

presentaron y mantuvo un semblante triste.

—Nunca vi a Angus triste. De niño era feliz y tenía muchos proyectos, y el más importante era casarse conmigo. Seguro que hay una explicación.

—Quizá, pero eso no debe preocuparte. Ahora mismo tienes que pensar en tu futuro —mencionó la duquesa, su rostro envejecido se iluminó—. Recuerda que esta noche vienen tus hermanas para seguir con nuestro ritual de escoger un pretendiente.

Lily torció la boca en una mueca.

—¿Puedo hacerte una pregunta, tía Alexia?

—Claro, pregunta lo que quieras.

—¿Has incluido entre los pretendientes a Angus?

Su excelencia decidió serle franca.

—No, querida, ya te he comentado que se rumorea que su estado de salud no es bueno y no quiero que tengas un esposo enfermo. Olvídate de él, mereces ser feliz.

Lily apretó los dientes ante la contestación de su tía. Amansó las palabras que acudieron a su boca fruto de su indignación.

—Tía Alexia, creo que estás siendo injusta con Angus.

—Querida, no se trata de injusticia, sino de ser práctica. Algo que tú siempre dijiste a tus hermanas cuando se hablaba de buscar marido.

La muchacha agachó la cabeza, avergonzada. Tenía razón.

—Lo siento —se excusó.

—No hace falta que te disculpes —mencionó con cariño. Miró hacia la ventana, la lluvia no era tan intensa, tenía un compromiso y no quería llegar tarde—. Tengo que irme, se me está haciendo tarde —agregó mientras le depositaba un beso en la mejilla.

Lily agarró las manos de su tía para evitar que se fuera, inspiró con fuerza y reunió el coraje suficiente para hacerle una petición.

—Por favor, incluye a Angus.

—Pero...

—Que sea la suerte la que decida.

—¿Y me prometes que no hablarás más de él si no es el escogido?

A la muchacha se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Te lo prometo.

La noble acunó la mejilla derecha de la muchacha en una mano, en sus ojos podía apreciar la tristeza que se había acumulado desde que viera a Angus en Vauxhall Gardens. Sin embargo, ese hombre no le convenía, pero ella no parecía entenderlo. Aun así, bien sabía que el amor tenía un punto de locura difícil de controlar. Entendía demasiado bien que no podía negarse.

—Está bien, lo incluiré.

Era la primera vez en muchos meses que Alexia veía sonreír a su sobrina con la naturalidad de siempre, y se sintió satisfecha. Le besó la mejilla a modo de despedida. Una vez fuera, Lily se

llevó la mano a la frente, le dolía la cabeza y las sienes le palpitaban debido al llanto que la asolaba cuando pensaba en aquellas lejanas tardes de verano que pasó junto a Angus de críos. ¿Por qué él no se acordaba de esos bonitos momentos de risas y promesas? ¿Tan poco habían significado? Se acercó a la ventana mirador y contempló el jardín. Los árboles tenían sus ramas desnudas. No había ningún atisbo de verde donde refugiar sus esperanzas de un nuevo renacer. Si bien el follaje de los arbustos perennes, podados con exquisitez, mantenía sus hojas, estas eran de un verde ceniciento, como si les faltara el aliento de la primavera. El cielo gris y la lluvia tampoco ayudaban a crear una atmósfera de optimismo. Todo evocaba desolación. Sin embargo, era consciente de que no podía seguir con ese pesimismo fluyendo por sus venas y tomó una decisión. Entonces, apartó los nubarrones de su mente y levantó la barbilla en un gesto de rebeldía.

—Angus, si esta noche la suerte me sonríe, haré que cumplas tu promesa.

***

El carruaje de la duquesa se detuvo en cuanto llegó al cruce, a unos cien metros había un parque, y era el lugar en el cual la había citado madame Colette, una famosa cortesana de origen francés que instruía a muchachas para que fueran las amantes de ricos nobles. Desde luego que Alexia reprobaba tal cosa, pero cuando asumía que una mujer que no formaba parte de la aristocracia, o no provenía de una buena familia, no tenía posibilidades de subsistir por sí sola, todo remilgo y censura se esfumaba.

Pensó en madame Colette mientras se tapaba las rodillas con una manta de lana, el invierno hacía crujir los viejos huesos de sus rodillas; era más doloroso durante los meses más fríos y debía cuidarse más que nunca. Su sueño de ver a Edward casado y con hijos era incentivo suficiente para hacerlo.

Miró por la ventanilla, de entre unos arbustos salió una figura y dio por hecho que se trataba de la cortesana. Cuatro años atrás, la ayudó cuando Rose, la mayor de sus sobrinas, creyó erróneamente que su esposo Garrett la había engañado con ella. Todo fue un malentendido que quedó aclarado en cuanto la madame le confesó la verdad a Rose, un gesto que hizo a cambio de dinero y gracias a que la duquesa prometió compensarla con un favor personal cuando lo necesitara.

Parece ser que ese día había llegado, al menos era lo que deducía Alexia, no por la nota que había recibido a Kingeston House, sino por la urgencia de la cita.

—Excelencia, la dama ha llegado —dijo su primer lacayo, vestido con librea verde esmeralda, calzas y peluca blancas, apostado en la puerta del carruaje que medio abrió, por su boca su aliento se convertía en un vaho blanquecino, testimonio del frío que hacía en el exterior, que provocó que la noble se arrebujara contra la manta—. ¿La hago pasar?

—Sí, por favor.

El sirviente terminó de abrir la puerta, se hizo a un lado y madame Colette, oculta bajo una capa gris con una enorme capucha, entró y se ubicó en el asiento. Se restregó las manos enguantadas, pues llevaba bastante rato esperando entre unos matorrales y el frío se había intensificado en el momento que había dejado de llover.

—Buenas tardes, excelencia —saludó la cortesana en un acento francés muy marcado, al tiempo que echaba la capucha hacia atrás.

Alexia la miró; a pesar de los cuatro años que habían pasado desde que la viera por última vez, seguía conservando una belleza despampanante que volvería loco a cualquier hombre. Llevaba suelto su pelo negro rizado, sus ojos verdes tenían el brillo atrevido de una mujer que sabía manejar a cualquier varón. Una peca en el pómulo derecho le otorgaba la sensualidad de su oficio como cortesana. Sin embargo, ya se apreciaban las líneas de expresión en las comisuras de sus labios y ojos. No tardaría muchos años en perder su belleza lozana con la que tentar a los más lujuriosos caballeros. Aun así, era una mujer inteligente, Alexia no lo dudaba, como no dudaba de la fortuna que habría amasado durante todos esos años y que le permitiría tener un futuro dorado.

—Supongo que me ha citado para que salde mi deuda con usted —expuso la aristócrata.

—No se equivoca, excelencia. Supongo que mantendrá su palabra.

La espalda de la duquesa se tensó.

—Me está insultando, madame.

—No es mi intención, pero estoy acostumbrada a tratar con una nobleza que nunca cumplen con lo que prometen.

—Oh, no compare a todos los individuos de nuestro linaje con esos babosos lujuriosos con los que trata, aunque pertenezcan a nuestra clase social. Repruebo tales comportamientos. El matrimonio es mucho más que un contrato y ellos lo ensucian con... con sus vicios.

—De algo tenemos que subsistir, excelencia, las debilidades de unos son la supervivencia de otros.

Si bien la cortesana había intentado mantener un tono neutro, la dureza con la que marcaba las sílabas era síntoma inequívoco de su enfado, un enfado que ni su acento francés pudo camuflar, por lo que la duquesa entornó los ojos y torció la boca en una mueca severa, el perigallo de su cuello se tensó al mismo tiempo. Pero la clara muestra de irritación no provocó temor en la cortesana.

—En el fondo la admiro —reconoció la duquesa, su rostro se suavizó, había poca gente que no se amedrentara frente a su furia, y a esos era a los que respetaba—. Su oficio no tiene nada de agradable, aunque se desempeñe en un lecho de seda.

La cortesana asintió y su semblante tomó un aire triste, que cogió desprevenida a la duquesa. Alargó una mano y la posó sobre la de Colette, esta la miró expresando agradecimiento en el brillo de sus ojos verdes.

—No se puede imaginar hasta qué punto, excelencia, no le deseo esta vida a alguien a quien

quiera o deteste. Y es por eso que estoy aquí, por mi hija...

La cortesana suspiró y miró hacia la ventana, haciendo notar su incomodidad por tener al lacayo apostado tan cerca. Si bien la puerta estaba cerrada, no era lo suficiente gruesa para esconder la conversación. Alexia golpeó el cristal, el lacayo abrió la batiente.

—¿Qué desea, excelencia?

—Ve a dar una vuelta. —El sirviente asintió, miró de soslayo a la cortesana al comprender que lo querían lejos para que no escuchara nada, cerró la portezuela y se alejó—. Ahora puede hablar con tranquilidad.

—Gracias, excelencia —manifestó con una sonrisa, tampoco estaba acostumbrada a que le tuvieran tanta consideración—. Di a luz, con catorce años, a una niña a la que llamé Marie, fue fruto de una violación. Cuando tuve a mi hija, mis padres se quedaron con ella, yo no pude soportarlo y me marché. Marie nunca supo que yo era en realidad su madre, ella cree que soy su hermana mayor. Mis padres se han muerto, mi hija se ha quedado sola y ha venido a vivir conmigo. No quiero que tenga la vida que tuve yo. Por favor, le pido... le suplico que se haga cargo de ella y que no deje que vaya por el mal camino.

Por las mejillas de la cortesana se deslizaban las lágrimas. La duquesa vio la desesperación reflejada en sus ojos y se apiadó de ella. Enseguida supo qué hacer.

—Puedo contratarla como mi dama de compañía. Estará bajo mi tutela sin que ella sepa nada y no permitiré que nadie la lastime —dijo la noble—. ¿Le parece bien?

La cortesana abrió los ojos como platos, se limpió las lágrimas con sus manos enguantadas.

—¿Haría eso por mí? —musitó con la respiración agitada.

—Soy una mujer de palabra, madame. Siempre cumplo mis promesas —mencionó con altivez, disimulando sus verdaderas ganas por ayudarla; por nada del mundo quería perder su reputación de dama implacable.

La cortesana sonrió, ya que a ella no la había engañado, había visto de todo y conocía a las buenas personas.

—Gracias, excelencia, le debo mi vida.

—Pamplinas, solo saldo una deuda.

—Si usted lo dice...

—Oh, no se le ocurra contradecirme, madame. Tengo una reputación.

—Lo sé, guardaré su secreto.

—Y yo le prometo que conmigo su secreto también estará a salvo.

Ambas mujeres se miraron con intensidad, sellando un pacto que cumplirían hasta su último aliento.

—Voy a buscar a Marie.

—Está bien, la espero aquí.

Madame Colette abrió la portezuela del carruaje y se apeó. Se dio la vuelta y le dijo a la duquesa:

—Asegúrese de que Marie se olvide de mí para siempre... —musitó con los ojos anegados de lágrimas.

Alexia tragó saliva, se limitó a asentir, pues las palabras no salían de su boca debido a la impresión. Reconocía ese dolor que apreciaba en la mirada verde de la francesa, era el mismo sufrimiento que experimentó ella cuando secuestraron a su bebé y creyó que nunca más lo volvería a ver. Un dolor que devoraba por dentro a cualquiera y que apagaba la luz de los ojos. La cortesana se dio la vuelta y la noble observó cómo se dirigía a los arbustos, donde momentos antes había estado ella escondida. Salió de allí con una muchacha envuelta en una capa marrón, era más bajita que madame Colette. Ambas se dirigieron al carruaje, pero se detuvieron a unos metros. Alexia las miraba por la ventanilla, ellas parecían tener una conversación tensa; sin embargo, terminaron por fundirse en un abrazo.

Después, ambas entraron en el carruaje, la cortesana tomó asiento en el mismo lugar, Marie lo hizo a su lado. Esta se retiró la capucha, se trataba de una muchacha que rondaba los diecinueve años y que no se parecía en nada a su madre, de hecho, ningún rasgo en su persona insinuaba parentesco y supuso que habría heredado el físico de su padre. En ese instante entendió el motivo por el que la madame se marchó y dejó a la criatura con sus padres, pues el recordatorio diario de ver el rostro del hombre que la mancilló reflejado en su propia hija debía resultar insoportable.

La joven tenía la melena pelirroja suelta, su piel era blanca como la nata recién batida, y unas pecas a la altura del puente de la nariz daban un poco de color. En sus ojos gris plomo brillaba la inocencia de una criatura que empezaba a vivir entre adultos. Alexia pensó que su madre hacía bien de alejarla del mundo del que formaba parte antes de que la lastimaran, como había hecho un desalmado con ella. Por suerte se había dado cuenta a tiempo.

—Esta es Marie Clement, excelencia. Ya le he contado que quiere contratarla como dama de compañía, ella está de acuerdo. —Miró hacia su hija, mantenía la cabeza gacha mostrando su timidez—. Ella no sabe nada de sus obligaciones como dama de compañía...

—Oh, eso no es ningún problema —la interrumpió la duquesa—. Ya irá aprendiendo sobre la marcha. ¿Verdad que sí, Marie?

La muchacha levantó la cabeza y le sonrió, la duquesa le dedicó otra sonrisa. Tal vez no podría cambiar la vida de muchas mujeres como madame Colette que, por supervivencia, se vieron empujadas a coger un camino no deseado y dejaron a un lado sus sueños de juventud. Sin embargo, cambiaría la vida de Marie Clement y se aseguraría de que tuviera un buen futuro.

La muchacha y la madame se despidieron, esta mantenía un temple duro a fin de esconder su dolor. Bien sabía que sería la última vez que vería a su hija, y quería que Marie no advirtiera lo mucho que le dolía, a fin de que no se sintiera culpable y pudiera seguir adelante con su vida bajo la protección de la duquesa.

Madame Colette salió del carruaje y echó a andar como si el diablo la persiguiera. Marie se acercó a la ventanilla y estampó su nariz en la superficie para ver a la que creía su hermana alejarse. Alexia dio un golpe en el techo del carruaje para indicar al cochero que emprendiera el

camino de regreso a casa. Después, se inclinó hacia delante y acunó las manos heladas de la joven. Marie la miró y se acomodó en su asiento mientras las lágrimas rodaban mejilla abajo. El carruaje ya había iniciado la marcha y se tambaleaba de un lado a otro.

—Yo quería quedarme con mi hermana —manifestó con voz temblorosa—. Para ella solo soy un estorbo.

—Estás equivocada, solo quiere lo mejor para ti.

—¿Y es esto es lo mejor? ¿Cómo puede saberlo? —preguntó temerosa.

—Porque se lo ha dicho su corazón, Marie. Y el corazón nunca se equivoca. Algún día lo entenderás.

La joven no dijo nada, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos para que no la viera llorar. Alexia entendía su dolor, pero la decisión que había tomado madame Colette era la correcta, aunque a Marie, en ese momento, no se lo pareciera.

Capítulo 3

Lily, la tercera de las hermanas McJones, y Violet, la menor de las cuatro, estaban sentadas frente a la chimenea, en uno de los sofás de estilo neoclásico piamontés; en el otro permanecían Rose y Daisy, la primera y segunda en sucesión. Estaban esperando a tía Alexia a que hiciera acto de presencia portando la copa, en cuyo interior estarían escritos, en papelitos doblegados, los candidatos a ser el esposo de Lily. Ya se había convertido en una tradición familiar; sin embargo, no dejaba de ser un ritual solemne que mantenía a las hermanas en silencio esperando el momento. Las damas se habían ataviado con unos vestidos en tonos pasteles de cintura alta de seda brillante con detalles en encaje. La ocasión bien merecía un atuendo elegante. Violet estornudó un par de veces.

—Oh, ¿te estás acatarrando? —preguntó Rose.

—No lo sé —contestó la menor.

—Ha estado todo el día mal y no para de estornudar —intervino Lily, le puso la mano en la frente—. De momento no tienes fiebre. Por cierto, ¿cómo está Dahlia? —preguntó a Daisy.

—Solo ha sido una pequeña caída, tiene un rasguño en su naricita, pero pronto estará curado.

Lady Befast se quedó embarazada al poco de casarse con Cameron Wood, marqués de Befast, y tuvieron una niña. Habían seguido con la tradición familiar de poner nombre de flor a las niñas, algo que entusiasmó a las demás hermanas.

—Apenas tiene dos añitos, es lo más normal del mundo —mencionó Rose, sonrió al acordarse de su retoño—. Garrett tiene un año más que Dahlia y sigue tropezándose con cualquier cosa.

—Mi pequeña corre en vez de caminar, mucho me temo que no será la última vez —explicó Daisy.

Lady Hampford dio un respingo y se llevó las manos a su vientre, estaba de nuevo embarazada.

—¡Oh, el bebé no para de darme patadas! —Miró a Lily con sus redondos ojos negros brillantes de felicidad—. También está nervioso por saber quién será su nuevo tío.

El comentario arrancó las sonrisas de las hermanas, Violet se levantó y se sentó al lado de su hermana mayor. Colocó la mano sobre el vientre abultado.

—¡Es verdad, se mueve! —exclamó sonriente la menor de todas, con su mirada turquesa brillante.

—Bueno, queridas, ya estoy aquí —anunció tía Alexia entrando rauda al salón familiar—. ¿Estabais muy desesperadas? —mencionó con humor.

La duquesa llevaba el cáliz de oro con zafiros rojos y azules incrustados. Era una exquisita pieza que pertenecía a la familia Kingeston desde hacía siglos.

—Yo estaba un poco desesperada —manifestó la pequeña de las hermanas, se levantó y alzó su naricita respingona—. Tengo muchas ganas de saber quién será mi nuevo cuñado. Solo espero que sea tan apuesto y galante como Garrett y Cameron.

Sus hermanas y su tía se rieron. La duquesa miró los papelitos del interior de la copa. Alzó el rostro y contempló a Lily. Le había prometido que incluiría a Angus y cumpliría con su palabra. Sin embargo, en el último momento, cuando estaba a punto de introducir los papelitos con los demás candidatos que había escogido, en su mente se produjo una revelación. Era tan evidente que Lily amaba a ese muchacho que no podía hacer otra cosa que ayudarla, ya que se trataba de un amor de infancia. Quizá ese tipo de enamoramientos tan precoces eran los que estaban destinados a triunfar, porque siempre dejaban una eterna huella, tal como le había sucedido a su amada sobrina. Ese amor merecía una oportunidad y no se le había ocurrido otra cosa que escribir en todos los papelitos «Angus Chapman, vizconde de Wilbur». Y no pensaba contárselo a nadie, sería su secreto.

—Querida, ¿empezamos? —le preguntó la duquesa a Lily.

—Sí —exclamó levantándose.

Rose y Daisy también se alzaron. Se acercaron a la tía.

—¡Aún falto yo! —exclamó Humphrey Pyn mirando a las mujeres.

Todas ellas giraron sus rostros a él.

—¡Hola, primo Edward! —celebró Violet.

—No sabía que te interesaban estas cosas —expuso la viuda duquesa mientras el que consideraba su hijo se acercaba a ella.

—Madre, soy el duque de Kingeston y me interesa todo lo que suceda en esta casa —explicó, le besó la mejilla.

—Me alegro de verte, Edward —mencionó Daisy.

—Espero que la próxima vez tú y Rose vengáis con los pequeños, hace días que no los veo.

—Oh, primo, no te quejes —manifestó la condesa de Hampford colocando una mano en su cadera—. Esta mañana hemos venido aquí y tú no estabas. Tendríamos que ser nosotras las que protestaran por tu evidente falta de interés. ¿Acaso alguna hermosa dama te mantiene apartado de Kingeston House?

El hombre echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Vivo entre hermosas flores, no necesito más.

—Algún día tendrás que añadir una flor a este jardín —añadió en un tono pícaro Daisy.

Otra vez en el salón familiar resonaron las risas.

—Todo a su debido tiempo, queridas mías —matizó el hombre, disfrutando del momento.

Si bien Humphrey no era el verdadero Edward, se había integrado tan bien a la familia que parecía que había nacido y crecido en Kingeston House. Sin duda, se había ganado el cariño de ellas, y las damas tenían un lugar en el corazón de un hombre que nunca había sido tan feliz. Él se interesaba por todo lo relacionado con el apellido que llevaba y se había aprendido la historia y las anécdotas. Además, la responsabilidad que mostraba con su estatus era digna de halagos por una nobleza que lo tenía sobre un pedestal, sobre todo los más jóvenes, que veían en él una figura a imitar, ya que allá donde el duque acudía, acaparaba todas las atenciones de las damas, estuvieran o no casadas. Buena culpa la tenían su atractivo varonil y unos ojos verdes enmarcados por unas pestañas oscuras que le otorgaban una mirada de pirata seductor. En el pasado se aprovechaba de ese don que le había otorgado la naturaleza para seducir a damas a las que, después, robaba para poder subsistir en una sociedad injusta. Por nada del mundo quería volver a su vida anterior y se había volcado por completo en su papel como Edward Kingeston, un duque que pensaba dejar huella.

Además, había tomado las riendas del patrimonio y estaba haciendo negocios que hacían crecer, más si cabe, la inmensa fortuna de los Kingeston. Nada de eso hubiera sido posible sin el cariño y el empeño de Alexia, que ajena al engaño de Humphrey y Will Baley se había volcado en enseñar todo lo que sabía al que creía su hijo.

—¿Ya has sacado el papelito, Lily? —preguntó el noble.

—Estaba a punto —contestó ella mirando el cáliz.

—Bueno, ¿y a qué esperamos? —mencionó la duquesa alargando la copa hacia su sobrina.

Violet, Rose y Daisy se colocaron al lado de Lily y se abrazaron por la cintura. Humphrey estaba al lado de Alexia, todos tenían puestos sus ojos en la mano de la joven, que alzó, y sus dedos se introdujeron con lentitud en la copa. Ella estaba nerviosa, pues deseaba con toda su alma que la diosa fortuna le sonriera y que fuera Angus Chapman, vizconde de Wilbur, el elegido. Las rodillas le temblaban, pero irguió la espalda y logró dominar los tembleques. Miró a su primo, después a su tía con especial devoción. Giró la cabeza a un lado y contempló a sus hermanas, estas le brindaron una sonrisa que resultó balsámica. Entonces, con la mirada al frente de nuevo, sacó los dedos del cáliz entre un silencio expectante. Humphrey agarró la copa al tiempo que Lily entregaba el papelito doblado a la duquesa, lo desplegó y miró fijamente a su sobrina.

—Angus Chapman, vizconde de Wilbur.

***

No muy lejos de allí, en Wilbur House, la residencia de Angus en Londres, ubicada cerca de Hyde Park, se desataba una pelea entre el vizconde y su tío Robert Chapman.

—¡No te estoy pidiendo permiso! —gritó Angus, estaba de pie, con las manos sobre el escritorio de su estudio en actitud intimidante mientras su tío permanecía sentado en una de las butacas—. Mañana pienso regresar a Chapman Abbey.

—¡Demonios, no puedes! —voceó tan fuerte como su sobrino, dio un golpe en la mesa con el puño y se levantó—. Decidimos regresar a Londres y buscarte esposa.

Angus se enderezó y se llevó las manos a la cabeza con desesperación.

—Creía que regresando al lugar donde nací y me crie me provocaría recuerdos. Pero no ha sido así y sigo sin recordar nada.

—Y has decidido huir, claro —le recriminó—. No sé qué pensaría tu padre si viera que te has convertido en un cobarde.

El vizconde se acercó a él, lo fulminó con la mirada. Ambos eran altos y corpulentos y parecían dos osos a punto de tirarse uno encima del otro.

—¿Cómo te atreves a insultarme? —le espetó el sobrino—. No tienes ni idea de lo que es no tener recuerdos, no saber quién eres. Es vivir en una constante agonía.

—¿Tengo que recordarte que tú no eres el único que perdió el futuro en el maldito accidente? Mi esposa Rebecca, embarazada de cinco meses de mi primer hijo, perecieron junto a tus padres, él no solo era mi hermano, sino mi mejor amigo. Te guste o no estamos unidos en la desgracia, y solo nos queda seguir adelante.

Las palabras pronunciadas en un tono tembloroso debido al dolor suavizaron la furia de Angus. Cabeceó y esbozó una mueca culpable; su tío sufría tanto como él, era algo de lo que se olvidaba a menudo. Robert amaba con locura a Rebecca, y nunca más, a pesar de ser un viudo atractivo de cincuenta y cinco años, corpulento, de ojos celestes muy típicos de la familia y pelo castaño con pocas canas, había habido ninguna otra mujer. El joven emitió un largo suspiro antes de hablar.

—No sé si podré seguir con esto, tío. No me siento preparado para casarme y tener hijos. —Se restregó las sienes y se fue a sentar en el sofá frente a la chimenea—. ¿Cómo podré encargarme de mantener seguros a una esposa e hijos si soy incapaz de cuidar de mí mismo? ¿Y si algún día tengo un arrebato con unas de mis pesadillas y lastimo a mi esposa?

Robert sabía muy bien que, de tanto en tanto, a su sobrino le aquejaban unos dolores terribles de cabeza, debido al esfuerzo que hacía por querer recordar un pasado que se había borrado de su mente el día que tuvo el accidente de carruaje. Dichas jaquecas terminaban en pesadillas nocturnas y se levantaba como si estuviera poseído por el demonio, despotricando y agrediendo a quien se cruzara en su camino. Solía durar unos minutos, hasta que se desplomaba agotado al suelo y, entonces, recobraba el sentido entre lamentos. Robert se acercó a él y se sentó a su lado, le palmeó la rodilla.

—Tu esposa y tú podéis dormir en alcobas separadas. La tuya la puedes ubicar lo más lejos posible de la de ella, y así tendrás la seguridad de que no la lastimarás en uno de tus ataques nocturnos.

Angus cabeceó incrédulo, miró las llamas de la chimenea, que se reflejaron en sus ojos azules.

—¿Y será suficiente? ¿Vale la pena exponer a una inocente solo para que me dé un heredero? ¿Y si la mato sin darme cuenta?

—Sabes que no hay otra salida. Solo estamos tú y yo, tienes veintidós años, y es el momento de buscar esposa. Si no te casas y engendras hijos varones, el título de vizconde de Wilbur se perderá para siempre y retornará a la corona. Además, debemos acallar los rumores de que estás enfermo, ya están durando demasiado.

Angus se restregó las sienes, las sentía latir y le dolían.

—Lo sé, y razón no les falta, la verdad. También puedes casarte tú con alguna debutante, estamos a punto de iniciar otra temporada y aún estás a tiempo de engendrar hijos, el primer varón que nazca será mi heredero.

Robert se levantó escandalizado ante la idea.

—No, Angus, no intentes delegar tu responsabilidad en mí, porque no va a funcionar —mencionó con dureza—. ¡Por favor, sé realista!

—Me acusas de cobarde —soltó alzándose del sofá—, pero en el fondo no eres tan distinto a mí. Amabas tanto a tía Rebecca que te da miedo volver a hacerlo.

—Eres tú el vizconde, no yo —aseveró señalándolo con el dedo índice en actitud desafiante—. Tu padre era el mayor, y el heredero del título; por tanto, en su ausencia te toca a ti, y debes asumir tu papel cuanto antes.

—Ojalá yo también hubiera muerto en el accidente —rabió entre dientes, se llevó las manos a la cabeza y se mesó el cabello con desesperación—. Todo hubiera sido mejor.

—¡Cállate! ¡No digas estupideces! Solo Dios decide cuándo es el momento de hacer tal viaje.

Las campanadas del reloj resonaron en la estancia, pero ninguno las escuchó.

—¡Solo la muerte me librará de este tormento!

—Es antinatural que pienses en hacer algo para quitarte la vida. Prométeme que no harás ninguna estupidez.

Angus recorrió con la mirada las altas llamas de los troncos prendidos en el hogar.

—Dime solo una cosa por la que valga la pena vivir —pidió con voz martirizada el vizconde.

—Esa pregunta solo tú la puedes responder.

—No tengo respuesta —declaró, negando con la cabeza para enfatizar sus palabras.

—Algún día la encontrarás.

Angus esbozó una triste sonrisa.

—Lo dudo... —Se restregó las sienes—. Me duele la cabeza, será mejor que me vaya a dormir.

—Está bien, recuerda que mañana vendrá el sastre con varias prendas nuevas. Tienes que deslumbrar a las debutantes en cuanto se estrene la nueva temporada.

El vizconde bufó con pesadez mostrando su poco entusiasmo. Sin más, se fue a su alcoba, una estancia cuadrada de paredes altas con una amplia cornisa clásica. En un lateral había una gran cama de caoba con postes circulares, cubierta por tafetanes morados y dorados y un dosel

trasparente de muselina.

Con su ayuda de cámara se desvistió y se metió en la cama. Se durmió rápido; sin embargo, pronto las pesadillas acudieron a su mente. Todo era oscuro, tenebroso, y unas manos tiraban de él para hundirlo en un agujero de barro y ceniza. Intentó liberarse de esos dedos que halaban de él con fuerza y laceraban su piel. De pronto, la ceniza y el barro entraron en ebullición, de cuyo interior salió una figura grotesca con forma de diablo que abrió las fauces dispuesto a devorarlo.

Angus gritó y gritó, se levantó del lecho y empezó a golpear los muebles creyendo que luchaba contra la bestia. Los jarrones y los candelabros cayeron al suelo, arrancó las cortinas entre unos gritos que despertaron a todos. Fue su tío el primero en acudir a la alcoba.

—¡Angus, despierta, solo es una pesadilla! —voceó.

Intentó sujetarlo; sin embargo, la fuerza de su sobrino era superior y lo tiró al suelo. Robert quedó conmovido ante el rostro desencajado del joven, tenía las pupilas dilatadas y le conferían un aspecto diabólico, como si alguien malvado estuviera viviendo en su interior. Se levantó maldiciendo, en ese momento apareció parte de la servidumbre, Robert se había encargado en persona de escoger a los criados del vizconde y les pagaba el doble que en otras casas para que mantuvieran la boca cerrada. Todos ya habían pasado por eso y sabían muy bien qué hacer. Agarraron a Angus y lo mantuvieron inmóvil a fin de que no lastimara a nadie. Entre trompicones, terminaron todos sobre el lecho, pero ninguno dejó de agarrar al muchacho, conscientes de que si se liberaba agrediría a alguien. Pasaron unos minutos, que se hicieron eternos, cuando, por fin, la fuerza de Angus empezó a disminuir, y entre jadeos de cansancio cerró los ojos y los volvió a abrir.

—¿Qué... qué ha ocurrido? —preguntó con voz pastosa.

Robert sabía que la crisis había pasado, hizo señas a los tres sirvientes para que salieran. El tío se metió en el vestidor y vació el contenido de un balde de porcelana en la jofaina a juego, remojó un paño y se reunió con su sobrino.

—¿Estás bien? —le preguntó alargando el trapo húmedo para que se secara el rostro cubierto de sudor.

—¿He tenido otro ataque? —demandó antes de coger la tela.

—Sí.

Angus se limpió el rostro y dejó el paño sobre la mesita.

—Lo siento. ¿He lastimado a alguien? —preguntó con ojos atormentados; su máxima preocupación era no dañar a los que tenía a su alrededor, en esos ataques dejaba de ser el mismo para convertirse en un monstruo.

—No, métete en la cama. Mañana hablaremos.

Angus asintió, lo cierto era que estaba demasiado agotado para dialogar y no podía pensar en nada más que no fuera cerrar los ojos y abandonarse al letargo del sueño, que esperaba que fuera renovador. Con un suspiro largo se metió en la cama. Su tío lo contempló, después, con pesar; caminó hacia la puerta y, antes de abrirla, se giró y lo miró unos segundos antes de irse. Tragó

saliva solo de imaginar qué sucedería si le daba uno de esos ataques estando con su esposa cuando se casara. Solo esperaba que tal cosa no sucediera nunca. Los accesos no habían menguado con el tiempo, lo cierto era que su sobrino se había convertido en un peligro para las personas que estaban a su alrededor. Si no mejoraba, en el futuro acabaría convertido en un hombre preso por la locura y terminaría en un manicomio. Por eso ya no podían aplazar la decisión de buscar una esposa, necesitaba al menos un heredero. Una nueva temporada estaba a punto de iniciarse y su sobrino debía casarse con una de las debutantes antes de que terminara demente del todo. Si no lo hacía, el linaje de los Wilbur se extinguiría para siempre.

Capítulo 4

Alexia estaba en su alcoba, que era enorme como el lecho con dosel ubicado en un lateral. Por las dos enormes ventanas, encaradas hacia el este, entraban los rayos de sol de la mañana. El día había amanecido sin nubes, pero la lluvia del día anterior había dejado el paisaje húmedo. En el jardín, una ligera niebla cubría el suelo.

Se había ataviado con un vestido de cintura alta de seda en un tono topo con encaje y se había sentado en el taburete de su tocador para que la doncella le peinara su cabello rubio ceniza. Marie estaba a su lado; la muchacha, ya desde el primer momento, dio muestras de querer aprender de todo y prestaba atención a las explicaciones de la sirvienta sobre cómo realizar un tocado alto y vaporoso, tal como le gustaba a su excelencia. La doncella terminó y se fue, la aristócrata se giró todavía sentada en el taburete. Miró a Marie, tenía puesto un vestido camisero blanco de algodón y llevaba su melena pelirroja enrollada en un moño a la altura de la nuca. Sin duda, se trataba de un peinado poco favorecedor para una muchacha como ella. Esbozó una mueca de desaprobación que no pasó inadvertida a la muchacha, quien se alisó la falda con un gesto nervioso.

—Avisaré a la modista que venga a tomarte medidas para un guardarropa nuevo —mencionó la noble.

—Excelencia, no tengo dinero...

—No te preocupes por eso, yo tengo dinero —interrumpió la dama agitando la mano al aire—. Eres mi dama de compañía y debes lucir espléndida. Además, quiero que aprendas todo lo que una dama de buena familia debe saber, también me pondré en contacto con la mejor escuela de señoritas de Londres para que te instruyan.

En los ojos gris plomo de la joven brilló el temor.

—Creo que se está excediendo —balbuceó Marie.

La duquesa se alzó y se acercó a ella. La joven agachó la cabeza en un gesto de sumisión. La dama la agarró con delicadeza de los hombros, Marie alzó el rostro y la miró a los ojos.

—Voy a proporcionarte un buen futuro, Marie. —La muchacha asintió y sonrió—. ¿Has desayunado?

—Sí, excelencia, he desayunado en la cocina con los demás sirvientes antes de que usted se levantara.

—A partir de mañana desayunarás conmigo.

La joven alzó las cejas, estupefacta.

—Excelencia, no creo que sea adecuado.

—Yo digo lo que es adecuado o no en mi casa. ¿Entendido?

Marie asintió y ambas mujeres fueron al comedor de desayuno, una estancia con paneles de madera noble cuyo suelo estaba cubierto por suntuosas alfombras. Había una mesa redonda en el centro de la estancia, el duque estaba sentando degustando su desayuno. En un plato tenía un bollo caliente con mermelada, huevos y una salchicha a medio comer. En cuanto Humphrey vio aparecer a las mujeres, se levantó.

—Buenos días, madre...

Su voz se fue apagando en cuanto reparó en la muchacha que la acompañaba. Le llamaron la atención sus suaves facciones y le arrancó una sonrisa al advertir las pecas en el puente de la nariz, que resaltaban debido a su tez blanca. Por los ventanales entraba el sol y provocaba que el cabello rojizo de la muchacha brillara como el fuego de un volcán. Nada le gustaría más que seducirla y desvestirla lentamente. Su miembro pulsó en su ingle, emocionado ante la perspectiva.

—Buenos días, querido, te presento a la señorita Marie Clement, la he contratado como mi dama de compañía. Quiero que le asignes un sueldo como a los demás sirvientes.

—Me ocuparé —manifestó el hombre sin quitar los ojos de Marie.

El duque apartó la silla que había a su lado, para que la aristócrata se sentara, después hizo lo mismo con la dama de compañía.

—¿Has contratado a un nuevo administrador, hijo?

—Sí, madre. Y será tan eficiente como el anterior.

La duquesa emitió un suspiro pesaroso.

—Eso espero. He oído que se marcha a Grecia a vivir, espero que le vaya bien.

—Yo también —reconoció.

No se sentía orgulloso de haberlo despedido, pero no había tenido más remedio, hacía demasiadas preguntas y metía las narices donde no debía y no podía arriesgarse a que descubriera la verdad, por ello se había asegurado de contratar a un hombre que pudiera controlar.

—Marie, ya sé que has desayunado, pero al menos, tómate una taza de té —pidió Alexia.

La dama de compañía asintió, el mayordomo dio órdenes a uno de los lacayos apostados al lado de la puerta de que le sirvieran una taza de té mientras él se encargaba de atender a la duquesa. Alexia miró a su alrededor, se extrañó de que sus sobrinas no hubieran acudido a desayunar.

—¿Y Violet y Lily? —preguntó la dama.

—Excelencia, Violet está indispuesta, y Lily le está haciendo compañía —informó sirviéndole una taza de té—. Está desayunando en la alcoba.

—Ayer Violet no se encontraba bien y no dejaba de estornudar, después iré a ver cómo se encuentra, sospecho que se trata de un resfriado.

—Ya he notificado al médico, excelencia —indicó el sirviente—. No tardará en venir.

—Perfecto, avíseme en cuanto llegue.

Inmediatamente después, el mayordomo le sirvió un bollo caliente y una porción de queso de Stilton que traían expresamente para ella. La duquesa miró a su hijo de soslayo, se percató de que no dejaba de observar a Marie con ojos de fascinación, y no le gustó.

—Por favor, Marie, ve a buscarme un chal, tengo frío en los hombros.

—Ahora mismo, excelencia.

La muchacha obedeció, se levantó, y Alexia esperó a que desapareciera por la puerta para hablar.

—Es una muchacha hermosa... —soltó con doble intención, dio un sorbo a su taza de té.

Humphrey sonrió antes de contestar.

—Cierto, es muy hermosa.

La dama dejó la taza en su platillo y emitió un suspiro largo.

—Hijo, soy lo suficiente mayor para comprender la naturaleza varonil. Marie te agrada, y no lo niegues.

Él arrugó el entrecejo.

—No tengo hielo en las venas, madre, es evidente que Marie atrae las miradas de los hombres, y yo soy un hombre.

—Sé lo que sucede entre nobles y sirvientas, sobre todo si estas son jóvenes y hermosas. Tu difunto padre nunca se aprovechó de su estatus, como hacen muchos otros, espero que tú no seas de esos. Quiero para ella un buen futuro, si la corrompes perderá la oportunidad que le brindo.

—No la seduciré, si es eso lo que te preocupa. —Se llevó el panecillo a la boca y le dio un mordisco.

—Y tampoco te enamores de ella.

Humphrey tosió al atascarse el bocado en su garganta. Se ayudó de su té para arrastrarlo hacia su estómago.

—¡Madre, creo que estás exagerando!

—Solo te advierto que un duque no puede casarse con alguien sin título, sería un escándalo —advirtió cortando un trozo de su queso—. Tú tienes que hacerlo con alguien que sea de la aristocracia.

—Aún queda tiempo para eso.

—No tanto, hijo, si no es esta temporada, será la siguiente. Eres atractivo, no te costará encandilar a un buen partido. Quizá, incluso, te enamores; y, si eres como tu padre, seguro que estás bien dotado. Concebir a mis nietos te será un acto muy muy placentero —manifestó entre

risillas.

Humphrey la miraba con la mandíbula desencajada por el cariz que estaba tomando la conversación.

—¡Oh, madre, tú siempre tan directa! —exclamó en un tono divertido.

Lo cierto era que Humphrey disfrutaba de esas conversaciones un tanto atrevidas, Alexia era una mujer verdadera. Su corazón latía con intensidad cuando pensaba que su vida era perfecta y que no quería que cambiara por nada del mundo. Se sentía pleno, feliz y ansioso por vivir un futuro junto a la familia en la que se había integrado. Nunca había conocido a su madre; sin embargo, en el caso de haber tenido una, hubiera querido alguien como Alexia. Esbozó una sonrisa, agarró el diario que tenía a su lado y lo desplegó, dando por finalizado el tema. Mientras, la duquesa sonrió al imaginarse rodeada de nietos.

***

Era entrada la mañana cuando Lousia partió hacia Kingeston House. El día anterior había recibido la visita del administrador de su amiga Alexia, un hombre ya mayor que se había encargado de las finanzas de los Kingeston toda su vida. De hecho, el padre de este también había servido a la familia con eficiencia, así que su despido la había tomado por sorpresa.

El hombre, ya anciano, había decidido marcharse a vivir sus últimos años a Grecia, ya que padecía de reumatismo y necesitaba baños de sol para que sus articulaciones no dolieran tanto. No obstante, él era consciente de que la duquesa no atendería a sus advertencias, dado que la aparición de su supuesto hijo había nublado su buen juicio y excusaría a Edward de cualquier contratiempo. Así que, sin otra alternativa, el administrador, antes de partir hacia una nueva vida, visitó a la marquesa, sabía de la profunda amistad que tenía con Alexia. El hombre la había informado de que el duque retiraba cantidades ingentes de dinero, que desaparecían del patrimonio familiar sin dejar rastro. También le contó que le había pedido aclaraciones, pero el duque se había valido de su estatus para no darle explicaciones. Es más, la insistencia del administrador por saber a dónde había ido a parar la fortuna había propiciado su despido.

El administrador no había querido marcharse sin prevenir a alguien sobre el duque, para que protegiera a la duquesa. Apreciaba a los Kingeston, su padre y él habían trabajado para ellos y siempre fueron generosos y justos, pero desde la aparición del hijo perdido todo había cambiado.

Cabe decir que el aviso no había cogido a la marquesa por sorpresa. Siempre había sospechado de Will Baley y empezaba a darse cuenta de que Edward no era el hijo de su buena amiga Alexia. Pero ¿cómo se lo demostraría? No lo sabía, pero se mantendría a la expectativa por si el duque cometía un error que lo delatara.

Cuando la marquesa llegó a Kingeston House, el mayordomo la recibió y le informó que la duquesa estaba con Violet en su alcoba. La joven se había acatarrado y estaba el médico evaluando su estado, por lo que Alexia bajaría en unos minutos. La acompañó al salón principal,

amplio y lujoso, de techo artesonado y enormes ventanales que dejaban entrar el sol de la mañana. Se sentó en una butaca tapizada en damasco frente a la chimenea, sus caderas anchas encajaban a la perfección en el mullido asiento. No tardó en aparecer el duque mientras esperaba a su amiga y, también, a que le sirvieran una taza de té.

—Buenos días, marquesa —saludó el hombre besando su mano, se acomodó en el sofá con patas cabriolé ubicado perpendicular a la butaca.

—Buenos días, excelencia.

—Mi madre no tardará en bajar.

La anciana dama torció la boca y lo fulminó con su mirada azul. Él fue consciente de esos punzantes ojos y arqueó una de sus espesas cejas castañas.

—¿Quién es usted, excelencia? —soltó de pronto la noble.

Humphrey se removió en el sofá.

—Sabe muy bien quién soy, milady: el duque de Kingeston.

Ella emitió una punzante risotada.

—Tal vez haya engañado a todo el mundo, sobre todo a mi amiga Alexia, pero no a mí.

—No la entiendo.

—Usted es un farsante. Alexia no lo ve, cuando se trata de su hijo es incapaz de distinguir la realidad de una mentira entre usted y el detective.

El hombre se levantó.

—Si ha venido a insultarme...

Lousia se alzó negándose a que ese hombre la intimidara.

—Ayer tuve una conversación muy interesante con el antiguo administrador de los Kingeston. Sabe, me advirtió de las enormes cantidades de dinero que usted retira y que se han esfumado sin dejar rastro. —Sonrió cuando notó que él apretaba la mandíbula—. Usted en un timador...

—¡Basta! No voy a permitir que me insulte en mi casa —amenazó levantando el dedo, maldiciendo al administrador en silencio.

—¡Y yo no voy a permitir que lastime a mi querida amiga! —vociferó con ímpetu provocando que sus arrugas se marcaran—. Ella siempre ha confiado en mí, si le expongo mis conclusiones, sin duda las tendrá en cuenta.

Los ojos verdes del hombre refulgieron intimidantes, esbozó una sonrisa irónica.

—¿A quién creerá Alexia, milady, a usted o a mí? Ella me adora, soy su hijo, le guste o no.

La dama tensó los labios, sabía muy bien que su amiga tenía un tupido velo cubriendo su buen juicio y que no le dejaba ver la realidad. La marquesa alzó la barbilla, era muy bajita y mayor, parecía un desvalido conejo ante un león; pero a pesar de la edad y su falta de fuerza física, ella era una mujer resuelta y directa, que no tenía miedo a nada.

—Tarde o temprano la verdad saldrá, y no le quedará otra que confesársela.

—Ese día nunca llegará.

Lousia abrió la boca para replicarle, pero fueron interrumpidos por la duquesa, que entró con

Marie caminado a su lado.

—Oh, querida amiga, qué bien que hayas venido —saludó con efusividad, se acercó y besó su mejilla—. Tengo que contarte una decisión que he tomado.

—Querida, te veo muy contenta —mencionó la marquesa, miró a la joven y admiró su belleza —. Supongo que se trata de esta bella muchacha.

La duquesa sonrió y deslizó su mano por el hueco del codo de Marie.

—Sí, es mi dama de compañía, le he hablado de ti.

—Espero que bien.

La duquesa se rio arrancando una sonrisa a Marie.

—Bueno, lo he intentado.

Esta vez fue Lousia la que se carcajeó.

—Me lo imagino, querida. —Centró toda su atención en la joven, y le dijo—: No le hagas caso, suele exagerar, la edad le hace decir bobadas.

—Oh, Lousia, tú tienes más años que yo.

—¡No tantos como te gustaría! Por cierto, me he presentado sin avisar, espero que no tengas un compromiso.

Apareció el mayordomo, acompañado de un lacayo, con un servicio de té.

—Dentro de una hora el duque y yo tenemos que ir a Wilbur House —explicó entre risillas.

Las nobles y la dama de compañía avanzaron hacia el sofá para sentarse, el mayordomo ya lo estaba disponiendo todo para servir el té.

—¿Acaso la dulce Lily está comprometida con el vizconde de Wilbur? —preguntó Lousia abriendo sus azules ojos de par en par.

—Bueno, todavía no, pero hay posibilidades.

—Os dejaré solas —mencionó el hombre observando cómo tomaban asiento, él y Marie se miraron un segundo, fue ella la que agachó la cabeza, evidenciando su timidez.

—¿No nos acompañas a tomar el té? —manifestó la duquesa girando la cabeza para observar al duque de frente.

—Debo atender unos asuntos antes de ir a Wilbur House, no puedo demorarlos.

—Está bien, hijo. En otra ocasión será.

Ambas mujeres empezaron a hablar y a reír. Sin embargo, la marquesa lo observó de soslayo, Humphrey también, se retaron con la mirada, pero él se dio la vuelta y se marchó hacia su estudio. Sin duda era un contratiempo que ella sospechara, pero si le hablaba de sus conjeturas a Alexia, tenía la certeza absoluta de que ella no la creería y perdería su amistad, por esa parte estaba tranquilo; no obstante, no podía bajar la guardia. La marquesa de Wendy era una mujer sagaz y con recursos de todo tipo para iniciar una investigación que daría frutos con el tiempo, y con pruebas sólidas Alexia acabaría por creerla. No podía descubrir la verdad, había que borrar todo rastro de su vida anterior. Tenía que advertir a Will Baley del contratiempo.

Capítulo 5

El vizconde de Wilbur y su tío Robert Chapman recibieron a Alexia y al duque de Kingeston en su salón principal, Marie se fue con el mayordomo de los Wilbur a la zona del servicio. Tanto las paredes y techos artesonados de la estancia estaban decorados en dorado y verde bosque, y en todo el perímetro había estatuas griegas y romanas. Alfombras de calidad cubrían el suelo de madera, y en el centro se ubicaban tres sofás neoclásicos y cuatro butacas tapizadas en motivos florales en tonos verdosos y ocres, al igual que las cortinas que vestían las tres puertas acristaladas que daban al jardín. Una enorme chimenea estaba encastrada en la pared, en cuyo interior llameaban unos troncos que caldeaban el ambiente.

Angus y Robert estaban sentados en uno de los sofás, y Alexia y el duque en el de enfrente. Les habían servido un té y tentempiés, pero nadie prestaba atención a los pequeños manjares.

—Espero que no haya sido un contratiempo nuestra visita —apuntó Humphrey—, hemos avisado con poco tiempo, lo sé.

—Es todo un honor recibirlos, excelencia —mencionó Robert—, ¿verdad, Angus? —Instó a su sobrino a que hablara, ya que parecía haberse abstraído de la conversación.

El vizconde se tensó al escuchar su nombre, volvió al momento presente.

—Por supuesto, tío. Supongo que habrá un motivo para tan precipitada visita.

—Desde luego, milord —intervino la duquesa, observó al vizconde y advirtió las ojeras violáceas que evidenciaban, o falta de sueño, o que estaba enfermo, algo de lo que se hablaba en todos los círculos de la aristocracia. Aun así, debía darle una oportunidad a la felicidad de su sobrina, sonrió y apartó su preocupación de si había hecho lo correcto en propiciar un enlace entre el vizconde y ella—. Se trata de la señorita Lily McJones.

Robert se acomodó en su asiento mostrando su interés; en cambio, Angus apretó los labios al intuir la naturaleza de la visita.

—Como bien saben, mi prima está a punto de ser presentada en sociedad —declaró el duque —. Quiero para ella lo mejor —comentó mirando con intensidad al vizconde—. Su dote es de veinticinco mil libras, aun así, sé que el vizconde encontrará más interesante gozar de los privilegios que conlleva emparentarse con los Kingeston.

La duquesa miraba al que creía su hijo con ojos amorosos. Se sentía tan orgullosa que no cabía en sí de goce. Él se había implicado hasta el fondo en su papel de duque, tanto que se estaba encargando de asegurar un porvenir venturoso a Lily. En el fondo ella se sentía aliviada y agradecida, los años pesaban en sus hombros, su salud no era la misma que hacía diez años atrás y sus viejos huesos empezaban a quejarse. Saber que tenía a Edward a su lado y que había asumido su papel tan bien la tranquilizaba y le daba muchas esperanzas.

—Pues ha venido al lugar perfecto —declaró Robert, observó de soslayo a su sobrino—. El vizconde está ansioso de cortejar a la señorita Lily McJones, es un deseo que me ha mencionado en más de una ocasión. De hecho, vamos a celebrar un baile, aquí en Wilbur House, queremos que con este evento dé el comienzo de la nueva temporada y...

—Tío, no...

—Lo sé, Angus, me estoy apropiando de tu idea —lo interrumpió adrede Robert antes de que estropeara esa oportunidad tan maravillosa, ¡casi podía decirse que era un regalo del cielo!, ya que sus planes se ajustaban a lo que proponían el duque y su madre: un enlace de su sobrino con la señorita McJones era lo que los Wilbur necesitaban. No se le ocurrió otra cosa que seguir mintiendo cuando a su cabeza acudió lo que creyó una brillante idea—. Hace días que hablas de celebrar una cena y un baile, y soñabas con que la señorita McJones fuera tu invitada de honor.

—¡Oh, qué gran noticia! —Celebró la dama—. Cuando se lo cuente a mi sobrina se sentirá feliz, espero que se esfuerce en cortejarla, milord. Ella es bastante exigente —dijo con humor.

—Lo hará, lo hará —aseguró Robert.

—Por supuesto que mi prima tendrá la última palabra —agregó el duque—. Quiero su felicidad por encima de todo, y es algo que no pienso negociar.

—Es muy comprensible —dijo Robert—. Y eso dice mucho de los Kingeston.

—Pero para su tranquilidad, vizconde, no es ningún secreto que a mi sobrina le causó un gran impacto en Vauxhall Gardens el pasado verano. Así que, por ese lado, tiene mucho ganado.

¿Cómo olvidar aquel momento?, pensaba el aludido. La joven decía conocerlo, pero él no se acordaba de ella. Y a pesar de que estrujó su mente en busca de imágenes que le dieran respuestas, no dio resultado. Las aletas de su nariz se expandieron debido a su respiración agitada. Tenía las manos sobre los muslos y hundió los dedos en la carne a fin de controlar su rabia. Y es que no quería celebrar una cena ni un baile, y tampoco le apetecía que la señorita McJones fuera su invitada de honor, y mucho menos deseaba cortejarla y casarse con ella. Así que se esforzó en sonreír y rezó para que el duque y su madre se marcharan.

—¿En serio que no conociste a la señorita McJones en el pasado? —inquirió Robert.

—No, tío, no tuve el placer —contestó molesto.

Alexia no le quitaba ojo. Ese hombre no mentía cuando decía que no había visto nunca a Lily; sin embargo, ella juraba y perjuraba que le prometió amor siendo unos niños. Debía haber una explicación para todo eso, y sospechaba que tanto el tío como el sobrino guardaban algún secreto; lo deducía por las miradas cómplices que se dedicaban. Confiaba en Lily y solo esperaba

que no se hubiera equivocado en querer casarse con ese hombre.

Para tranquilidad del vizconde, los invitados no tardaron en irse. La despedida fue cordial; no obstante , Angus se mantuvo distante y frío, algo que no le gustó a Alexia. Otro, en su lugar, estaría radiante de felicidad, Lily era el mejor partido de la temporada. Aun así, la duquesa le restó importancia y no quiso ahondar más en el tema.

—¿Por qué, tío, por qué? —tronó Angus con los dientes apretados mientras contemplaba el lujoso carruaje de ciudad de los Kingeston alejarse.

—Es la oportunidad que necesitas.

—¿Te crees que casándome con la señorita McJones las cosas se arreglarán de un día para otro? —le preguntó en un tono sarcástico mirándolo a los ojos.

—Quizá —dijo encogiéndose de hombros—. Pero al menos empezarán a solucionarse. Dejarán de murmurar que estás enfermo y tendrás la oportunidad de engendrar hijos.

—Eres demasiado optimista. Dudo que ella quiera casarse conmigo en cuanto empiece a cortejarla y vea cómo soy —aseguró con una sonrisa amenazante.

Robert intuyó sus intenciones y sus facciones se endurecieron.

—No eches a perder esta oportunidad —increpó golpeando con su dedo el torso de su sobrino —. O lo lamentarás.

Dicho esto, se dio la vuelta y entró. Su sobrino se quedó unos segundos más, meditando en cómo echar a perder el cortejo con Lily McJones.

***

El carruaje de ciudad se detuvo en Kingeston House, Humphrey ayudó a la duquesa y a Marie a descender del vehículo, pero cuando la mano de él tocó la delicada piel de la muchacha, su respiración se agitó. Se miraron a los ojos, pues ella también daba muestras de estar conmocionada, su boca estaba entreabierta; y sus pupilas, dilatadas. La francesa fue la primera en cortar todo contacto en cuanto sus mejillas se encendieron de vergüenza, cosa que arrancó una sonrisa al duque.

El noble se despidió de ellas y puso como excusa tener que hacer unos recados importantes, no quería que nadie supiera que le haría una visita a Will Baley, ya que le supondría tener que dar explicaciones. Alexia, por supuesto, creyó cada palabra que él le decía, para la dama era su hijo, y se despidieron con un beso fraternal en la mejilla. Humphrey necesitaba advertir al detective sobre Lousia Foster; de hecho, no le quedaba más remedio, pues estaban juntos en el engaño. De modo que subió de nuevo al carruaje y pidió al cochero, vestido con librea oscura, tricornio y calzas claras a media pierna, emprender la marcha con dirección al hogar del detective, ubicado a las afueras de la ciudad. Se trataba de una señorial casa blanca de dos plantas. Disponía de un enorme sótano en el cual se encontraban las habitaciones de los sirvientes, la cocina, la despensa y la lavandería.

El día, que había empezado soleado, se estaba estropeando. El cielo se había cubierto de nubes blanquecinas y grises, acrecentando la sensación de frío. Con mucha probabilidad en la tarde llovería, quizá incluso se escaparía algún copo de nieve. De hecho, ya hacía bastantes jornadas que el clima parecía haberse quedado anclado en el crudo invierno, pero teniendo en cuenta que estaban en febrero, no era de extrañar. Sin embargo, por esas fechas los londinenses anhelaban los días cálidos, estaban impacientes por que llegara la ansiada primavera.

El carruaje llegó rápido al lugar, el vehículo aparcó frente al jardín de la parte delantera, Humphrey no salió del vehículo y ordenó al lacayo que fuera a buscar al detective. Al noble no le gustaba estar en aquel lugar, le recordaba demasiado bien quién era y quién no era. La primera vez que pisó los dominios del detective fue cuando lo sacó de la cárcel con el propósito de que se hiciera pasar por Edward Kingeston. Por aquel entonces vestía con harapos, tenía kilos de mugre adheridos a la piel y su cuerpo estaba delgado y débil debido a la falta de buena comida. No pudo evitar mirar su levita de terciopelo azul oscuro, sus calzas en un tono granate y sus relucientes botas negras de caña alta. Sin duda su apariencia en ese momento distaba mucho del hombre que era hacía un par de años.

Will Baley no tardó en aparecer y entró en el carruaje.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el detective con sus ojos pardos rabiosos—. Mi hijo Tom ha regresado de Italia y estaba reunido con él, así que date prisa.

El tono que empleaba era de hastío y de rabia, y cogió desprevenido a Humphrey.

—¿Acaso no te alegras de verlo?

Will lo fulminó con la mirada.

—No es asunto tuyo la relación que tengo con mi hijo —tronó el hombre.

—Cálmate, me importa bien poco tu hijo Tom, solo vengo a advertirte que la marquesa de Wendy sospecha de mí. El administrador de los Kingeston fue a verla antes de partir a Grecia y compartió con ella sus sospechas.

Will remugó un improperio.

—No le habrás contado nada.

—¿Me tomas por idiota? Claro que no, pero he visto su desconfianza en sus ojos azules y es evidente que no dejará estar el tema.

Will Baley se llevó una mano a la frente, pues empezaba a sudar. Ese no estaba siendo un buen día, era cierto cuando decían que los problemas nunca venían solos. Primero, su hijo Tom había regresado cuando él le había pedido que no lo hiciera. Segundo, Lousia Foster estaba metiendo las narices donde no debía.

—Esa vieja no puede hacer nada sin pruebas —mencionó Will en un tono despectivo.

—Pero tiene dinero y contactos, puede buscarlas.

—Olvídate del asunto, yo me encargaré de ella.

Humphrey achicó la mirada al tiempo que unas gotas de lluvia repiquetearon en el techo del carruaje.

—¿Qué quieres decir? No le hagas daño.

El detective alzó las palmas y las agitó al aire con cólera.

—¿Y qué quieres hacer? Tendremos que asegurarnos de que no nos descubra.

Humphrey negó con la cabeza.

—Ni se te ocurra, encuentra otra manera —exigió—. Nunca he matado a nadie, de acuerdo, era un ladrón, pero jamás robé a un necesitado. Y no quiero ser cómplice de un asesinato.

Will se dio cuenta de que Humphrey tenía escrúpulos. En aquel instante se arrepintió de haberlo escogido, debería haber echado mano a un hombre sin conciencia. Pero era tarde para rectificar, así que meditó que más valía tranquilizarlo antes de que le diera problemas él también. Si alguien se enteraba de la estafa iría a prisión, y él no sobreviviría en un lugar como ese.

—Nadie ha hablado de asesinarla —dijo el detective a fin de tranquilizar a Humphrey.

—Vete con cuidado, Will, hay unas líneas rojas que no pienso traspasar —advirtió, ya que no se fiaba.

—No me amenaces —soltó entre dientes—. Sé muy bien lo que hago.

Alargó la mano y abrió la portezuela del carruaje, donde estaba el emblema familiar grabado: un león de perfil que se sostenía con las dos patas traseras y sus fauces abiertas enseñaban unos enormes dientes. El detective cerró de un portazo, Humphrey lo detuvo con sus palabras.

—Si yo caigo, tú también, ambos lo perderemos todo. Piensa en lo que vas a hacer para detener a Lousia, porque si le ocurre algo, yo me encargaré de delatarte.

Will no se giró, lo miró de soslayo unos segundos. Después echó a andar al interior de la casa dispuesto a convencer a su hijo Tom de que regresara a Italia. Y si no quería lo tentaría con otro lugar. Cuando estuviera más tranquilo meditaría qué hacer con Lousia Foster, la marquesa de Wendy.

***

Lily estaba tan nerviosa que le costó horrores ponerse sus guantes satinados hasta los codos. Lucía un vestido de seda blanco con cola, de manga corta hinchada, y bordado con hilo de plata. El cabello castaño rojizo se lo habían peinado con un tocado de estilo griego, rematado con una tiara de brillantes. En un costado llevaba dos plumas.

—Está preciosa, señorita McJones —mencionó Marie, que la ayudó con los guantes al percatarse de su nerviosismo.

—Eres muy amable, gracias —dijo brindándole una sincera sonrisa.

Alexia dio un paso atrás para contemplarla de arriba abajo.

—Estoy de acuerdo con Marie, eres una belleza, Lily. Vas a ser el centro de la velada, querida.

—Tía Alexia, tú me quieres, es normal que me veas hermosa —expuso con sus ojos redondos negros brillantes de agradecimiento.

—Yo también te quiero, pero el vestido de Daisy en su debut me gustó más —comentó Violet

sentada en el taburete del tocador.

Las presentes se carcajearon.

—¿Todavía sigues con la terca idea de querer llevar el vestido de Daisy en tu presentación? —preguntó con humor su hermana.

Violet se levantó y alzó su barbilla.

—Sí, pero tía Alexia no me dejará —se quejó.

—Supones bien, querida.

Alexia se aguantaba la risa. La menor de sus sobrinas era una copia exacta a su difunta madre y parecía que había heredado su terquedad también.

—Es hora de marcharse, mis bellas damas —comentó el duque desde la puerta abierta.

El hombre se había ataviado con una levita cruzada en un azul mar con faldones por detrás, una camisa blanca con volantes en las mangas, un pañuelo de seda bordado gris claro en el cuello, unas calzas vainilla hasta las rodillas, unas medias blancas y unos mocasines negros. Estaba muy atractivo y Marie se lo quedó mirando. Él no pudo evitar contemplar la belleza de la muchacha enfundada en un vestido azul verdoso, que hacía resaltar su cabello pelirrojo recogido en un coqueto moño. La joven acompañaría a la duquesa al evento y nada le gustaría más que pasarse toda la noche bailando con ella, pero Marie, para él, era una fruta prohibida. No quería desilusionar a la que consideraba su madre, que no vería con buenos ojos que se encaprichara de su dama de compañía, y más teniendo en cuenta que la había acogido bajo su protección para que pudiera tener un buen futuro. Lo cierto era que jamás había tenido motivos para agradar a nadie, no había tenido padres, y tampoco había tenido amigos ni parientes que se preocuparan por él, porque nunca había importado a nadie. Y no quería estropear la vida que llevaba por culpa de no poder controlar sus instintos varoniles. Así que se mantendría alejado de esa joven tentadora, con aspecto de hada, salida de un cuento de leyenda vikinga.

—Ya es tarde, será mejor que nos marchemos, y tú, Violet, vete a dormir, aún no estás recuperada de tu catarro. Mañana tu hermana y Marie te explicarán todos los detalles.

—¡Lo quiero saber todo! —exigió ella tomando la delantera a pasos largos.

Sin más, emprendieron la marcha hacia Wilbur House. La noche era helada, el cielo estaba despejado y la bóveda oscura permanecía salpicada de puntitos luminosos. En cuanto llegaron al destino y Lily descendió del carruaje, no sintió el ambiente frío traspasar sus ropajes, sus nervios y temores actuaron de escudos. Era tan grande su emoción por reencontrarse con Angus que al primer paso que dio notó que sus rodillas temblaban y tuvo que ir con prudencia para no caerse. Además, tenía la garganta seca debido a su respiración agitada, fruto también de los nervios, y tragó saliva. Y en cuanto lo vio en la puerta de entrada recibiendo a todos los invitados, solo pudo sonreír. Su corazón empezó a latir desenfrenado y tuvo que forzar a sus piernas a echar a andar. Estaba emocionada, tanto era así que sus ojos oscuros brillaban como las estrellas del firmamento.

Pero el vizconde no la recibió con el mismo entusiasmo. Se limitó a ser educado como

cualquier caballero haría con una dama. Lily tomó conciencia de que, para él, ella era una más de las debutantes que habían acudido al baile. Alexia la observaba y no se perdía ningún detalle; si bien su sobrina siempre había sido una muchacha práctica, no dada al romanticismo, el vizconde era importante para ella desde que lo conociera siendo unos niños. Le dolía verla sufrir, como en ese instante, que Angus había dado muestras de ser tan frío como un iceberg. La había saludado sin más, como quien recibe a una dama por compromiso. Ni siquiera había mostrado una pizca de emoción por su cercanía y empezó a sentirse culpable porque ella había facilitado el cortejo entre Angus y su sobrina.

Sin más, el baile empezó. El lugar donde se celebraba era la estancia más fría de todo Wilbur House. Había permanecido cerrada durante años, de hecho, no se realizaba un evento desde el fatídico accidente. Sin embargo, continuaba siendo un espacio lujoso decorado en dorado, azul oscuro y gris claro. Altas columnas engrandecían el salón que se unían a un techo con cúpula. Había estatuas de mármol aquí y allá; y cuadros, que representaban escenas de baile, colgaban de las paredes. En un lateral había un balcón donde estaba la orquesta, en ese momento tocaba un reel.

Lily era la flor de la temporada y todos los nobles en busca de esposa se acercaron a ella. Pero el único caballero que le importaba a la debutante era el que se mantenía alejado. Angus no le dedicó ni una mirada, no existía para el noble, una realidad que la estaba destrozando por dentro.

—Pídele un baile —exigió con disimulo Robert Chapman, forzó una sonrisa cordial cuando un grupo de damas pasaron frente a ellos—. Ahora mismo.

El vizconde de Wilbur resopló hastiado.

—La señorita Lily McJones no me interesa.

—A decir verdad, no te interesan ni ella ni ninguna otra. No me hagas perder la paciencia, ve y baila con ella, hazlo al menos por la memoria de tus padres.

Robert conocía demasiado bien a su sobrino y sabía que, con solo nombrar a sus difuntos padres, su actitud rebelde, resultado del accidente que sufrió en el pasado, lo suavizaría. Y no se equivocó, porque de inmediato y con paso decidido se acercó a la debutante.

—¿Me haría el honor de concederme un baile, señorita McJones? ¿O tiene su carnet de baile lleno? —preguntó forzando un tono suave al tiempo que hacía la debida inclinación.

A Lily se le encendieron las mejillas de emoción.

—N-n-no —balbuceó, la había cogido por sorpresa, pues creía que no se acercaría a ella en toda la noche.

Angus alargó el brazo y ella colocó una mano sobre la de él. Por un instante, el noble quedó abducido, era como si reconociera la tibieza que desprendía esos dedos que él tenía entre los suyos. Entonces, las sienes empezaron a palpitarle con dolor, en su mente se cruzó la imagen del mar y de risas de niñas, sacudió la cabeza. Mientras, la orquesta empezó a tocar un baile campestre y las primeras notas provocaron que las parejas empezaran a bailar.

—¿Se encuentra bien, milord? —preguntó la dama preocupada, ya había empezado la danza y

ellos estaban paralizados al borde de la pista, se dio cuenta de que eran el centro de atención, todos murmuraban—. La gente nos mira.

Las palabras de ella sacaron al noble de su ensimismamiento. Miró a su alrededor y tenía razón. Carraspeó e instó a la dama a entrar en la pista, y se perdieron entre las demás parejas.

—Angus, ¿por qué niegas conocerme? —preguntó de pronto ella mientras danzaban.

Se separaron en el siguiente paso, y en cuanto se unieron de nuevo en el siguiente compás, contestó:

—No la conozco, señorita McJones. Usted está confundida.

—No lo estoy —rabió ella, no le agradaba que la tratara con la cortesía de unos extraños.

A él no le gustó que le llevara la contraria.

—Voy a serle sincero, no quiero casarme con usted, y espero que le diga a su tía que yo tampoco soy de su agrado. Quiero acabar cuanto antes con este cortejo que nunca he deseado.

A Lily se le llenaron los ojos de lágrimas, tragó saliva para evitar llorar frente a él.

—No lo voy a hacer.

—Es usted una dama caprichosa y egoísta —dictaminó con grosería.

—Tú y yo hicimos una promesa cuando éramos unos niños. Y me aseguraré de que la cumplas.

El tono contundente de la dama provocó que él se detuviera, obligándola a ella a hacer lo mismo. Se miraron el uno al otro en medio de las demás parejas, que seguían bailando al compás de la danza. Cabe decir que la escena causó un gran revuelo, el vizconde era consciente de ello, desvió la mirada hacia su tío, este lo censuraba con sus ojos azul claro. Su comportamiento no haría otra cosa que avivar más los comentarios sobre su salud y quería evitarlo a toda costa. A regañadientes, agarró de nuevo a la dama y empezaron a danzar otra vez. Sin embargo, esta vez guardaron silencio. Los rostros de ambos se cubrieron de una capa de frialdad evidente a los demás. Lily rezó para que el baile terminara cuanto antes, y, cuando lo hizo, se alejó de su pareja con una rapidez que cogió desprevenido al vizconde, que se encontró haciendo una reverencia solo. Cuando se incorporó no pudo hacer otra cosa que saludar con ligeros movimientos de cabeza a los invitados más cercanos en un intento por disimular. Notó que todo su cuerpo temblaba, pero no era de frío; sus espasmos eran fruto de un vacío que había dejado la mano diminuta de ella en contacto con la suya. El aire empezó a atascarse en sus pulmones al descubrir que ansiaba más de ella. La cabeza empezó a darle vueltas, y no solo abandonó la pista de baile, sino que se marchó de allí conmocionado por esa nueva sensación.

En cambio, Lily se fue con su tía y Marie, la tristeza de la muchacha se detectaba a simple vista, y estaba siendo el centro de las habladurías. La furia de la duquesa crecía en su interior; aun así, disimuló muy bien y puso su mejor cara.

Robert también era consciente de ello, quiso reprender a su sobrino, pero lo había visto desaparecer y no tenía ni idea de dónde se encontraba. De todos modos, no quería dejar las cosas como estaban y se acercó a las damas.

—Excelencia, señorita McJones, espero que disculpen a mi sobrino, hoy no tiene su mejor día.

—El vizconde ha insultado a mi sobrina con su comportamiento despectivo, señor —soltó la noble en un tono comedido a fin de no levantar sospechas delante de tanta gente.

—Soy consciente de ello —se disculpó, su rostro evidenciaba lo afectado que se sentía, miró a Lily—. Pero espero que usted, señorita McJones, le dé otra oportunidad.

—¿Por qué Angus..., quiero decir lord Wilbur, niega conocerme? —masculló con lágrimas en los ojos.

Marie deslizó su mano por la cintura de la debutante en un gesto de apoyo.

—Mi sobrino no recuerda haberla visto, señorita.

—Lily no está mintiendo —mencionó ofendida la duquesa, solo las formas controlaban sus ganas de agarrarla de la mano y marcharse sin despedirse de nadie.

—Yo no estoy insinuando eso, excelencia —dijo Robert contemplando a la debutante—. Nada me gustaría más que formara parte de mi familia.

—Usted tal vez no lo sepa, pero su sobrino se escapaba para jugar con mis sobrinas cuando iba a veranear a su mansión en Edimburgo, que daba la casualidad que estaba cerca del domicilio de mis sobrinas.

En ese momento se acercó Humphrey, que, desde lejos, había advertido que no se trataba de una cordial conversación.

—Madre, ¿está todo bien? —preguntó mirándolos uno por uno, reparó en las lágrimas de su prima y supo que algo sucedía.

Robert era consciente de que la velada se estaba estropeando. Percibía la pesadumbre de la debutante y empezaba a comprender que, de verdad, ella y su sobrino se conocían y que lo que contaba la duquesa era cierto. Quizá era el momento de hablar con la verdad.

—¿Podemos retirarnos a un lugar más tranquilo? —pidió Robert—. Quisiera confesarles una realidad que hará que la señorita McJones entienda muchas cosas.

Todos estuvieron de acuerdo y fueron a la biblioteca, que estaba lo bastante lejos del salón de baile para no escuchar la música y poder hablar con tranquilidad. Era una estancia con estanterías de madera oscura llena de libros, había dos sofás y varias butacas de estilo neoclásico en el centro, encarados a la chimenea.

—¿De qué se trata, milord? —preguntó Humphrey tan pronto se sentaron.

Lily permaneció de pie frente a la chimenea, sus ojos negros se quedaron fijos en las débiles llamas. La duquesa, su hijo y Marie estaban sentados en un sofá; y Robert, en una butaca de al lado. Pero este se levantó enseguida cuando empezó a hablar.

—Mi sobrino y yo creímos que regresando a Londres las cosas mejorarían —empezó a explicar con las manos unidas a la espalda—. Pero es evidente que han empeorado. Se ha vuelto un ser desquiciado y grosero, él no se comporta de esta manera.

—No lo entiendo, milord —dijo la duquesa con la espalda erguida, no se molestó en evidenciar su enojo—. ¿Acaso nos ha ocultado alguna información de vital importancia?

Lily se dio la vuelta y miró al lord, este los miró uno a uno antes de contestar. Estaba decidido a contar parte de la verdad; aun así, por el momento, omitiría lo de los ataques hasta ver la reacción de ellos.

—Solo hay una verdad, excelencia, que voy a revelar de inmediato: mi sobrino perdió la memoria después del accidente.

Lily se llevó una mano a la boca. La duquesa y Humphrey se miraron, y Marie observaba a la debutante con compasión.

—Entonces, lo que dicen que está mal de salud es cierto —mencionó Alexia.

Robert carraspeó, la reacción de ellos había sido de pavor y sorpresa, así que no explicaría lo de los ataques nocturnos de Angus, cuando se convertía en un monstruo violento salido de una pesadilla. Lo tacharían de loco y aconsejarían llevarlo a un manicomio, y eso acabaría por ahuyentar a Lily. Casi podía decirse que su sobrino solo tenía esa oportunidad para casarse. Ninguna dama aceptaría a un hombre como él, por mucho dinero y título que tuviera.

—Bueno, yo no diría tanto —alegó Robert—. Angus es un hombre fuerte y sano, ha perdido la memoria y le está afectando, como le pasaría a cualquiera.

—Aun así, quiero casarme con él —intervino Lily—. Yo le haré recordar.

Robert la miró con adoración, sin duda ella estaba enamorada de su sobrino, y esa certeza le daba esperanzas para su pronta recuperación. Alexia se levantó.

—Querida, ¿estás segura? Los médicos no saben nada de las pérdidas de memoria, no tienes certeza alguna de lo que puede pasar. ¿Y si empeora?

Humphrey también se alzó, se puso al lado de la duquesa.

—Escúchala, prima, quizá es mejor que te lo pienses unos días.

—Estoy segura de lo que hago. Angus y yo nos hicimos una promesa, ahora no la recuerda, pero la recordará, yo lo ayudaré a hacerlo.

—Hablaré con mi sobrino y acordaremos el día de la boda. No se arrepentirá, señorita McJones.

—Eso espero, milord, eso espero —soltó una poco convencida duquesa.

Alexia miró a su sobrina, en sus ojos oscuros se podía leer la palabra «esperanza». Pero la esperanza de poco le serviría cuando las cosas no fueran bien entre él y ella, y su matrimonio se convirtiera en una decepción. Cabeceó, definitivamente se había equivocado propiciando esa situación. Maldijo el momento en que decidió escribir en todos los papelitos el nombre de Angus Chapman, vizconde de Wilbur. Pero no podía hacer nada para deshacerlo, Lily estaba decidida y si se lo prohibía las cosas podían ponerse feas. A fin de cuentas, les prometió a todas sus sobrinas que ellas decidirían su futuro, algo que debía respetar.

Capítulo 6

—Fuiste un desconsiderado —le recriminó Robert a su sobrino.

Ambos estaban sentados en el comedor de desayuno, en sus platos había fruta, pastel de carne, huevos y panecillos, pero ninguno prestaba atención.

—Te advertí que no estaba preparado para casarme —se defendió, alzó su taza de porcelana para que el lacayo que había apostado le sirviera el té.

La estancia era acogedora, decorada en tonos vainilla y celestes. El mobiliario constaba de un aparador, en cuya superficie estaban dispuestos los alimentos en bandejas para ser servidos, una mesa ovalada y unas sillas, que eran obras talladas de madera de cerezo y resaltaban en el ambiente por el tono intenso rojizo y por la belleza de sus grabados. En un costado había una chimenea enmarcada de piedra que aportaba un toque rústico. Todo junto dotaba a la zona de un aire campestre algo sofisticado que nunca pasaría de moda. Las cortinas estaban corridas, el día permanecía nublado y sumergía la zona en un ambiente tenue.

—Busca la manera de prepararte, porque he acordado con el duque de Kingeston y su madre el enlace entre Lily y tú.

La noticia cayó sobre el hombre tal cual lo hubiera asestado un rayo. Como tenía en la mano la taza, la infusión se derramó y el líquido caliente se volcó sobre su plato y echó a perder los alimentos. El mayordomo ordenó al lacayo que le cambiara el servicio.

—¿Qué has hecho, tío? —gritó como un poseso, con las manos sobre el borde de la mesa en una pose intimidatoria.

—He actuado como debía, algo que tendría que haber hecho desde el principio. Y no puedes echarte atrás si no quieres provocar un escándalo.

—¡Maldito seas, tío!

—¡Ya basta, Angus! —voceó colérico, tirando su servilleta sobre la mesa de mala manera—. ¿Te crees que todo este asunto no me afecta? Estoy haciendo lo mejor para ti. ¿Por qué no quieres entenderlo?

—Tengo veintidós años, creo que sé muy bien lo que es mejor para todos.

—No es cierto —lo increpó en un tono comedido a fin de no llevar la conversación a extremos

de los cuales se arrepentiría—. Debes seguir adelante, Angus. Olvídate de todo y vive el futuro junto a la señorita Lily McJones, ella te ama.

—¡Ja! El amor no va a curarme, tío.

—Le dije que padeces amnesia, y a pesar de todo quiere casarse contigo.

—¿Qué? —Se alzó escandalizado, tan de golpe que la silla cayó al suelo—. ¿Cómo has podido ponerme en evidencia?

—No lo he hecho. —Dio un sorbo a su bebida caliente—. Tuve que arriesgarme o hubieras perdido la oportunidad de casarte. Pero quédate tranquilo, no le conté nada de tus ataques.

Angus empezó a pasearse por alrededor de la mesa, como si estuviera enajenado. Tenía las manos en la nuca.

—¡No te perdonaré, tío!

Robert ignoró sus amenazas.

—Tendrías que haber visto la expresión que puso la muchacha. Sus ojos brillaron de esperanza, y está dispuesta a ayudarte a recordar.

Angus se detuvo y lo miró.

—¿Acaso te has vuelto loco? ¿Y si me da uno de mis ataques? ¡Puedo incluso matarla sin darme cuenta!

Robert cortó un trozo de su pastel de carne y, antes de llevárselo a la boca, habló:

—Eso no sucederá, dormiréis en habitaciones separadas. Para concebir hijos solo hace falta que estés en su lecho unos minutos, y después de... bueno, ya sabes... te vas a tu alcoba.

Angus cabeceaba incrédulo. Se volvió a sentar.

—Creía que yo estaba loco, pero tú lo estás más que yo —suspiró—. Pienso que vamos a correr un riesgo innecesario; aun así, haremos las cosas como tú quieres, pero si no salen bien solo tú tendrás la culpa.

—Desayuna —repuso señalando el plato con el cuchillo que tenía en la mano—. No quiero que adelgaces, necesitarás todas tus energías para el día del enlace y la noche de bodas.

Angus se acordó de la tibieza de la mano de Lily el día anterior durante el baile. El sonido de niñas riendo llenó sus oídos, una calidez lo envolvió de arriba abajo y lo hizo sentir bien, era como si el sol lo rodeara en un tul tibio. Sin embargo, tampoco se olvidaba de que la tachó de caprichosa y egoísta, y los remordimientos empezaron a aflorar, se sentía arrepentido.

—¿De verdad que no le importó que hubiera perdido la memoria?

Su tío lo miró fijamente, esbozó una sonrisa torcida. Su sobrino empezaba a cambiar de actitud y eso era una buena señal.

—No, no le importó. Ella está dispuesta a ayudarte.

Pero el vizconde no podía olvidarse del monstruo que llevaba dentro y que salía cuando menos lo esperaba. Por nada del mundo quería que ella lo viera.

***

El día de la boda se celebró a finales de marzo. Los folletos de sociedad se hicieron eco, ya que la rapidez con la que había transcurrido todo, cuando aún quedaba mucha temporada por delante, había abierto un abanico de suposiciones. Sin embargo, ninguna encajaba con la realidad, porque nadie sabía de la pérdida de memoria del vizconde ni de la relación de los novios, que se conocían desde niños.

La primavera ya besaba la tierra de vida. Los verdes brotaban con timidez en los prados. Las primeras hojas vestían los árboles. La tibia calidez de los rayos de sol abrazaba todo a su paso. El cielo era un lienzo azul perfecto, y el aroma de las primeras flores flotaba en el ambiente. Sin duda era un día maravilloso para casarse, que auguraba un matrimonio feliz y fértil.

Pero Alexia, ataviada con un vestido de seda azul grisáceo de cintura alta y un pomposo sombrero, no estaba muy convencida. Pensaba que Lily se estaba dejando arrastrar por unos sentimientos demasiado intensos que la podían llevar al pozo de la desilusión. Y eso intentó hacerle ver mientras miraba lo hermosa que estaba con su vestido de novia color champán con adornos de perlas.

—Lily, querida, ¿estás segura? —le preguntó agarrándola con cariño por los hombros.

—Tía Alexia, dentro de dos horas me caso, imagina qué sucedería si no me presentara a mi boda.

—Me importas tú, querida. Todavía estamos a tiempo, yo me encargaré de encontrar una solución para que no se desate un escándalo.

Lily le sonrió con afecto.

—Amo a Angus.

Alexia hundió los hombros.

—Siempre has sido una muchacha responsable, estabas dispuesta a casarte pensando con la cabeza y no con el corazón.

La novia agachó la mirada.

—Lo sé, tía Alexia. Pero no puedo evitar sentir lo que siento, que es más fuerte que cualquiera de mis pensamientos cautelosos. ¿Acaso a ti no te pasaba eso con el tío Edward?

Alexia le sonrió, no podía negar que el amor tenía una parte de locura que hacía perder la cabeza incluso al más sensato.

—Sí, pero la diferencia es que Angus ha perdido la memoria. —Le acarició el mentón con su mano enguantada—. No lo ves desde la noche del baile. Ni tan solo te ha enviado alguna carta de disculpa por el trato grosero que te dispensó. No creo que su comportamiento sea la mejor manera para empezar un matrimonio.

—El Angus de ahora no tiene que ver con el que yo conocí.

—No lo disculpes, erais niños. Las personas cambian cuando crecen.

—Lo sé, pero mi corazón me anima a arriesgarme.

Alexia comprendió que nada la haría cambiar de opinión, así que dejó de insistir.

—Está bien, querida. —Le besó la frente—. Solo quiero que sepas que, si las cosas no te van

bien, siempre puedes regresar a Kingeston House, porque este siempre será tu hogar.

Ambas damas se fundieron en un fraternal abrazo, incluso lloraron y rieron emocionadas, ese momento tan especial quedaría grabado en sus recuerdos para siempre.

El enlace se celebró y ambos se casaron. Cuando se dieron el «sí, quiero», él la miró como si ella fuera una extraña; en cambio, Lily lo contempló embobada como si hiciera una vida que lo conocía. Admiró sus hombros anchos envueltos en una levita granate, sus muslos se veían fuertes en las apretadas calzas negras; y las pantorrillas, cubiertas por unas medias blancas, mostraban unos desarrollados músculos. Nunca había deseado a un hombre y en ese instante entendió las miradas brillantes de sus dos hermanas mayores cuando tenían a sus esposos cerca. Sin duda ella, en ese instante, tenía la misma mirada de boba rematada.

Después, se hizo una fiesta en Kingeston House. Los condes de Hampford —con su hijo Garrett de tres años, y a punto de tener otro hermanito—, los marqueses de Befast —con la pequeña Dahlia de casi dos años— y Violet se divirtieron a lo grande. Las hermanas McJones, cuando estaban juntas, no pasaban inadvertidas, daba igual que los años transcurrieran y formara cada una su familia. La camaradería de la que gozaban era profunda, desvestida totalmente de celos y malas intenciones. Era un placer mirarlas mientras interactuaban entre ellas. Sin duda, las cuatro eran las flores que cualquiera querría tener en su jardín.

Por su parte, Humphrey no podía apartar los ojos de Marie, ese día estaba hermosa con su vestido de muselina rosado con detalles en plata. Acaparó las miradas lujuriosas de los caballeros solteros, pero la hermosa francesa no era consciente de ello, ni tampoco era consciente del valor que estaba cogiendo como dama de compañía de la duquesa, convirtiéndola en una presa para cualquier noble que quisiera conseguir el favor de la poderosa familia Kingeston. Ella estaba demasiado ocupada mirando al duque cuando él no la observaba. La inocencia de la joven evitaba que fuera más atrevida y se acercara a él. Y Humphrey se mantenía alejado, consciente de que no podía sucumbir a sus instintos más primarios. Lo cierto era que nunca había deshonrado a una muchacha. Cuando era un ladrón, se limitaba a seducir a damas viudas, casadas, solteras, todas ellas descaradas y viciosas, y cargadas de joyas que él robaba. Se trataba de mujeres demasiado superficiales abandonadas al placer, y él se aprovechaba de ello. Sin embargo, Marie era todo lo contrario, una rareza en una sociedad sin escrúpulos, y ella merecía un futuro de ensueño.

Después de la celebración, Angus y Lily partieron hacia su residencia. Habían acordado esperar al término de la temporada, cuando hubieran organizado una fiesta a fin de presentarse en sociedad como los vizcondes de Wilbur, para hacer un viaje de boda. Llegaron a su hogar ya de noche; aun así, los sirvientes al completo estaban esperando en el vestíbulo para presentarse ante su nueva señora. Ella fue recibida con cortesía y calidez, que la joven devolvió con creces.

Luego, los criados regresaron a sus lugares de trabajo. Angus y Lily se quedaron en el vestíbulo mirándose uno al otro. El nerviosismo flotaba en el ambiente, ambos eran demasiado conscientes de lo que sucedería esa noche; y si bien el vizconde había retozado con mujeres de

dudosa reputación, por un puñado de monedas, cada vez que su instinto se lo exigía, no podía evitar sentir que, en esa ocasión, todo sería diferente. Ya no se trataba de una fémina sin nombre, sino que la exquisita mujer que contemplaba era su esposa. Hasta ese momento no había reparado en lo hermosa que era. Paseó su mirada azul por el escote, con disimulo, su piel era cremosa y delicada; además, desprendía un aroma afrutado suave. Ella observaba a su alrededor, ofreciendo una vista a su perfil delicado, tal cual como si un artista de renombre hubiera esculpido la obra perfecta. Sin duda, se trataba de una mujer exquisita, y se insultó por no haber reparado en ella la primera vez que la vio. Su entrepierna también estaba de acuerdo, porque empezó a tomar unas dimensiones considerables.

—¿Te acompaño a tu alcoba? —preguntó el vizconde.

Ella miró la enorme escalinata suspendida en el centro, con una baranda negra y dorada con motivos florales que se extendía por gran parte del inicio de la planta superior, por donde se accedía al pasillo que llevaba a las alcobas. Los amplios peldaños estaban cubiertos, desde el primero hasta el último, por una alfombra en tonos rojizos y terrosos.

—Sí.

Él le ofreció su brazo y ella posó su mano en el hueco del codo. Subieron los escalones y accedieron a un amplio pasillo, Angus la instó a que se detuviera frente a una puerta de dos batientes, abrió ambas, el aroma a flores frescas que había en varios jarrones fue un recibimiento agradable. El lord se apartó para dejar que su lady entrara. La recién casada dio dos pasos y se quedó embobada mirando el aposento. Los candelabros con las velas encendidas, dispuestos en varias zonas, ofrecían una visión luminosa de la estancia.

Decir que era un lugar precioso era quedarse corto. Estaba decorada en tonos lavanda y morados. Las prendas textiles, como cortinas, cojines, tapizados y la colcha, tenían lirios bordados. El lecho con dosel blanco estaba en el fondo, en un lateral había una gran balconera que daba a una pequeña terraza, en la pared contraria había una importante chimenea enmarcada con columnas blancas, que rebosaba calidez que desprendían las enormes llamas que envolvían los troncos.

Ella se dio la vuelta y lo miró con sus pupilas dilatadas relucientes de emoción.

—Es preciosa. ¡Me encanta!

El vizconde, que había estado aguantando la respiración mientras esperaba la reacción de ella, soltó el aire de golpe.

—Mandé redecorar este lugar en tu honor. Por cierto, me encantan los lirios —expresó con una gran sonrisa.

—Has sido muy considerado —soltó ella saltando a sus brazos, estaba emocionada, porque acababa de descubrir que no le era indiferente.

Tal muestra de efecto tomó al recién casado por sorpresa, su espalda se tensó y se quedó con los brazos pegados a su cuerpo. Al principio se resistió, pero ella no se dio por vencida y apretó su cuerpo contra el de él. El vizconde se relajó, alzó sus brazos y acogió a su esposa ciñéndola

fuerte. ¡Por Dios... nunca se había sentido tan bien! Cerró los ojos y apoyó su barbilla en la cabeza femenina.

—Es mi manera de pedirte disculpas —dijo empapándose de la calidez que desprendía el cuerpo de ella—. Sé que fui un grosero el día del baile.

Ella se apartó y le sonrió.

—Gracias. —Agachó la cabeza—. Entiendo tu comportamiento, tu tío me habló de tu amnesia... —Alzó la mirada y lo contempló con determinación—. Pero yo puedo ayudarte a recuperar la memoria.

Le encantaba que ella tuviera esperanzas, unas esperanzas que él había perdido hacía mucho tiempo.

—Ojalá fuera tan fácil.

En ese momento se dio cuenta de la batiente que había en la pared lateral.

—¿Detrás de esa puerta está tu alcoba?

El noble echó un vistazo rápido al lugar antes de contestar.

—No, es un vestidor y un baño. Mi alcoba está al final del pasillo.

En la mirada oscura de la recién casada brilló la desilusión.

—¿Tan lejos? —mencionó con tristeza.

Él se atrevió a acariciarle el mentón.

—Es lo mejor... —Se dio cuenta de que no le gustaba verla triste, pensó deprisa una excusa—. Suelo padecer de insomnio.

Angus agradeció que entrara una doncella para ayudar a la nueva lady Wilbur. El vizconde se retiró para cambiarse también, su ayuda de cámara ya estaría en su alcoba esperando para asistirlo.

La doncella peinó la melena castaña rojiza de Lily, al momento se puso un camisón de muselina blanco con una bata a juego, que ató con un lazo bajo los senos. Era tan transparente que, de pronto, le entraron los temores. Tanto era así que apagó varias velas, a fin de sentirse más segura envuelta en la penumbra. La doncella, antes de retirarse, había apartado las sábanas hacia los pies del lecho. Lady Wilbur observó las impolutas sábanas, reconocía que estaba asustada, pero amaba a Angus desde siempre, y los recuerdos de cuando eran niños apartaron los miedos. Después, se acercó al diván ubicado frente a la chimenea. No tardó en escuchar unos golpecitos en la puerta.

Se levantó de un salto.

—Adelante.

Empezó a temblar en el momento que apareció Angus. Ambos se miraron el uno al otro. Él llevaba una bata de seda en damasco verde oliva con un ribete dorado, y se quedó contemplando a su esposa con cara de admiración. Detrás de ella ardía un buen fuego en la chimenea, un halo anaranjado rodeaba a su esposa, parecía de otro mundo, era como una imagen etérea que salía de la noche para iluminar su corazón. No pudo evitar pensar en sus terrores nocturnos. Había la

posibilidad de lastimarla, y si eso ocurría prefería mil veces morir antes que causarle algún daño. Pero no pensaría en eso, debía permitirse vivir un poco antes de acabar loco de remate, disfrutar del regalo que suponía Lily.

—¿Estás preparada? —preguntó él mientras se acercaba, le agarró una mano.

A ella llegó su aroma a cedro e incienso y su interior se agitó, se humedeció los labios.

—Yo, sí, ¿y tú?

—También —afirmó esbozando una sonrisa.

Ambos se dirigieron al lecho y se sentaron, el lord acarició el rostro de su esposa, con el índice cinceló sus facciones como si fuera un pintor.

—Eres hermosa, Lily.

La dama sonrió con timidez, un deje de satisfacción cubrió su mirada oscura.

—Me alegro de gustarte.

—Pero ¿cómo es posible que no te recuerde?

Lo cierto era que estrujaba su mente por si acudían imágenes del pasado, pero solo veía oscuridad.

—Estuviste un verano viniendo a nuestro hogar. Nunca supimos quién eras, nos contaste que eras un crío del pueblo que estabas de visita con tus padres para cuidar a una prima enferma. Ahora sé que nos mentiste.

Él soltó una carcajada.

—Entonces era un niño mentiroso.

—Bueno, creo que lo hiciste porque mis padres siempre criticaban a los nobles que vivían por allí cerca, y supongo que no querías que te prohibieran jugar con mis hermanas y conmigo.

Como siempre le ocurría a Angus cuando forzaba la mente, las sienes le pulsaron y el dolor viajó por toda la cabeza. Se restregó la frente intentando disimular, pero ya era tarde, porque su esposa se había percatado de su malestar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella.

El vizconde volvió a agarrarle la mano y la sensación cálida y reconfortante regresó a él, tal como le sucediera el día del baile. Al mismo tiempo, otro tipo de anhelo creció en su interior y no sabía ponerle nombre.

—Me encuentro bien, solo que me gustaría recordar esos momentos —susurró el esposo.

—Podemos crear nuevos recuerdos, tan felices como los vividos juntos de niños. —Le sonrió con ternura—. Confía en el futuro, confía tú en mí, por favor. El amor es la mejor de las medicinas.

El vizconde acunó su rostro, acercó su boca a la de ella. Lily apoyó sus manos sobre los hombros de su esposo mientras la punta de la lengua de Angus recorría sus labios. Ella podía advertir la musculatura dura de su esposo bajo sus palmas, un calor reconfortante viajó por su bajo vientre al pensar que ese hombre la haría suya esa noche. Quiso más de Angus, por lo que deslizó las manos por alrededor del cuello y pegó su cuerpo a él.

El lord captó la necesidad de su esposa y la instó a abrir los labios, su lengua entró con la bravura de una ola alcanzando la playa. Angus la reclamó como suya profundizando un beso caliente y húmedo, mientras la estrechaba entre sus brazos. Ella se abandonó por completo a él, sabiendo que no había ningún lugar en el mundo mejor que ese lecho ardiente. Cuando su esposo puso fin al beso, ella gimió, casi no podía abrir los ojos, pues era presa de un delicioso placer que viajaba por todo su cuerpo y la hacía flotar. Apenas fue consciente cuando él la desvistió con sumo mimo, abrió los párpados al sentir la piel caliente de su esposo rozando sus pechos desnudos; se encontró tumbada de espaldas en la cama, y a él encima, ya desvestido, con ambas manos apoyadas a los costados de su cabeza. Su esposo miraba sus pechos con las pupilas tan dilatadas que parecía querer devorarlos y percibió cómo sus pezones se hinchaban y se sonrojó.

—Son perfectos... —susurró con voz de fuego, admirando la cremosidad de la piel en contraste con las cumbres color canela.

Con la lengua repasó los pezones, después los chupó con el frenesí del que disfrutaba de una porción de pastel. Ella se arqueaba ofreciéndose por completo, dejando que su esposo la saboreara con urgencia, la misma urgencia que tenía ella por llegar a un lugar en el que nunca había estado. Empezó a temblar, gemía, y su esposo captó sus estremecimientos. Él tampoco estaba en mejores condiciones, a duras penas podía aguantar su necesidad de enterrarse en ella de una sola embestida, y tuvo que echar un pulso a sus instintos más primarios para reprimirse.

Angus se colocó entre los muslos de su deliciosa esposa y guio su virilidad al sexo femenino. La humedad empapaba el lugar y no le costó introducirse en su cuerpo, intentó ser delicado, pero cuando la tibieza femenina rodeó su hombría, no pudo más, y la embistió con urgencia. Se quedó quieto un instante, besó a su esposa y se tragó sus gemidos de dolor ante la invasión. Le acarició los pechos y mantuvo su lengua unida a la de ella hasta que tuvo la certeza de que rendía de nuevo al placer.

La danza hipnótica empezó, entraba y salía, poco a poco, mientras los rugidos de pasión iban creciendo a cada embestida. Los latidos de ambos crecieron de intensidad al tiempo que sus cuerpos quedaban cubiertos de un calor que los hacía vibrar. Entonces, los muslos de Lily rodearon la estrecha cadera de su esposo como si fueran cintas de seda. Las penetraciones se hicieron más intensas y salvajes. Entraba y salía sin pausa, a un ritmo desenfrenado. Ella clavó las uñas en la musculosa espalda de Angus y él acrecentó todavía más las arremetidas, tanto era así que se fusionaron el uno en el otro y se convirtieron en un cuerpo. No tardaron en alcanzar el limbo y un estado de euforia los consumió por completo, hundiéndolos en una semiinconsciencia que los hizo flotar.

Después de unos instantes en los que permanecieron abrazados, él se separó y se levantó. Se puso la bata, se acercó al lecho y, con una rodilla clavada en el colchón, estiró su cuerpo para depositar un beso en la frente de su esposa. Ella lo tomó del brazo.

—Quédate conmigo, te quiero a mi lado, cerciorarme de que lo que ha pasado entre nosotros no ha sido un sueño.

El esposo besó sus labios.

—Padezco de insomnio —mintió—. Será mejor que te deje sola para que puedas descansar.

—No me molesta tu insomnio. Prefiero tenerte a mi lado.

Para lord Wilbur, contarle la verdad quedaba descartado, y más al darse cuenta de que ansiaba convertirse en su esposo con todo lo que ello implicaba. No quería una relación formal basada en las obligaciones que le exigía su estatus, sino que quería más, mucho más. Ella lo amaba, y empezaba a comprender que ese anhelo que sentía en su corazón también tenía mucho que ver con ese sentimiento.

—Es mejor así, créeme —sentenció él.

Sin añadir nada más, salió de la alcoba dejando a una Lily sumida en la decepción. No pudo evitar que las suposiciones inundaran su mente. Y llegó a la conclusión de que lo que había pasado entre ellos no había significado nada para él. Solo se había limitado a cumplir con su papel de esposo y se había asegurado de consumar la unión con la esperanza de que se quedara embarazada. Sin duda, en cuanto estuviera encinta se olvidaría de ella. Solo era para él una molesta responsabilidad. Sin embargo, ella no dejaría que la apartara y se ganaría su corazón cuando lo ayudara a recuperar la memoria.

Capítulo 7

Era media mañana cuando Angus sintió los rayos del sol caldear su rostro. Estaba tan a gusto bajo las sábanas que no pudo abrir los ojos, pero no tardó en percibir el aroma afrutado de su esposa, al mismo tiempo que un peso en su lecho lo hizo brincar, entonces, se desperezó al instante.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él abriendo los ojos de golpe, se sentó.

—Hace una mañana espléndida —mencionó ella sonriente, con una mezcla de impaciencia y temor—, y no quería desayunar sola el primer día de casada.

Angus intentó controlar su furia, pero no pudo.

—Te prohíbo que entres en mi alcoba si yo no te doy permiso, ¿lo has entendido? No quiero que esto vuelva a pasar nunca más.

La exigencia hecha en un tono duro borró la sonrisa de su esposa. Él era demasiado consciente de su problema y no quería que acudiera a su aposento sin avisar, era muy arriesgando. ¿Qué sucedería si algún día entraba y lo encontraba en plena crisis arremetiendo contra todo y todos? Pero en cuanto vio las lágrimas de ella acudir en su redonda mirada oscura, pensó que, tal vez, se había excedido y quiso arreglarlo.

—Lo siento, Lily. Tengo un mal despertar, es por eso que necesito que mi alcoba sea privada.

Seguía mintiendo, pero no podía hacer otra cosa. De hecho, daría la vida por que sus terrores nocturnos desaparecieran para siempre y poder darle a su esposa lo mejor de él.

—No volverá a ocurrir —se disculpó la dama con la cabeza gacha, en actitud culpable.

Al vizconde no le gustaba verla tan abatida, de modo que se sentó en el borde del lecho, la agarró de la cintura y la sentó sobre sus rodillas. Después besó a su esposa con cariño y ella deslizó los brazos por el cuello de su esposo, se apretó contra él.

—Me visto y vamos a desayunar, y después podemos cabalgar un rato. —Miró hacia la ventana, lucía un reluciente sol—. Parece que la mañana invita a ello.

Ella recuperó el buen humor y asintió feliz. Nada le gustaría más que pasar la mañana con su esposo.

No obstante, en Kingeston House la mañana no estaba siendo para nada tranquila. La duquesa

viuda, mientras estaba desayunando con el duque y Violet, recibió la terrible noticia de que su querida amiga Lousia Foster había padecido un accidente. Al parecer, se había precipitado escaleras abajo y el golpe había sido tan terrible que se debatía entre la vida y la muerte.

—Oh, por favor, Dios mío, ¡no dejes que se muera! —mencionaba llorosa su excelencia dentro del carruaje que la llevaba a toda prisa hacia la residencia de su buena amiga.

En el vehículo también estaba Humphrey, en el interior del hombre se estaba desatando un huracán. Le había sido fácil llegar a la conclusión de que, detrás del supuesto accidente, estaba la mano de Will Baley.

—Madre, por favor —mencionó alargando los brazos, tomó las manos arrugadas de la duquesa y las acunó entre sus robustos dedos—. No llores, saldrá adelante, Lousia es una mujer fuerte y aún no le ha llegado su hora.

La duquesa lo miró a los ojos, forzó una sonrisa y asintió. En esos momentos tan duros para ella, tener el apoyo del que consideraba su hijo le renovaba la esperanza. Sin embargo, detrás de los ojos verde intenso del hombre habitaba la desesperación y estaba echando mano a su autocontrol para no delatarse. Porque una cosa era robar a viudas ricas enfermas de lujuria y otra bien distinta era asesinar. Nunca se había manchado las manos de sangre y no pensaba empezar en ese momento. Debía encontrar la manera de parar los pies de Will y descubrirlo ante el mundo como el ser que era: un hombre sin escrúpulos capaz de todo.

La mansión de la marquesa de Wendy estaba a unos dos kilómetros fuera de la ciudad, por lo que no tardaron en llegar. Se trataba de una hermosa edificación de dos plantas de estilo barroco inglés, en cuyo interior había estancias enormes con columnas y en los techos había pintadas obras barrocas inspiradas en los dioses romanos.

El médico aún no se había marchado y pudo hablar con Alexia y el duque. La marquesa no se había roto ningún hueso, algo milagroso teniendo en cuenta su edad y la grave caída; sin embargo, el fuerte golpe de cabeza, detrás, en la nuca, había provocado que perdiera la conciencia y no podía asegurar que la volviera a recuperar. Por tanto, las próximas horas serían vitales y mostrarían si había alguna esperanza de recuperación.

Alexia se echó a llorar con desconsuelo, Humphrey la abrazó con fuerza a fin de mitigar su dolor. Después, cuando dejó a la duquesa sentada en una silla al lado de la cama donde estaba su buena amiga, habló con el doctor y los criados para preguntarles sobre la caída. Todos le aseguraron de que había sido un desafortunado accidente. Lousia se movía con torpeza a veces, debido a su edad, y costaba poco llegar a la conclusión de que se había tropezado. No obstante, él casi estaba seguro de que la habían empujado para matarla. Solo podía esperar un milagro para que se despertara y contara lo que había sucedido.

***

La nueva vizcondesa llegó a Wilbur House justo a la hora de cenar. Lily se había enterado del

accidente de Lousia y había hecho compañía a su afligida tía hasta última hora de la tarde. De hecho, poco se podía hacer, dadas las circunstancias, solo rezar para que la marquesa de Wendy despertara.

El comedor donde se servía la cena era un lugar amplio, de estilo clásico muy acorde con su estatus: alfombras de calidad, candelabros de oro, tejidos de terciopelo y seda, muebles oscuros torneados con maestría. Todo unido evocaba majestuosidad y clase.

Angus estaba sentado en la cabecera de la gran mesa ovalada de borde biselado. En el centro había bandejas con ganso, cordero, pescado ahumado, jaleas, salsas, fruta fresca y dulces de almendras. Ella, tan pronto entró en la estancia, captó el aroma a comida especiada y elaborada, y su apetito se incrementó. Se percató de que su plato estaba en la otra punta y ordenó a un lacayo que le pusiera su servicio al lado de su esposo. Él la miraba divertido; y cuando ella acercó su boca a la de él, se besaron con intensidad.

—¿Y qué hay de las normas, querida mía? —dijo con humor el noble.

Ella desplegó su servilleta.

—Querido mío —comentó siguiendo con el buen humor—, las normas y el protocolo, a partir de hoy, solo se utilizarán cuando estemos acompañados.

—¡Me parece una gran idea! ¿Qué tal se encuentra la marquesa de Wendy?

El rostro de la esposa se tornó serio evidenciando su preocupación.

—Tal vez no despierte nunca más y acabe consumiéndose en el lecho de su alcoba.

—Lo siento mucho, tu tía la quiere como si fuera su hermana. Lo debe estar pasando mal.

—Bastante, no se separa de ella y reza para que se produzca un milagro.

—Habrá que esperar.

—¿Crees en los milagros, Angus? Porque yo sí.

El agarró el plato de su esposa y, mientras se encargaba de ponerle un poco de todo, contestó:

—No sé si existen los milagros, solo sé que yo nunca he visto uno.

—Yo vi uno no hace mucho tiempo cuando el destino nos cruzó en Vauxhall Gardens.

Él le sonrió a modo de respuesta.

—Un milagro para mí sería recuperar la memoria. —«Y que los ataques nocturnos, cuando me convierto en un monstruo, desaparecieran para siempre», pensó.

Angus depositó el plato de su esposa frente a ella, la dama abrió los ojos de par en par.

—¡Oh, no creo que pueda con todo! —mencionó observando la carne y el pescado humeante.

Él ignoró su comentario.

—Faltan las salsas y las jaleas —dijo acercando los recipientes a su esposa.

—Entonces, será mejor que empiece, la verdad es que huele divino.

La dama cortó una porción de ganso, estaba tan bien cocinada el ave que se deshacía en su boca. Su esposo le sirvió vino negro.

—¿Y tu tío? —preguntó la lady al tiempo que agarraba la copa.

—Cenará en el White’s. Como excusa ha dicho que hacía tiempo que no veía a unos amigos y

pasaría la velada jugando a las cartas. Lo cierto es que ha querido darnos un poco de privacidad en nuestro primer día.

—Ha sido muy considerado; de todos modos, Wilbur House es enorme, no creo que nos tropecemos mucho.

—Estoy de acuerdo.

La dama dejó la copa de vino de la que se había echado un trago.

—Me he dado cuenta de que se preocupa mucho por ti.

—Sí, algunas veces es asfixiante, pero lo comprendo y no se lo recrimino. —Se limpió, con pequeños toques, los labios—. Me gustaría que me explicaras más cosas de cuando éramos niños. Tengo la esperanza de recordar mientras me das detalles.

Ella tragó el trozo de carne que recién se había introducido en la boca.

—Nos lo pasábamos muy bien, siempre nos hacías reír a mis hermanas y a mí. Tú y yo decidimos construir una balsa y, cuando la tuvimos hecha, nos convertimos en piratas. —Hizo un mohín al tiempo que los recuerdos se anclaban en su mente—. Bueno, pero no duró mucho...

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—En cuanto pusimos la balsa en el agua, se hundió.

Angus estalló a carcajadas y ella lo imitó.

—¡Qué desastre, no sabíamos nada de construcción! —exclamó entre risas lord Wilbur.

—Éramos un desastre... —suspiró—. Pero construimos otro tipo de sueños.

—Háblame de ellos.

—Me pediste que nos casáramos cuando fuéramos mayores. Todo era perfecto en aquella época: el sol, el mar, las risas, las promesas, tu compañía... nunca olvidé esos momentos vividos. —Se percató de que su esposo se entristecía y buscó entre los recuerdos otros momentos para alegrarlo—. Te gustaban mucho los sándwiches que nos preparaba mi madre. Si sobraban te los metías en los bolsillos para llevártelos.

Otra vez las risas llenaron la estancia. Sin embargo, de pronto, él cesó y se restregó las sienes.

—¿Oh, te encuentras bien, querido? —Se interesó al observar las facciones de dolor de su esposo.

—Las sienes me palpitan cuando intento recordar. Lo siento... —Se levantó—. Creo que es mejor que me vaya a mi alcoba.

Angus notaba como si un martillo golpeara su cabeza por dentro. Empezaba a estar mareado y en lo único que podía pensar era en huir para que su esposa no viera su padecer. Además, esos terribles dolores de cabeza siempre terminaban convirtiéndolo en una bestia en cuanto se metía en la cama y cerraba los ojos.

No se despidió de ella y salió del comedor tan deprisa que tampoco permitió que su esposa pudiera desearle las buenas noches. La verdad era que la nueva lady Wilbur se sentía decepcionada, había creído que pasarían parte de la noche juntos, en su alcoba, compartiendo bajo las sábanas de su lecho los placeres de los recién casados. Pero debía tener paciencia, desde

el primer día supo que estar casada con Angus requeriría, por su parte, una gran fuerza de voluntad para ayudarlo a recordar.

Aun así, sentirse sola en una estancia tan grande le cortó el apetito, por lo que se fue a su alcoba. La doncella la ayudó a desprenderse de sus ropajes y se puso un camisón en un tono lavanda. En la chimenea ardía un buen fuego; si bien la primavera había dejado paso a días más tibios, todavía no había entrado en los interiores de los hogares.

Sin más, se metió en la cama y el cansancio del día actuó de relajante. No tardó en quedarse dormida; sin embargo, unos golpes que sonaban a lo lejos, como si se hubiera desatado una batalla en alguna estancia, la desvelaron. Se sentó en la cama, las brasas restantes de la chimenea aportaban un halo anaranjado al ambiente. Sin perder ni un minuto, se puso la bata que tenía sobre el lecho y se hizo con un candelabro al que le encendió las velas con el pedernal. Salió al pasillo y siguió las voces, se llevó la mano al corazón cuando se dio cuenta de que el escándalo provenía de la alcoba de su esposo. Creyó que estaba en peligro y, rauda, corrió a la puerta, la abrió y se encontró a Angus arremetiendo con todo lo que se cruzaba en su camino, en la estancia había objetos por el suelo, algunos rotos debido a la violencia. No entendía lo que le sucedía, de modo que dejó el candelabro sobre la mesita y se acercó a él.

—¡Angus, Angus! —gritó al tiempo que lo agarraba por las muñecas.

Pero eso no fue una buena idea, porque el vizconde estaba teniendo un ataque y no veía a su esposa, en su lugar contemplaba a un demonio con los ojos rojos de fuego. Sin saber muy bien qué hacía, agarró a la vizcondesa de los hombros, la arrastró al lecho y la tiró. Lily gritó en cuanto su mirada se cruzó con la de él. En los ojos azules de su esposo reinaba el caos y la desesperación, las motas doradas estaban eclipsadas por unas pupilas exageradamente dilatadas. Su cara se hallaba por completo sudada y sus facciones eran tan intensas que creaban sombras y provocaba que su expresión fuera más propia de un loco que había perdido el sentido.

—Angus, por favor, que vas... —empezó a decir.

Pero no le dio tiempo a continuar, ya que él se había sentado a horcajadas sobre ella y con sus anchas y fuertes manos empezó a apretar el pequeño cuello de su esposa.

—Cállate, bestia inmunda, ¡vas a morir! —gritó él mientras seguía oprimiendo la garganta femenina.

De la boca de Lily apenas salía algún balbuceo sin sentido. Ni tan siquiera pestañeaba debido a la impresión de verse atacada por su esposo. Boqueaba en un intento por respirar; sin embargo, los dedos apretando su cuello y el peso de su esposo sobre ella lo imposibilitaban. Agarró las muñecas de Angus y tiró de ellas con la esperanza de liberarse. Él tenía los ojos desorbitados y las pupilas dilatadas, como si no formara parte del mundo real y hubiera entrado en otro caótico. Los párpados de la dama empezaron a descender con lentitud, estaba a punto de perder el sentido y todo comenzó a dar vueltas a su alrededor.

Sin embargo, de pronto se vio liberada, sus pulmones absorbieron el aire con agonía, tanto era así que empezó a toser con desesperación mientras escuchaba los gritos de su esposo y de

Robert. En cuanto recuperó la entereza, se incorporó apoyándose por los codos y contempló cómo Angus intentaba golpear a su tío. Estaba todavía sumido en una especie de trance de terror. En ese momento entraron cuatro lacayos y agarraron a su esposo, al que mantuvieron sujeto contra la pared con el objetivo de inmovilizarlo.

Robert se acercó a ella con rapidez, agarró su mano y la sacó de allí deprisa. La llevó a su cuarto y pidió a un sirviente que le llevara whisky. Ella se sentó en el diván, temblaba y lloraba. En cambio, él se paseaba delante de ella con una mano en la cintura y otra detrás de la nuca. Era incapaz de mirarla sin sentirse culpable por los moratones que, con seguridad, estarían apareciendo por su cuello. Se maldijo por no haber estado esa noche en casa, pero creyó importante dejarles intimidad. Había dado por hecho que ella nunca vería a Angus convertido en un monstruo, pues se habían tomado las medidas oportunas. Lo peor de todo era que apenas hacía un día que estaban casados y no tenía ni idea de lo que pasaría a partir de ese momento. Si ella tuviera un deje de sentido común, se iría de inmediato de Wilbur House y no la podría culpar por ello.

Un lacayo entró con una bandeja con dos vasos y una licorera con whisky, detrás de él apareció una sirvienta que avivó las brasas de la chimenea poniendo varios troncos encima. En cuanto terminaron, Robert ordenó que se marcharan y sirvió dos tragos de licor.

—Bebe —dijo Robert.

Observó las manos femeninas agarrar con fuerza el vaso, temblaba y el líquido tostado se agitaba en su interior. Sin embargo, el licor desprendía un aroma demasiado fuerte para una dama que apenas bebía alcohol, y esbozó una mueca de asco.

—No puedo... —susurró entregándole el vaso.

—Te relajará, hazme caso. Después hablaremos.

Ella lo contempló, en la mirada azul clara de él se atisbaba mucho pesar. Además, sus facciones estaban contraídas y supo que había una explicación a lo que había pasado. Se llevó el vaso a los labios, bebió un trago y un estremecimiento de repulsión la sacudió de arriba abajo. Era demasiado fuerte el whisky para ella; no obstante, en cuanto notó que el calor de la garganta se extendía por todo su cuerpo brindándole sosiego, se lo terminó de un trago.

Luego, Robert agarró el vaso vacío y lo dejó en la bandeja. Aprovechó ese instante para beberse su trago de un tirón. Reconocía que esa noche necesitaba más de uno, pero precisaba toda su lucidez mental para explicarle a la que era su nueva sobrina lo ocurrido. Agarró la silla que había cerca del diván y la arrastró frente a ella.

—Supongo que necesitas una explicación —mencionó al tiempo que se sentaba.

—Sí. El Angus de hace un momento no tiene nada en común con el que he cenado hace unas horas.

Se llevó una mano al cuello, la zona le ardía, pero se negaba a mirarse al espejo. De hecho, no le hacía falta, bien sabía que tendría la piel magullada e inflamada. Robert seguía con sus ojos la mano de su sobrina, que acariciaba su cuello. Tragó saliva al ver los dedos de Angus marcados,

unas redondeces amoratadas resaltaban en la piel blanca; supo que ella merecía la verdad. Por suerte los troncos de la chimenea ardían con fuerza y el calor que desprendían los alcanzaba, por lo que ella había dejado de temblar.

—Angus no está bien —confesó él.

Ella notaba las lágrimas ascender por su garganta; si bien era la conclusión a la que había llegado después de lo ocurrido, escucharlo en voz alta le resultaba más doloroso.

—¿Qué le sucede?

—Debido al accidente, sufre terribles dolores de cabeza que le provocan pesadillas durante la noche. Las percibe tan reales que pierde el sentido durante el tiempo que tarda en tomar conciencia de que solo es eso... una pesadilla.

—¿Y los médicos no han encontrado la solución?

—No, es un misterio para ellos. No se sabe mucho todavía de la amnesia, ni de las consecuencias.

Ella se miró las manos sobre el regazo.

—¿Entonces no hay cura?

—No lo sabemos, al menos los ataques no han ido a más y hemos podido guardarlo en secreto. Imagina lo que sucedería si la sociedad se enterara.

Lily se estaba poniendo en la piel de su esposo y el dolor tan grande que sintió provocó que sus redondos ojos oscuros se le llenaran de lágrimas.

—Dirían que está loco y que es un peligro para todos ellos —suspiró de pena—. Exigirían que lo ingresaran en un manicomio.

Robert se sentía agradecido de que su sobrino tuviera una esposa como Lily. Para él era un privilegio tenerla en la familia, por lo que desde el primer momento le había pedido que dejaran las formalidades de su clase y lo llamara «tío». Sin duda, no era como las demás muchachas de la aristocracia, aburridas, cautelosas, obedientes, sin voz ni pensamientos propios. Había oído hablar de las hermanas McJones y de lo especiales que eran todas ellas. No exageraban, desde luego, eran mucho mejores.

—Entendería que te fueras ahora mismo de aquí, pero te pido, por favor, que no cuentes a nadie lo ocurrido esta noche, sentenciarías a Angus y se hundiría aún más.

Lily se alzó, su pose tensa mostraba indignación.

—¡Por quién me tomas, tío! Angus es mi esposo, jamás de los jamases haría algo que lo perjudicara.

A él lo cogió desprevenido y abrió los ojos.

—No quería ofenderte.

Ella caminó hacia la chimenea, alargó las manos a las llamas, aún sentía el frío del miedo por su cuerpo.

—Pues lo has hecho. —Se dio la vuelta y, con las manos en las caderas, añadió en un tono duro—: No pienso irme de aquí, este es mi sitio, soy la vizcondesa de Wilbur. —Su voz se

suavizó—. Sé que con el tiempo Angus lo recordará todo, prometí ayudarlo, y seguiré haciéndolo.

Una sonrisa de oreja a oreja se esbozó en el rostro de Robert. Sin duda alguna, Lily era lo mejor que le había podido pasar a Angus. Pero conocía a su sobrino y, después de lo sucedido esa noche, había que preguntarse si él dejaría que ella lo ayudara o, en cambio, sería él el que se alejaría para no lastimarla más.

***

Robert se levantó temprano. Sabía con certeza que su sobrino estaría sumido en la desesperación por lo acontecido la noche anterior. Pero cuál fue su sorpresa cuando se lo encontró a punto de subir al carruaje, un barouche amplio y lujoso, en cuyas puertas había grabado en dorado el emblema familiar: un dragón entre una corona de laureles.

No se había puesto la levita, pues había salido a toda prisa y la mañana era fría. A primera hora, los rayos de sol de primavera no tenían fuerza y un vaho salía por la boca dando fe de la baja temperatura. Una niebla ligera flotaba en los lugares más sombríos, esperaban el sol, que, en cuanto se posara en el tul blanco, lo diluiría como por arte de magia.

—¿A dónde vas? —inquirió.

—A Chapman Abbey —dijo montando en el vehículo.

Quiso cerrar la portezuela, pero su tío se lo impidió. El sol del amanecer daba en el rostro de Robert y un halo anaranjado se reflejó en sus ojos azules.

—¿Huyes? —le recriminó el tío, Angus miraba al frente, y como no obtuvo respuesta, añadió —: Eres un cobarde.

El vizconde apretó los dientes, tomó aire antes de contestar.

—Podría haberla matado. Dudo que ella quiera verme más, no deseo una esposa que tiemble nada más me vea. —Agachó la mirada y continuó en un tono roto—: Quiero que sea feliz, y si me quedo a su lado la haré desdichada.

Por los rasgos contraídos del vizconde, era evidente que sufría.

—Ella está dispuesta a ayudarte —comentó Robert a fin de disuadirlo—, me lo dijo ayer noche después de... de lo que sucedió.

Lord Wilbur parpadeó escéptico.

—¿Te lo dijo ella?

—Sí, creí que regresaría a Kingeston House después de lo sucedido, pero dijo que tú eras su esposo y que este era su hogar. Tiene intención de ayudarte para que recuperes tu pasado.

El vizconde agachó la cabeza, cerró los párpados y negó con la cabeza.

—Después de lo que le he hecho a Lily, sé que no la merezco. Dile que la libero de mí.

—Iré contigo.

—No, quiero que cuides de ella —pidió mirándolo de frente, con el ruego grabado en sus

facciones atormentadas.

De un portazo cerró la portezuela, golpeó el techo con la mano para que el cochero, vestido con librea roja, calzas claras y tricornio, emprendiera la marcha. No tardó ni un segundo en agitar las riendas sobre los lomos de los cuatro équidos negros, su pelaje relucía con los primeros rayos de sol.

Robert se quedó mirando el vehículo alejarse, y no entró hasta que lo perdió de vista. Tenía la amarga sensación de que su sobrino estaba perdiendo la oportunidad de su vida. Pero ya nada se podía hacer, se había marchado. Lo peor de todo era que no sabía cómo se lo diría a Lily, y más cuando tenía la certeza de que ella lo amaba.

Capítulo 8

La mañana avanzaba, la temperatura había subido unos grados y ya no quedaba niebla en ningún rincón. El cielo estaba despejado, y Lily recibió el nuevo día como el principio del fin. Porque estaba resuelta a ayudar a su amado esposo, y no desfalleció en su empeño ni cuando se miró en el espejo y contempló los moratones de su cuello.

Esa jornada se había ataviado con un vestido de muselina en un tono verde claro con adornos plateados, de cintura alta y manga corta abultada. La prenda tenía cuello alto con botones diminutos forrados, y ayudaría a tapar los moratones. La doncella la peinó con un semirecogido, varios tirabuzones caían alrededor de su rostro y por la nuca. Remató el peinado con un sencillo *bandeaux* de color blanco trenzado con varios mechones.

Una vez lista para encarar el nuevo día, salió de su alcoba y se dirigió a la de su esposo, que estaba al fondo. La puerta permanecía abierta y se extrañó, aun así, no le dio importancia. Se detuvo un instante y se miró para comprobar que tenía buen aspecto. Después, respiró profundo, no sabía muy bien cómo la recibiría Angus, estaba segura de que la culpabilidad brillaría en sus ojos y no quería, por nada del mundo, que se sintiera de esa manera. Él no tenía la culpa del accidente. Ni de la pérdida de memoria. Ni de los dolores de cabeza y de sus consecuencias. Desde luego que ella no pensaba acusarlo y estaba dispuesta a apoyarlo; en eso se centraría en cuanto sus ojos se cruzaran. De modo que esbozó una sonrisa y reanudó el paso.

—Buenos...

Sus palabras murieron en su garganta y su sonrisa se borró de su rostro cuando se encontró a Robert sentado en una butaca, cerca de la ventana y con una expresión sombría que la preocupó. Tenía las manos sobre los brazos del asiento y la miró con compasión. Como el sol daba de lleno, el hombre quedaba dentro de un cuadrado luminoso. Ella miró al lecho deshecho: su esposo no estaba.

—¿Dónde está Angus? —preguntó temerosa.

—Se ha marchado para siempre —contestó, había tomado la decisión de serle franco, por lo que había sido directo, ella no merecía respuestas adornadas que la lastimarían mucho más.

Las lágrimas acudieron rápido a los ojos negros de la noble, no pudo evitar que se derramaran

un puñado de ellas.

—¿A dónde se ha ido?

—A Chapman Abbey, en Hampshire —contestó mientras se levantaba.

La dama se acercó a la ventana y miró el majestuoso jardín de la propiedad, entonces tuvo claro lo que iba a hacer. Con gestos contundentes se limpió las lágrimas. Se dio la vuelta y, mirando fijamente a Robert, dijo:

—Ordenaré que nos preparen el equipaje de inmediato. Partiremos a Chapman Abbey hoy mismo; mientras, yo escribiré unas cartas a mi familia para informarles de que estaremos unos días fuera.

Robert enarcó las cejas y sonrió de oreja a oreja. Tal vez había esperanza para su sobrino porque su fabulosa esposa estaba dispuesta a todo por ayudarlo.

***

Empezaba a oscurecer, y Humphrey permanecía sentado en una butaca celeste de estilo rococó, frente a la chimenea de la biblioteca de Kingeston House. Alexia, a la que ya veía como la madre que nunca tuvo y que nunca conoció, había decidido quedarse junto a su amiga Lousia, que yacía en la cama y que todavía no había dado muestras de querer recuperar la conciencia. Teniendo en cuenta de que el supuesto accidente se había producido el día anterior, de momento había margen para la esperanza.

El hombre tenía un vaso ancho y corto vacío, era el sexto trago de whisky que se tomaba; y ni el calor reconfortante que había dejado el licor, mientras viajaba a su estómago, le había brindado algo de paz. Su conciencia martilleaba en su cabeza diciéndole que estaba a punto de cruzar una línea, la línea que lo separaba de convertirse en cómplice de un asesino. Estaba casi seguro de que Will Baley estaba detrás del accidente que había sufrido la marquesa de Wendy. Sin embargo, no podía presentarse a su hogar y acusarlo de buenas a primeras; sin duda negaría toda implicación y abogaría por una casualidad que beneficiaba a sus intereses. Pero nada más lejos de la realidad, porque él no quería tener ese tipo de beneficio, y lo más importante de todo: no deseaba mancharse las manos de sangre. De corazón, solo esperaba que Lousia despertara y explicara su versión del suceso, solo ella tenía la clave de la verdad.

Humphrey miró su vaso vacío, las llamas anaranjadas del hogar bailoteaban en sus ojos verdes y un brillo ebrio empezaba a surgir de las profundidades oscuras de sus pupilas abiertas. La necesidad de acallar su conciencia ahogándola en licor se hizo grande en su interior. Pero él era el duque de Kingeston y no quería mancillar un título que, aunque no le pertenecía, le había dado más de lo que nunca había imaginado. Así que se levantó dispuesto a meterse en su lecho; de camino a la mesa para dejar el vaso, dio un traspiés que casi le hizo perder el equilibrio, aun así, logró mantenerse erguido entre risas beodas.

Después, salió de la biblioteca, miró el ancho y largo pasillo; en ese instante se le antojó un

camino largo y deseó tener el poder de volar. Sin duda la ingesta de alcohol estaba provocando esos pensamientos estúpidos y farfulló una injuria contra su persona. Sin más, logró alcanzar la enorme escalinata curva pegada a la pared. Subió los peldaños agarrado a la baranda con las dos manos, con la parsimonia de una persona que ha bebido más de la cuenta. Llegó a lo alto y bufó como si hubiera escalado una montaña; al instante, cogió el pasillo que daba a su alcoba, había varios candelabros dorados en la pared, que iluminaban el recorrido. Escuchó un ruido y se detuvo, cuando enfocó la mirada vio a Marie Clement, la mujer que se estaba colando en su corazón sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Buenas noches, excelencia —saludó la muchacha.

Ella llevaba una maleta de mano, la duquesa la había enviado a por unas cosas de primera necesidad, ya que se quedaría el tiempo que hiciera falta con su querida amiga. Estaba a punto de pasar por el costado del hombre cuando este le cortó el paso y la arrinconó con ambas manos pegadas a la pared a fin de bloquearla del todo. Debido a la sorpresa, ella dejó caer la bolsa al suelo. A la joven le llegó el aroma a whisky y arrugó la nariz. Era tan menuda y él tan alto que quedaba por debajo de los hombros masculinos.

—Dios... qué hermosa eres —mencionó él hundiendo sus ojos verdes en los grises de ella.

La dama de compañía de la duquesa enrojeció de pies a cabeza, él fue consciente de ello y no pudo evitar soltar una risa.

—Tan inocente y tan hermosa... —farfulló con voz excitada—. Me pregunto a qué saben tus labios.

—Por favor, excelencia, la duquesa me espera.

Pero él no prestaba atención a sus palabras y, poco a poco y empujado por la valentía ebria que le proporcionaba el whisky, acercó su boca a la de ella. Sus labios se movieron sobre los de Marie, pero no obtuvo ninguna respuesta. La miró, temblaba como una hoja abandonada a los caprichos del viento y tenía los parpados apretados, de entre ellos salía un reguero de lágrimas. Apartó el rostro conmocionado, ella era inocente, una muchacha que recién empezaba a volar en un mundo cruel y él se había propuesto mancillarla. Sintió asco de sí mismo.

La francesa, al notar que la presión en sus labios cedía, abrió los ojos. Una hilera húmeda cruzaba sus mejillas sonrosadas, el labio inferior empezó a temblar.

—La-la du-duquesa es buena conmigo. —Logró pronunciar con voz temblorosa—. Por favor, no estropee la oportunidad que me ha brindado.

La petición caló hondo en el alma de Humphrey, venía de un mundo donde nadie daba oportunidades a muchachos y muchachas como él y como ella. Con seguridad, la existencia de Marie había sido difícil, y Alexia había aparecido en su vida como si fuera un hada madrina. Estaba seguro de que la duquesa velaría por ella, le aseguraría un buen futuro si él lograba mantener dentro de sus calzas la lujuria que despertaba esa hermosa pelirroja. Marie lo único que tenía por ofrecer era su virtud intacta, y ni él ni nadie tenían derecho a arrebatársela con el fin de saciar sus instintos más primarios. Esa virtud tenía que ser para un esposo que la amara y

respetara. Siempre había seducido a damas tan poco dignas que le impactaba que una muchacha, que no pertenecía a la aristocracia, fuera mucho mejor que todas ellas. Le hacía recobrar la fe en féminas que merecían su respeto. Y Marie era, sin duda, una de ellas.

Sin decir una palabra, dio un paso atrás y dejó que la muchacha agarrara la bolsa de viaje y se marchara rápido. Después, a trompicones llegó a su lecho, donde se dejó caer y su cuerpo rebotó. No tardó ni un minuto en hundirse en un sueño profundo donde soñaría con una menuda pelirroja.

***

Angus estaba sentado en la larga mesa del comedor de Chapman Abbey. La estancia era grande y la presidía una mesa ovalada enorme rodeada de sus sillas. En el centro había bandejas de varios tipos de carne de caza, fruta, pastel de carne, verduras asadas y frutos secos, pero, a pesar del aroma de los suculentos alimentos, apenas había probado algún bocado. Sus pensamientos estaban con Lily, en realidad no se acordaba de lo que había sucedido la anterior noche; aun así, su tío se lo había explicado y su cuerpo temblaba de rabia solo de imaginar el dolor que le había causado a su esposa. No entendía por qué no había fallecido en el accidente de carruaje junto a sus padres y su tía. Todo hubiera sido más fácil, ya que hubiera evitado lastimar a su esposa y la vida de su tío hubiera sido mejor.

Angus no quiso pensar más y se levantó para irse a su alcoba. Se estaba acercando a la escalinata cuando oyó un ruido y afinó su oído. Se trataba de un carruaje, escuchaba las ruedas acercarse, y al detenerse, los caballos bufaron. Apenas hacía unas horas que estaba en Chapman Abbey y encontró extraño que alguien lo visitara a esas horas de la noche. Se acercó a la puerta doble de la entrada, el mayordomo no debía tener constancia de la visita y no haría acto de presencia hasta que sonara la campanilla de la puerta de entrada. Así que se encargó él de abrir y se encontró con un lacayo aguantando la portezuela de un carruaje para que su tío se apeara, este se detuvo y extendió su mano para ayudar a Lily a descender.

El rostro de Angus quedó rojo de furia, se acercó a ellos con rapidez.

—¿Qué hacéis aquí? —espetó con las aletas de la nariz dilatadas, en sus ojos azules se había desatado una tormenta y las motas doradas de alrededor de sus pupilas parecían rayos a punto de ser lanzados.

—Mi deber está al lado de mi esposo —se defendió la dama alzando la barbilla en un gesto de desafío—. ¿O te has olvidado de nuestras promesas en el altar?

Robert colocó las manos detrás de la espalda y los observó a uno y a otro aguantándose la risa al tiempo que aparecían varios lacayos que tenían la pinta de haberse vestido a toda prisa, y el mayordomo, entrado en carnes, rebufaba debido a la carrera.

—¡Te libro de tu deber! —soltó el vizconde.

Para evitar que se negara, la agarró del brazo y la arrastró hacia el carruaje para estupefacción

de todos los presentes, que miraban la escena sin parpadear.

—¿Me vas a echar? —preguntó colérica, tiró de su brazo y logró soltarse del agarre de su esposo—. Querido, no entraré en este carruaje de buen grado, tendrás que amordazarme de pies a cabeza y tirarme dentro para que regrese —lo retó fulminándolo con sus ojos negros.

Durante un minuto largo se desafiaron con la mirada. Ella mantenía la espalda erguida y los labios apretados; en cambio, él cabeceaba incrédulo sin saber muy bien cómo proceder. Además, podía atisbar de reojo cómo todos los presentes contenían la respiración a la espera de alguna reacción. Lo cierto era que ellos estaban tan sorprendidos como él mismo por la rebeldía de su esposa.

Ella fue la primera en romper el silencio.

—Está bien, estoy cansada. —Miró al mayordomo—. Por favor, indíqueme dónde se encuentra mi alcoba y pida que me preparen un baño y me suban algo de cenar.

El sirviente, con semblante contrariado, miró al vizconde a la espera de que se lo permitiera. El lord bufó, era consciente de que había perdido la batalla, de modo que asintió con la cabeza.

—Desde luego, milady —mencionó el mayordomo.

Ambos echaron a caminar; y cuando la dama estaba a punto de entrar, se dio la vuelta y, mirando a su esposo, dijo:

—Mañana a primera hora iremos a cabalgar —manifestó en un tono firme que no admitía réplica—. Tienes que enseñarme esta propiedad y hablarme de su historia.

No esperó la respuesta del vizconde, volvió a girarse y reanudó el paso al interior.

—Mi esposa me está dando órdenes, ¿dónde se ha visto tal descaro? —soltó lord Wilbur a su tío, observando cómo ella desaparecía por la puerta.

—Creo que vas a tener que acostumbrarte —dijo entre carraspeos, era evidente que estaba haciendo esfuerzos por no romper a risas.

El sobrino lo miró de manera inquisitoria; a pesar de que tenía los labios sellados para esconder su carcajeo, sus ojos lo delataban.

—Te estás divirtiendo, ehhhh —le recriminó.

—¡Y no sabes cuánto!

—Quiero que mañana te encargues de convencerla para que regrese a Wilbur House.

Robert aún tenía las manos entrelazadas en la espalda, pero alargó una mano y colocó el dedo índice sobre el torso de su sobrino.

—No, Angus, es tu esposa, no la mía.

Dicho esto, se giró y enfiló al interior, dejando a su sobrino con la boca abierta. Pareciera que Lily y su tío se habían confabulado para hacerle la vida imposible. Aun así, una sonrisa tímida se cinceló en su rostro al tomar conciencia de que su esposa parecía no tenerle miedo. Pero ¿por cuánto tiempo duraría? Sus terrores nocturnos cada día eran más violentos y sabía que nunca tendría un futuro junto a ella.

***

Lily estaba desayunando en el comedor destinado a tal fin. La estancia era grande, con el techo alto decorado con frescos. Predominaban los rojos, los ocres y los dorados en las alfombras, cortinas y la tapicería de las sillas. En las paredes había colgados cuadros de William Kent. Desde las puertas que daban al exterior, que tenían las cortinas corridas, la dama podía apreciar la capilla, un edificio de estilo gótico con toques renacentistas al que se accedía por un camino que cruzaba un exuberante jardín.

Lily ya estaba ataviada con su traje de montar en tonos marrones y verde musgo. Daba pequeños sorbos a su té e intentaba controlar sus nervios. Su esposo todavía no había hecho acto de presencia y temía que la ignorara. De hecho, no le había dado alternativa, más bien le había ordenado que, esa mañana, le enseñara la propiedad. Había decidido ayudarlo, su amor por él era intenso, y la palabra «abandonar» no tenía cabida en su corazón. Había creído que convirtiéndose en una esposa exigente y mandona lograría lo que las buenas palabras no hacían y, al fin, lo haría reaccionar. Él debía comprender que sin ayuda no conseguiría superar ese problema de agresividad cuando las pesadillas lo atormentaban.

Pero empezaba a dudar de su plan, y emitió un suspiro pesaroso. Sin embargo, su fuerza interior salió a su rescate y pensó que, si él no bajaba, subiría ella y lo obligaría a que se comportara como su esposo. Estaba a punto de levantarse para llevar a cabo su plan cuando Angus apareció con una expresión agria en el rostro, como si acabara de beber vino aguado. El vizconde se sentó en la mesa redonda de grandes dimensiones, farfullando un saludo tan seco como un día de verano.

Lady Wilbur disimuló su sonrisa, pues era consciente de lo mucho que le costaba a él resignarse a sus deseos, porque eran muy diferentes a los suyos. En el fondo comprendía que quisiera tenerla lejos a fin de no lastimarla en uno de sus ataques, tal como había pasado; por suerte solo tenía unos moratones alrededor del cuello. Pero el vizconde tenía que entender que la lastimaba mucho más manteniéndola lejos de él. Cuando dos almas estaban conectadas, se terminaban fusionando en una. Ella sentía la suya unida a la de su esposo, y percibía ese dolor que lo abrumaba por las secuelas que le había dejado el accidente. Por ello, no pensaba abandonarlo a su suerte, no cejaría en su empeño de curarlo. Porque, si no, terminaría en un manicomio de donde nunca saldría. No quería ese futuro para su amado esposo.

Desayunaron entre un sepulcral silencio, después salieron al exterior y montaron: el vizconde, en un semental negro; y la vizcondesa, en una yegua color canela con la crin rubia. Cabalgaron por entre los árboles, siempre ascendiendo por un sendero. Cuando llegaron a lo alto, se detuvieron y desmontaron. El día era cristalino, un tul azul cubría el firmamento donde el astro rey brillaba en todo su esplendor. La temperatura también acompañaba, el ambiente era cálido, como correspondía a un suave día de primavera.

La pareja caminó unos pasos, desde allí arriba se contemplaba la propiedad de Chapman

Abbey. El edificio de piedra era majestuoso, de estilo gótico y renacentista que recordaba a un castillo, pero su forma era más rectangular y con cuatro torres que custodiaban cada esquina. Los jardines abarcaban todo alrededor del edificio; sin embargo, la propiedad era de varias hectáreas, que estaban cubiertas de una hierba verde y reluciente en esa época del año. También se podía contemplar la capilla que estaba al sur, tenía el mismo estilo gótico con toques renacentistas que la edificación principal, pero era mucho más pequeña.

—Es precioso —dijo ella con los ojos oscuros brillantes de anhelo, no daba abasto para contemplar tanta hermosura.

Él giró la cabeza a medias y observó a su esposa, su perfil era armónico, de formas suaves. Desde su lugar podía advertir su mirada de complacencia y su pecho se hinchó de satisfacción.

—Chapman Abbey fue fundada en el siglo XI —relató el vizconde—, y se quemó dos siglos después. Mis antepasados compraron la propiedad y la reconstruyeron, la convirtieron en su residencia de verano. Cada generación dejó su impronta añadiendo más edificaciones a la estructura; de hecho, la capilla se construyó hace unos ciento cincuenta años.

Ella giró el rostro en su dirección y lo miró, él la contemplaba y sus pupilas la acariciaban con la suavidad de una pluma, su piel se erizó de goce.

—Sin duda podría vivir aquí todo el año junto a ti —mencionó con expresión feliz.

Lord Wilbur no contestó, su espalda se tensó. No había podido dormir en toda la noche, temía hacerlo y convertirse en un monstruo, poniéndola en peligro.

—No podemos vivir juntos, corres peligro a mi lado. —Deseaba que le hiciera caso y utilizó un tono suave—. Quiero que regreses a Londres cuanto antes, es lo mejor.

En el rostro de Lily asomó la sombra de la tristeza. Negó con la cabeza.

—No voy a regresar, Angus. No me lo vuelvas a pedir, mi respuesta será siempre la misma.

El noble acortó la distancia que los separaba. La agarró de los brazos y la sacudió.

—¿Acaso no lo entiendes? —le gritó enfurecido—. ¡Has visto en lo que me convierto por las noches! ¡No puedo salvarte de mí mismo!

—No voy a marcharme... —farfulló entre sollozos, sin intentar liberarse del agarre de su esposo.

Él respiró con agonía, la soltó y sus brazos quedaron laxos a ambos costados.

—Por favor, Lily, ten compasión de mí.

Ella acunó el rostro de su esposo entre sus pequeñas manos.

—¿Acaso no lo entiendes? —le preguntó llorosa.

—¿Qué tengo que entender, Lily?

—Te amo más que a mí misma. Vivir lejos de ti me matará. ¿Es eso lo que quieres?

Se quedaron mirándose el uno al otro. Una bocanada de aire alborotó los tirabuzones que salían del sombrero de copa de su esposa. Ella agitó las pestañas humedecidas por las lágrimas y entreabrió los labios, la expresión de su esposa le resultó tan tentadora que no pudo evitar lanzarse a sus labios.

El contacto de las bocas fue caliente y pasional, tanto era así que se devoraban el uno al otro. El vizconde la agarró de las nalgas y la alzó, incitando a su esposa a le que rodeara la pelvis con sus esbeltas piernas. Caminó hacia un árbol y Lily apoyó la espalda, su sombrero cayó al suelo. Angus llevó su mano bajo la larga falda y sus dedos escalaron por sus muslos. La caricia atrevida desató un reguero de gemidos en la dama, y pronto la prenda quedó humedecida de pasión.

Las bocas se separaron para llenar los pulmones de aires, se miraron, sus cuerpos sedientos hablaban por sí solos, ella arqueó la espalda cuando notó el dedo atrevido de su esposo acariciar su sexo por encima de los pantaloncillos de lino. La joven inclinó la cabeza hacia atrás, dejó su cuello expuesto a la pasión y él besó la blanca piel mientras masajeaba el centro de placer de su esposa.

—Oh, Angus, te necesito dentro de mí.

El vizconde gruñó como un animal desesperado por copular. Tumbó a su esposa en la mullida hierba, su miembro pulsaba en la ingle y luchó contra las calzas con desespero a fin de liberar la gruesa y larga erección. Al instante, se arrodilló entre los muslos de su esposa al tiempo que levantaba sus faldas. Estaba al borde del precipicio, la necesidad de hundirse en ella provocó que su espalda se cubriera de sudor. Rasgó los pantaloncillos, cuyo sonido hizo gemir a su esposa; el aire de primavera acarició su sexo abierto y la sensación fue deliciosa.

Sin perder un segundo, Angus entró en ella emitiendo un rugido que resonó entre los árboles. Su virilidad erecta entraba y salía con desespero, con el placer descarnado de quien deseaba algo con tanto ímpetu que le iba la vida en ello. Su hombría cubierta de las mieles de su esposa resbalaba con facilidad en el interior femenino. Las fricciones provocaban en la mujer un deseo que abrasaba todo su interior.

Lily arqueó su espalda para que su esposo entrara en ella completamente, notaba cómo el placer la sumergía en un tornado caliente que la alzaba y la hacía flotar. Entonces, él acrecentó el ritmo, las pelvis chocaban a cada embestida, ambos se necesitaban para saciar lo que sus cuerpos sentían en ese instante mientras el sol del firmamento, radiante en ese momento, los abrazaba. Los dos gemían desesperados, las embestidas seguían un ritmo frenético, y no se detuvieron hasta que alcanzaron la cumbre más alta mientras sus músculos se contraían y se expandían, presos de un placer que casi les hace perder el sentido.

Y después de la tormenta de gozo, llegó la calma cubierta de sonrisas y miradas cómplices. Todavía tumbados en la hierba, se abrazaron con fuerza; eran dos almas unidas, y el mundo a su alrededor dejó de importar. A Angus le pareció tan natural estar tan pegado a ella que comprendió que ese era su lugar. Sin embargo, cuando se incorporó, ella tenía la cabeza tirada hacia atrás y unos moratones salían por el borde del cuello alto de su chaqueta de montar. La calidez que cubría su cuerpo se enfrió al instante y se odió como nunca antes. Se levantó rápido, como si de pronto estar cerca de ella le provocara un dolor infinito. Respiraba profundo mientras se arreglaba sus ropajes, se dio la vuelta, su esposa se había incorporado también y se adecentaba su aspecto. Al instante, ella anduvo hacia su sombrero, que seguía a los pies del árbol donde

antes había apoyado la espalda en un momento desenfrenado de pasión. Él la seguía con la mirada, sin entender muy bien cómo era posible perder el control de esa manera. Llegó a la conclusión de que se estaba enamorando de su esposa. Hasta ese momento, él no había tomado conciencia de lo agradable que era tener a Lily a su lado. Aun así, no podía permitirse tal regalo. Tenía una bestia habitando en su interior, se alimentaba de su futuro y lo convertía en ceniza. Su esposa no podía quedarse a su lado, era algo que no podía pasar, no cuando no le podía ofrecer el futuro que ella merecía.

Subieron a sus monturas manteniendo un silencio que a Lily le dolía. Después de lo que había sucedido entre ellos, había esperado que la arropara entre sus brazos y le susurrara palabras dulces. Pero nada de eso había ocurrido; en su lugar, su esposo mantenía una expresión pétrea en el rostro, además evitar mirarla.

Cabalgaron por un sendero entre un frondoso bosque. El lord se detuvo al llegar al camino empedrado que llevaba a Chapman Abbey, pero, en vez de tomar la carretera, observó una curva muy pronunciada que había a lo lejos en sentido contrario. Su rostro se convirtió en una máscara de hielo, ella no entendía su reacción, por lo que le preguntó:

—¿Estás bien, Angus?

El vizconde reaccionó, la miró, y sus ojos azules brillaban de dolor.

—Esa es la curva en la que tuvimos el accidente. Mis padres y mi tía murieron, y yo... —esbozó una mueca burlona, como riéndose de él mismo— me quedé sin pasado.

Dicho esto, instó a su semental negro a dar la vuelta e inició un paso tranquilo por la carretera. La vizcondesa se quedó mirando un instante el lugar, estiró su cuello para ver mejor la curva donde había ocurrido la tragedia, incluso su trasero se alzó impulsado por los pies en los estribos. Tragó saliva, era evidente que Angus no había superado ese trance. Si recuperara la memoria la herida sanaría, estaba segura de ello. Soltó un suspiro y rezó en silencio para que se hiciera tal milagro.

Después, se puso a la par de su esposo. Llevaban un trote tranquilo; entonces, él empezó a explicarle lo mucho que le gustaba vivir en Chapman Abbey, lejos del bullicioso Londres. Se dejaron llevar por la conversación, fue un momento de gran deleite que serenó, por un rato, los temores de uno y del otro. Incluso soltaron carcajadas cuando él explicó anécdotas vividas en ese lugar, como cuando le sorprendió una tormenta y terminó de bruces en una charca con ranas saltando sobre su cabeza. Por unos minutos fueron un matrimonio con la única preocupación de ser felices. Esas sensaciones cobraron forma en sus rostros con enormes sonrisas y miradas cómplices. Todo era perfecto. Había paz. Dicha infinita.

Cuando llegaron, los mozos de cuadra se hicieron cargo de los équidos. En un gesto espontáneo, ella tomó la mano de su esposo y entrelazó los dedos mientras caminaban a la entrada. Para regocijo de la vizcondesa, su esposo no se apartó, al contrario, su semblante mostraba una relajación y un bienestar que no había visto antes.

Entraron y se encontraron a Robert, que se dirigía al salón.

—¿Le has enseñado la propiedad? —preguntó.

—Es lo que ella me había ordenado —contestó el sobrino, encogiendo los hombros y con cierto retintín en el tono que arrancó una sonrisa a su esposa.

—Se ha portado muy bien —mencionó lady Wilbur con el mismo tono, pero enrojeció al recodar el momento de pasión—. Si me disculpáis, voy a darme un baño.

Angus sabía el motivo de las mejillas sonrosadas de su esposa y solo podía pensar en volver a repetirlo. La siguió con la mirada subir la escalinata, no era consciente de que su tío lo observaba con cara de satisfacción.

—Ella es perfecta para ti, Angus. No lo eches a perder.

—Maldigo el día en que te hice caso —soltó entre dientes—. No debí hacerlo, un monstruo como yo no tendría que estar casado. Las marcas de su cuello no dejan espacio a la duda.

—No eres un monstruo —increpó—. La vida te ha brindado una oportunidad y eres incapaz de verlo.

El rostro del vizconde se ensombreció de igual manera que una nube cubriendo el sol. Lo miró con pesar.

—No puedo permitirme ser feliz, tío, no quiero destruirla. Ella tiene que irse, lograré que se vaya de aquí y no regrese nunca más.

—Te estás equivocando.

—¿Acaso quieres que la mate en uno de mis arrebatos de locura? —gritó agitando las manos al aire.

—Eso no va a suceder.

Angus soltó una carcajada enajenada.

—Por poco la estrangulo hace un par de noches. Está decidido, ella y yo no tenemos futuro. —Cabeceó—. Quiero que me prometas una cosa, tío.

—¿De qué se trata? —preguntó arrugando el entrecejo.

—Quiero que me ingreses en un manicomio si me vuelve a dar un ataque delante de ella. No quiero que mi esposa sufra por mi culpa.

—Angus, ¿sabes lo que estás diciendo? Un manicomio es un lugar horroroso.

—¡Prométemelo! —exigió dando un paso adelante.

Se miraron durante unos segundos, Robert comprendió que su sobrino amaba a su esposa y que se sacrificaría por ella si eso la mantenía a salvo de sus ataques.

—Está bien, te lo prometo —claudicó Robert.

Capítulo 9

Humphrey subía la escalinata de la residencia de la marquesa de Wendy. Alexia seguía al lado de la cama de su querida amiga, apenas había dormido y él quería que descansara unas horas. De hecho, no sabía si la convencería, pero se le había ocurrido una idea que podía dar sus frutos.

—Hola, ¿cómo está? —preguntó en cuanto entró en los aposentos de Lousia. Se sentó en la butaca de al lado de la duquesa.

—Sigue igual, no mueve ni un músculo —explicó en un tono triste.

La dama hacía verdaderos esfuerzos por no llorar, el hombre la miró y se percató de las sombras violáceas debajo de los ojos, que probaban que se había pasado en vela toda la noche. Además, sus arrugas estaban más marcadas de lo normal y parecía haber envejecido dos años de golpe.

—Madre, ve a descansar un rato —dijo palmeando su mano.

—No podría, si tan solo reaccionara moviendo algún músculo, me quedaría tranquila. Pero es como si estuviera...

Se detuvo cuando se dio cuenta de que estaba a punto de pronunciar la palabra «muerta». No quería atraer la desgracia y selló sus labios.

—Al menos come algo —sugirió él.

La dama giró la cabeza y esbozó una sonrisa triste.

—Gracias por preocuparte por mí. Marie está en la cocina y me subirá un té y un par de bollos recién horneados con mantequilla.

—Y después ve a dormir un rato. Yo me quedaré junto a Lousia.

—¿Harías eso por mí?

—Claro, madre, me importas, ya lo sabes.

Ella alargó su cuerpo y lo abrazó.

—Doy gracias a Dios por darme un hijo como tú.

Humphrey no pudo evitar entristecerse; por suerte, al estar abrazados, ella no podía ver la expresión de pesadumbre que cruzaba su rostro. La culpabilidad acechaba en su interior como un buitre a la espera de que su víctima muriera del todo para poder echarse encima. Saber que la

anciana que yacía en la cama, que estaba a un paso de morir, podía ser el resultado del engaño que había urdido junto a Will Baley lo hacía sentirse mezquino. Casi prefería regresar a la cárcel antes que cargar con un asesinato en su conciencia.

No tardó en aparecer Marie con una bandeja, la depositó en la mesa auxiliar que había entre la chimenea y una butaca de estilo neoclásico. Sin embargo, Alexia no comió mucho, tenía el estómago encogido y por más que se esforzó, no podía tragar. Después, ella y Marie se fueron a la alcoba que había enfrente, la joven y el hombre cruzaron sus miradas, y lo que sucedió la noche anterior cobró fuerza en sus interiores; aun así, ambos simularon lo contrario. Humphrey prometió a la noble que la avisaría si había algún cambio en el estado de Lousia.

Los minutos fueron pasando, él casi no se movía, miraba a la marquesa con el regusto amargo de sentirse culpable. Al menos, el torso de la dama subía y bajaba acompasado, dando fe de que la vida seguía anclada en su interior, sumida en un profundo sueño. Se levantó y fue a la ventana, el día era soleado, la primavera lucía en los campos y en el cielo. Los colores se mezclaban en el ambiente, pero eso no era suficiente para calmar la conciencia del hombre.

Un gemido lo sobresaltó, se dio vuelta y apreció cómo la cabeza de la marquesa giraba a un lado y a otro sobre la almohada. Corrió para ir junto a ella, deseaba que recobrara la conciencia y le explicara la verdad sobre su accidente.

—Milady, despierte, abra los ojos.

Pareció que lo escuchaba, ya que los párpados empezaron a alzarse con mucha lentitud, al tiempo que palabras indescifrables salían de una boca pastosa. La dama por fin abrió los ojos, sus iris azules quedaron eclipsados por unas pupilas tan abiertas que no dejaban espacio para nada más.

—Milady, soy el duque de Kingeston.

Fue escuchar su nombre que la dama empezó a gritar como si estuviera poseída. Humphrey tocó la campanilla, apareció el mayordomo.

—¡Avise al médico, rápido!

Lousia seguía voceando palabras sin sentido, entonces, la duquesa apareció alertada por los gritos que la habían despertado; detrás de ella entró Marie.

—¿Qué sucede? —preguntó la aristócrata al que creía que era su hijo al tiempo que se acercaba a la cama.

—Se ha despertado, he intentado hablar con ella, pero ha empezado a gritar. He ordenado que avisen al médico.

—Lousia, soy Alexia... —mencionó la duquesa sentándose en el borde de la cama.

Fue escuchar el nombre de Alexia que Lousia dejó de gritar y se tranquilizó, la aristócrata le tomó una mano y se la acercó a su corazón. Humphrey miraba la escena y comprendió que él la había asustado, solo había esa explicación, ya que cuando le había dicho quién era había reaccionado con desesperación; en cambio, al escuchar a la duquesa se había tranquilizado. Apretó los dientes y comprendió que Lousia le temía.

Decidió salir de la alcoba para no alterarla si lo escuchaba hablar. El médico llegó, pero él se quedó en un salón amplio y lujoso, deseaba saber cómo estaba. No tardó en aparecer su madre, en cuanto la vio se levantó.

—¿Cómo está? —preguntó impaciente, agarrando con cariño las manos envejecidas de ella.

—Se ha quedado dormida, el médico dice que está muy alterada.

—¿Lousia ha dicho alguna cosa antes de quedarse dormida?

Alexia negó con la cabeza.

—No puede hablar, hijo, solo suelta sonidos sin sentido, está como perdida. Debemos esperar.

—¿Pero se recuperará?

Ella sonrió con la mirada brillante de felicidad.

—Sí, pero tardará un tiempo. No sabemos hasta qué punto ha perdido el habla, o si le ha quedado alguna secuela considerable.

Humphrey se llevó las manos de Alexia a la boca y se las besó con afecto.

—Madre, me alegro mucho.

—Regresa a Kingeston House —pidió acunando el rostro de él en su mano—. Yo me quedaré hasta que se recupere.

—Está bien. Pero mantenme informado.

—Desde luego, hijo.

Humphrey besó la mejilla de Alexia, ella la de él; y el hombre se fue. Tendría que esperar a hablar con la marquesa y que le contara si de verdad había sufrido un accidente que la precipitó por la escalinata.

***

Era más de medianoche y Lily estaba en su lecho tumbada de lado. Miraba hacia la puerta y tenía la esperanza de que su esposo fuera a verla. Compartir esa enorme cama con el hombre que amaba era su máximo deseo. ¿Por qué no podía gozar de un matrimonio como el que tenían sus hermanas Rose y Daisy? Ambas parejas dormían en la misma alcoba y en el mismo lecho; y no solo compartían momentos de pasión, sino que se pasaban largos ratos conversando de lo acontecido durante el día antes de sucumbir al sueño, y esas costumbres los habían unido más.

Entonces, tomó una decisión, se puso la bata blanca sobre su camisón de muselina del mismo tono y se dirigió a la alcoba de Angus, ubicada lo más lejos posible de la suya, como en Wilbur House. Se detuvo frente a la puerta y tocó la batiente un par de veces, pero no obtuvo respuesta, de modo que la abrió con lentitud y asomó la cabeza. Las llamas de la chimenea se elevaban y descendían enérgicas, dotaban al ambiente de un halo ocre y proyectaba sombras temblorosas en las paredes y el techo. Él estaba en su lecho, tapado hasta la cintura; Lily entró y cerró la batiente tras ella. Con sigilo, se acercó a la mullida cama, él tenía el torso desnudo cubierto por un ligero vello. Una línea oscura recorría su vientre y se perdía bajo la sábana que él tenía cerca del

ombligo. La respiración de la dama se intensificó ante la imagen, su esposo tenía un aspecto muy viril, y la imaginación la llevó al mundo del placer.

Angus estaba dormido y no quería despertarlo, por lo que fue al otro lado del lecho y, con movimientos cuidadosos, se quitó la bata y apartó la sábana para meterse dentro. Se tumbó de lado, con las palmas de las manos unidas bajo su mejilla. Miró el torso de su esposo subir y bajar a un ritmo tranquilo. Sabía que él podía despertarse en cualquier momento, preso por la locura de una pesadilla que lo convertiría en un monstruo que arremetería contra todo y todos. Pero no tenía miedo, porque le daba más pavor estar alejada de él y bien merecía el riesgo.

La dama no tardó en quedarse dormida. Las horas fueron pasando, el fuego se fue extinguiendo y la alcoba se enfrió. Empujada por el calor de su esposo se acercó a su cuerpo. Sin darse cuenta se abrazó a él, pero Angus estaba tan sumido en su sueño que no se percató.

Fue casi al amanecer cuando él notó un peso ligero en su torso. Un aroma afrutado suave llegó a su nariz, sonrió porque recordaba ese perfume tan tentador, era de su esposa. Tomar conciencia de ello provocó que abriera los párpados de golpe. Notó el contacto caliente de un cuerpo pegado a su costado, giró la cabeza y se encontró con el rostro tranquilo de Lily, que dormía ajena a su sorpresa. El hombre empezó a jadear espantado, ¿cómo se había atrevido a invadir su lecho sabiendo que la podía lastimar? El enfado del vizconde fue creciendo a medida que tomaba conciencia de la temeridad de su esposa.

—¡Maldita sea! —gritó levantándose de golpe, se puso la bata de seda azul oscuro que estaba a los pies del lecho.

Las voces y el movimiento brusco del colchón despertaron a la dama con rapidez. Los primeros rayos de sol entraban por las ventanas y auguraban un día primaveral, tan luminoso y tibio como el anterior. Parpadeó para acostumbrar sus ojos a la luz.

—¿Qué sucede? —preguntó aún aturdida, intentando sacarse la modorra de encima estirando los brazos.

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué haces aquí en mi lecho? —inquirió con un enfado muy marcado en su cuerpo, sus músculos se habían tensado y era más evidente en su rostro, que parecía esculpido de piedra.

La dama se sentó y le dio la espalda. Agarró la bata y se la puso.

—¡Contéstame! —gritó él provocando un estremecimiento en el cuerpo de ella.

La lady se alzó y lo miró a los ojos, la enorme cama de madera oscura con columnas se interponía entre ellos.

—Te necesitaba a mi lado —contestó en un tono triste, con las lágrimas brillando en sus ojos.

La confesión cogió desprevenido a lord Wilbur, se mesó el cabello con desespero.

—¿Acaso no eres consciente de que podría haberte lastimado? —Intentó no ser brusco, pero su enfado no se lo permitió y sus palabras resonaron en la estancia como truenos en el horizonte.

—Pero no lo has hecho.

—Todavía, pero si duermes conmigo llegará un día que lo haré.

Solo de imaginarlo se volvía loco, ella debía comprender que no podía estar a su lado.

—No tengo miedo, y asumo el riesgo.

—No sé quién de los dos está más loco. —Miró su cuello que aún lucía los moratones, los señaló con el dedo índice—. Esas heridas no son nada con lo que puedo hacerte en un arrebato de locura.

—No me duelen.

Él rodeó el lecho para acercarse a ella.

—¡Pero a mí sí me duele! —vociferó—. ¿Qué crees que sucedería si me despierto por la mañana y descubro que mis manos están llenas de tu sangre?

Sin mediar ninguna palabra más, la agarró del brazo y la arrastró a la puerta, la abrió y la echó sin más para sorpresa de ella, a lady Wilbur no le dio tiempo de reaccionar.

—Angus, me estás haciendo daño —se quejó al notar los dedos hincarse en su brazo.

Él la soltó de inmediato.

—¡Me aseguraré de que no vuelvas a entrar!

Y cerró la puerta de un portazo. Lily se quedó mirando la batiente, paralizada, su labio inferior empezó a temblar. Negó con la cabeza, su cuerpo reaccionó y corrió a su alcoba, se tumbó y empezó a sollozar. Ella solo ansiaba tenerlo a su lado, ¿por qué su esposo no le daba una oportunidad a su matrimonio?

Un rato más tarde concluyó que llorar no servía de nada. Se levantó dispuesta a hablar con Angus y hacerle entender que podían disfrutar de un matrimonio feliz si ambos se esforzaban. No obstante, él no se presentó a desayunar y lo tuvo que hacer sola, ya que Robert había salido a cabalgar.

Las horas fueron pasando, Angus la evitó durante la jornada. A la hora de la cena estaban sentados Robert y Lily en la mesa esperando a que apareciera el vizconde, entonces, entró el mayordomo.

—¿Dónde está mi esposo?

—Se ha trasladado a la capilla, milady.

Robert miró a Lily; esta, al sirviente.

—¿A la capilla?

—Si, milady, y ha dado órdenes de que no entre nadie. De hecho, ha cerrado con llave y ha pedido que le dejen la comida en la puerta.

La vizcondesa se llevó la mano a la boca y pronto se le llenaron los ojos de lágrimas. Robert la vio tan afectada que intervino, aunque bien sabía que de poco serviría.

—No te preocupes, en la capilla hay alcobas muy cómodas. Estará bien.

—¿Sirvo la cena, milady? —preguntó el sirviente apostado a su lado.

La dama tragó saliva, tenía la impresión de que una enorme roca había caído sobre ella y que le impedía respirar.

—Yo... yo... no tengo apetito —dijo levantándose; por cortesía, Robert la imitó, ella lo miró

—. Por favor, discúlpame, no tengo apetito.

Intentó esbozar una sonrisa, pero no pudo. Se dio la vuelta y se retiró lo más digna posible. Cuando creyó que nadie la veía, salió corriendo y se metió en su alcoba consciente de que Angus la quería lejos de él.

***

Era de noche y había pasado casi un mes desde que Angus decidiera encerrarse en la capilla por voluntad propia. La alcoba donde se había alojado no era la más lujosa en la que había estado, desde luego; de hecho, la austeridad impregnaba cada rincón. Pero había una cama, no tan grande como la que tenía en su alcoba, una mesa con dos sillas y una butaca frente a una chimenea; lo imprescindible para vivir con cierta comodidad. En la pared perpendicular al lecho se hallaba una ventana no muy grande; la ventaja era que daba el sol casi todo el día, y a él le gustaba el sol, porque impedía que la bestia de su interior aflorara.

En ese instante era de noche, estaba sentado en la butaca frente a la chimenea donde ardía un débil fuego. La estancia conservaba todavía el calor diurno. Afortunadamente, se acercaba el verano y los días no eran tan fríos. Había un candelabro en el centro de la mesa, la luz de sus velas era suficiente para iluminar una alcoba no muy grande. Lo cierto era que estaba acostumbrado a espacios mucho más amplios, aun así, no los echaba de menos. Al menos tenía la certeza de que era el lugar más seguro de Chapman Abbey, ya que estaba alejado de su esposa. Necesitaba esa seguridad para poder seguir viviendo, sin el miedo a lastimarla cuando no pudiera evitar convertirse en un monstruo nocturno.

Sin embargo, la echaba de menos. En poco tiempo, Lily se había convertido en el centro de su mundo. Quizá eso era lo que le daba más pavor: tomar conciencia de sus sentimientos hacia ella. Por ello había tomado la determinación de quedarse en la capilla hasta que ella, ya aburrida de estar sola, partiera a Londres. Solo la distancia la podía proteger de él y de su locura.

Angus apoyó el codo en el brazo de la butaca, alargó los pies y cruzó los tobillos. Se acariciaba la barbilla con los ojos clavados en las tenues llamas, que luchaban por sobrevivir en unos troncos ya casi consumidos. Pensaba que desde que se había casado nunca había sentido tanta frustración por su amnesia y por sus dolores de cabeza. Pareciera que su angustia se había multiplicado por mucho y tenía la sensación de estar a la deriva, una deriva que lo llevaba a caer en un pozo sin fin. Solo quería ser un hombre normal, pero sus ataques violentos le impedían serlo, ya que estaba más cerca de la locura que de la sensatez. Bien sabía que caminaba por el filo de la navaja cada día.

Angus bufó y se levantó, era de madrugada y su esposa debía estar ya en la cama. Agarró el candelabro, salió de la austera alcoba y enfiló hacia los aposentos de la vizcondesa. La echaba tanto de menos que cuando estaba seguro de que dormía, entraba a hurtadillas para verla unos minutos a hurtadillas para verla unos minutos. Y esa noche no sería diferente.

Sin hacer ruido, se coló en la mansión, subió la escalinata con el sigilo de un ladrón y entró en el aposento de Lily sin apenas hacer ruido. Se acercó al lecho; como suponía, ella dormía. Las noches eran más calurosas debido a que estaban casi en verano, por lo que tenía la sábana echada hasta los muslos y el camisón de muselina era tan liviano que todos sus encantos femeninos se transparentaban a la luz de las velas. Se quedó allí de pie un rato, admirando su piel de marfil, sus labios sonrosados, sus formas de mujer... ¡Y pensar que esa deliciosa criatura era su esposa! Pero no la podía tocar, porque si lo hacía y sucumbía a sus anhelos, ella se acercaría demasiado, y él terminaría por herirla en el fragor de uno de sus ataques.

Su esposa dormía boca arriba y tenía la cabeza girada hacia él. Su cabello castaño rojizo estaba desparramado sobre la almohada y la luz de las velas, del candelabro que llevaba en la mano, le otorgaba un halo rojizo y parecía que sobre la blancura de la ropa de cama circulaban pequeños ríos de lava. No pudo con la tentación, agarró un mechón y lo acarició; era suave como la seda más fina. Se inclinó, y sus fosas nasales se dilataron y quedaron empapadas de ese aroma afrutado que desprendía su cabello y que tanto lo seducía.

La deseaba más que a nada en el mundo; de hecho, nunca había deseado algo tanto. La lujuria pulsaba en su ingle, era como una espada en alto empuñada por un guerrero feroz que haría cualquier cosa por saciar su hambre carnal. Pero debía ser realista. Cerró los párpados y reprimió sus instintos más primarios. Soltó el mechón y desanduvo el camino, sin apenas hacer ruido. Cuando salió de la alcoba, enfiló hacia la escalinata, pero se detuvo al instante al apreciar la silueta de su tío Robert. Estaba en lo alto de los escalones, tenía la mano en la barandilla y el pie derecho cruzado sobre el izquierdo en una pose relajada, lo miraba con expresión divertida.

—La amas, no lo niegues —le soltó.

—No te equivoques —increpó reanudando el paso, se acercó a su tío—, solo he venido a cerciorarme de que está bien.

—Claro, por eso vienes todas las noches... —replicó con cierto retintín en la voz.

Angus lo fulminó con su mirada azul, pero su tío no se inmutó. De hecho, el vizconde había dado por hecho que nadie se había enterado de las vistas a su esposa. Era sigiloso como un gato y entraba cuando sabía que todos dormían. Pero podría haberse imaginado que a su tío Robert no se le escapaba nada; lo conocía demasiado bien. Pasó por su lado y, sin cruzar ninguna palabra más, descendió por la escalinata camino a su encierro autoimpuesto en la capilla. Robert se quedó allí y lo vio desaparecer, ¿hasta cuándo se resistiría su sobrino al amor que sentía por su esposa?

Capítulo 10

Pasó un mes más y Lily estaba en la lujosa biblioteca. Afuera se había desatado una tormenta de principios de verano y de tanto en tanto se escuchaban truenos. Acababa de leer una carta de su tía Alexia, donde la informaba de que la marquesa de Wendy empezaba a recobrar el habla, comía sola y ya daba los primeros pasos fuera del lecho. Por su parte, sus hermanas Rose y Daisy estaban bien y el embarazo de la primera seguía su curso sin complicaciones. En cambio, Violet se sentía sola, pero, por suerte, el duque la mantenía ocupada llevándola de paseo o la invitaba a un té, café y dulces en el Bedford Coffee House, en Covent Garden. Dentro de dos años le tocaría el turno a la menor de las McJones, debutaría en una sociedad muy exigente, y el noble había empezado a seleccionar candidatos con las conclusiones que extraía de las largas conversaciones que mantenía con ella.

Si una cosa le agradecía encarecidamente a su primo Edward era que se había tomado muy en serio su papel de duque de Kingeston y cuidaba de las mujeres de la familia con mucho empeño. Incluso él le había escrito una carta, que había recibido un par de semanas atrás, preguntándole si estaba bien o si lo necesitaba. Ella le había contestado que se sentía muy a gusto en Hampshire; desde luego no había entrado en detalles, porque no deseaba mentirle, y había omitido los pormenores de su infelicidad junto a un esposo que la mantenía lejos de ella. En fin, todo seguía su curso en Londres, y eso la tranquilizaba, muy diferente a como sucedía de Chapman Abbey, donde parecía haberse detenido el mundo.

La dama se levantó del escritorio donde había empezado a escribir una respuesta. Tenía tanta tristeza en su corazón que no confiaba en ella misma y temía que tía Alexia, aguda y vivaz, dedujera entre líneas su estado. Más valía no arriesgarse, esperaría al día siguiente por si estaba de mejor humor, entonces escribiría una carta en condiciones, una que no levantara sospechas.

Se acercó a la ventana, la tarde tormentosa no brindaba consuelo a su corazón. Las gotas resbalaban por la ventana a cuadros y acrecentaba la sensación de que había refrescado. El viento agitaba las ramas y arrancaba algunas hojas. Se había puesto un chal azul sobre su sencillo vestido amarillo pastel, de algodón con encaje, y se ajustó la prenda sobre los hombros buscando la calidez reconfortante que le brindaba.

—Buenas tardes —saludó Robert desde la puerta abierta.

Lily se dio la vuelta, le sonrió antes de saludar.

—Buenas tardes, tío.

—¿Te molesto? —Alzó un libro con la tapa granate que llevaba en la mano—. Solo vengo a dejar este libro.

—No molestas, estaba intentando escribir una carta a mi tía Alexia, pero... —Su voz se apagó.

El semblante triste de la vizcondesa no dejaba espacio a la duda, Robert sabía lo que la preocupaba. Dejó el ejemplar sobre escritorio y se acercó a ella.

—Angus puede llegar a ser exasperante.

—¿Cuánto crees que durará su encierro?

—¿Lo echas de menos?

—Sí. —Asintió con la cabeza al mismo tiempo—. Estoy tan obsesionada con mi esposo que cuando me levanto por las mañanas huelo su aroma a cedro e incienso.

—¿Lo amas, verdad?

Ella bajó la vista, sus mejillas enrojecieron.

—Mucho, ¿tanto se nota?

—Se nota a mil leguas —dijo Robert con humor.

Ella levantó la cabeza y se encontró con la sonrisa divertida del hombre, lady Wilbur se rio.

—Al menos no tendré que disimular si es tan evidente —mencionó en un tono divertido.

—Si te sirve de consuelo, mi sobrino también te ama.

La noble no pudo evitar soltar una risotada sarcástica.

—Tu sentido del humor hace aguas por todas partes. Angus me quiere, pero lejos de él. Me lo ha dejado claro en muchas ocasiones, y su encierro en la capilla es para hacerme desistir y que regrese a Londres.

—Angus solo te muestra lo que quiere que veas.

—Pues es muy convincente, desde luego —expuso con un matiz triste en la voz.

Caminó hasta uno de los sofás con patas cabriolé ubicados en el centro de la estancia. Se sentó y miró cómo él se acercaba.

—Hablo muy en serio, querida sobrina —mencionó esta vez muy serio, sus ojos azul claro mostraban también seriedad—. Jamás mentiría en una cosa tan importante.

Ella cabeceó incrédula, pero tenía curiosidad por saber el motivo por el que estaba tan seguro.

—¿Y por cuál razón dices con tanta certeza que me ama?

Robert echó la espalda hacia atrás, alargó el brazo por encima del sofá y dejó la mano colgando al tiempo que cruzaba las piernas.

—Va a visitarte todas las noches, por eso hueles su aroma cuando te levantas.

Lily se quedó con la boca abierta, casi no parpadeaba. Su sorpresa era mayúscula y no le salía ninguna palabra. Cerró la boca cuando se percató de que la tenía abierta de par en par. Carraspeó y se obligó a hablar.

—¿Es cierto...?

—Muy cierto, querida sobrina. Solo debes tener paciencia, él acabará recapacitando.

—Pero...

No sabía ni qué decir, miró sus temblorosas manos apoyadas en el asiento, se agarraba a él como si temiera salir despedida. No podía creerse que él la amara de verdad.

—Sé que quieres ayudarlo —mencionó Robert.

A Lily se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Quiero hacerlo con toda mi alma. Juntos podemos encontrar la manera de que mejore de sus ataques de violencia.

—Tendrás todo mi apoyo. Siempre he pensado que tú eres su mejor medicina, pero él parece no saberlo todavía.

Lily se levantó tan de golpe que el chal cayó sobre el sofá. Su rostro evidenciaba resolución, había tomado una decisión que cambiaría el curso de su futuro.

—Pues tendrá que escucharme quiera él o no.

Dicho esto, caminó rauda a la salida. En su precipitación se olvidó de coger un paraguas, pero no le importaba mojarse. Llegó a la capilla bajo una cortina de lluvia que había arreciado, y empezó a aporrear la puerta con ambos puños. El eco de los golpes resonaba en el interior y multiplicaba el ruido. Las gotas resbalaban por su rostro, pero no era consciente de ello, como tampoco era consciente de que sus ropajes, en segundos, quedarían empapados. El viento era intenso y había deshecho su peinado, pero nada importaba, y siguió golpeando la batiente gruesa como si no hubiera un mañana, con la decisión tomada de que hablaría con él, así tuviera que quedarse día y noche frente a esa puerta.

—¡Vete! —gritó Angus al otro lado de la entrada.

Ella detuvo sus puños en el instante que un rayo cruzó el cielo gris oscuro, miró hacia arriba y varios truenos resonaron uno detrás de otro.

—¡No me voy a ir hasta hablar contigo!

—¡Vas a coger una pulmonía!

—¡Y solo tú tendrás la culpa! —Golpeó la puerta de nuevo, una y otra vez—. ¡Seguiré aquí hasta que me abras!

La dama oyó una sonora maldición, siguió el sonido de un pesado cerrojo, la batiente se abrió. Él la agarró de la muñeca para que entrara rápido. Angus notó los temblores de su esposa; entonces, Lily no pudo evitarlo y empezaron a castañearle los dientes.

Todavía sujetándola de la muñeca, la arrastró hasta su alcoba, agarró la sábana de su lecho de un tirón y se la dio.

—Quítate la ropa y envuélvete en esta sábana.

El lord se dirigió a la chimenea, se puso en cuclillas, en la base colocó un poco de yesca, sobre esta, unas ramas secas, y terminó ubicando algunos troncos. Llevaba varios días viviendo solo y había tenido que prescindir de los criados para ciertas cosas, y una de ellas era encender el fuego,

algo que se le empezaba a dar bien. Después, agarró el pedernal, y las chispas pronto prendieron en la yesca.

A su espalda, escuchaba a su esposa mientras se iba sacando las ropas de su cuerpo. Se alzó, respiraba con agitación, si bien la había visto desnuda y había disfrutado de su tentador cuerpo, no se dio la vuelta porque no se fiaba de él mismo, ya que temía saltar sobre ella como un animal en celo. Cuando tuvo la certeza de que ella estaba tapada, se giró.

Lily estaba preciosa, y su corazón dio un vuelco. Tenía la sabana envuelta por debajo de las axilas, su peinado se había deshecho y caía por sus hombros desnudos, sus labios estaban rojos, y sus ojos negros permanecían abiertos y tenían la expresión dulce de la miel.

—Acércate al fuego —ordenó señalando la butaca sencilla que había frente a las llamas.

Lady Wilbur se aproximó y se sentó. Las llamas estaban altas y pronto su piel tomó el color sonrosado de la calidez. Miró a su alrededor, la alcoba estaba limpia y era sencilla, al igual que el mobiliario. Pero olía a él, esa mezcla de cedro e incienso, y eso la hacía la mejor estancia de Chapman Abbey. Se levantó y se puso de espaldas al fuego, observó a su esposo, que miraba a través de la ventana. En el exterior la tormenta parecía no alejarse y seguía vigorosa, llenaba el cielo de relámpagos y truenos, y la lluvia golpeaba con rabia el suelo y emitía un sonido sobrecogedor a fin del mundo.

—Regresa conmigo... —musitó la dama con voz rota.

Él se dio la vuelta, sus miradas se encontraron.

—No puedo, y sabes el motivo.

—Podemos convivir con tus dolores de cabeza, encontraremos soluciones. Solo estando juntos, uno al lado del otro, tendremos un futuro. Vivir así no es vivir, y es malo tanto para ti como para mí.

El lord negó con la cabeza.

—No hay futuro para nosotros. Regresa a Londres, por favor.

—No regresaré sin ti.

Angus se acercó a ella en actitud amenazante, pero Lily no reculó, tenía la certeza de que jamás le haría daño estando en plenas facultades, solo pretendía intimidarla.

—¡Regresarás sola! ¡Yo me quedaré aquí! —voceó el vizconde.

Pero ella no retrocedió ni un paso y se quedó allí de pie, mirándolo con sus ojos negros llenos de esperanza.

—Te amo, Angus, y ahora sé que tú también.

El noble arrugó el entrecejo.

—Eso no es cierto.

—Lo sé, vienes a visitarme todas las noches.

A Angus no le costó llegar a la conclusión de que había sido su tío el que se lo había dicho.

—Mi tío Robert está equivocado, no es por lo que él cree.

Lily acortó la distancia que los separaba, acarició la mejilla masculina. A Angus casi se le

escapa un gemido, pero pudo controlarlo ahogándolo en su garganta.

—Dime que no me amas y me iré a Londres. Y nunca más te molestaré.

Ella hundió sus ojos negros en los azules de él, a la espera de su respuesta. En los próximos segundos se desvelaría su futuro, un futuro juntos o un futuro separados. Angus tenía la oportunidad de alejarla de su locura y mantenerla a salvo. Se formó un nudo en el interior de su garganta que le impedía pronunciar palabra alguna. Tragó saliva con fuerza, la nuez de su cuello subió y bajó, pero consiguió su objetivo. Podría hablar, y cuando lo hiciera, ya no habría vuelta atrás. Se enderezó y sacó fuerzas de un interior que se rebelaba contra su decisión; aun así, no escuchó su conciencia que le decía que estaba equivocado.

—No te amo, Lily; de hecho, no me agradas, me atraen otro tipo de féminas. Además, jamás me hubiera casado contigo si no me hubieran forzado a un matrimonio que nunca he deseado.

Lily se tambaleó hacia atrás y él la sujetó para que no cayera. De todos modos, la soltó enseguida, consciente de lo mucho que la deseaba y de que ese mero contacto podía echar a perder su plan. Las mejillas de ella habían perdido color y sus ojos mantenían un brillo opaco, como si estuviera perdiendo la conciencia. Él temió que se desmayara y se puso en guardia por si la tenía que alzar a volandas, pero el chasquido intenso de un relámpago, al que le siguió un trueno que hizo retumbar los cristales, sacó a la dama de su conmoción.

—Mañana me iré a Londres. No volverás a verme nunca más.

Y se fue, dejando a Angus sumido en la tristeza. Sin embargo, había hecho lo correcto. Lily no merecía estar ligada a un hombre poseído por la locura.

***

Hacía una mañana de verano maravillosa y cálida, por lo que la marquesa de Wendy estaba en la terraza que daba al jardín, sentada en una butaca. A su costado tenía una mesa auxiliar con una taza de té y unas galletas de mantequilla recién horneadas, que desprendían un aroma delicioso. Desde allí contemplaba a sus jardineros trabajar recortando unos aligustres de espeso follaje para darles formas creativas. El sonido de unos pasos la alertaron y provocó que girara a medias la cabeza.

—Milady, tiene una visita —informó el mayordomo haciendo una reverencia—. El duque de Kingeston, ¿quiere recibirlo?

El semblante de la marquesa se puso pálido; sin embargo, se sentía fuerte para lidiar con él.

—Hazlo pasar, por favor.

El sirviente obedeció y no tardó en aparecer con el noble. Un lacayo trajo una silla para que se pudiera sentar, que ubicó cerca de la aristócrata; Humphrey tomó asiento. El hombre había salido de Kingeston House con una excusa para que Alexia no sospechara que quería visitar a la marquesa de Wendy; su propósito era averiguar más sobre su accidente. La dama anciana le había dicho a todo el mundo que había sido una caída fruto de un traspiés, pero él tenía serias

dudas.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Lousia en un tono muy hosco que no sorprendió a Humphrey.

—He venido a ver cómo está, milady, y a hablar sobre su accidente.

La marquesa le dedicó una mueca desdeñosa.

—¿Lo sorprende que siga viva? —preguntó alzando una ceja canosa.

Se ayudó de su bastón para levantarse. Después de la caída, su cuerpo se había resentido y había quedado alguna secuela, y sus pies necesitaban ayuda para caminar. Además, había adelgazado y no tenía el aspecto robusto de siempre, más bien al contrario: su rostro enjuto marcaba las arrugas de una manera que la hacían parecer una anciana de cien años.

Humphrey se acercó a ella para ayudarla, pero la dama levantó el bastón de madera oscura, con una empuñadura circular de oro con incrustaciones de zafiros, y lo apuntó con él, un clic sonó en el aire y el hombre pronto se dio cuenta del puñal que salía de la punta.

—Después del ataque que he sufrido, he mandado construir este bastón. Nunca más nadie me cogerá desprevenida.

—¿Un ataque? A mi madre y a todo el mundo le ha contado que fue un accidente.

La marquesa agitó el bastón en el aire, sus arrugas eran surcos profundos que junto a su mirada furibunda la dotaban de una expresión de anciana peligrosa.

—¡Eso es lo que he dicho para que no se preocupe! —Sus ojos azules destilaban odio y daban más énfasis a sus palabras—. ¡Pero ambos sabemos que fue usted el que me empujó escaleras abajo, porque teme que hable y lo descubra ante Alexia! —gritaba con tanta rabia que los ojos parecían querer salir de sus órbitas.

Humphrey apretó los dientes, a decir verdad, no se sorprendió. Ya contaba con que el accidente sufrido por la marquesa era provocado, por eso estaba ahí, para escucharlo de su boca. Aun así, por más que su intuición nunca había estado equivocada, no podía evitar detestar hasta la saciedad a Will Baley en ese momento. Daba gracias a Dios no tenerlo delante, porque su buen juicio se había nublado por la rabia y lo hubiera estrangulado.

—No parece muy sorprendido —mencionó ella.

—No fui yo —se defendió con un tono contundente.

—Bueno, daba por hecho que le pagó a alguien. —Empezó a tambalearse, apretó uno de los zafiros de la empuñadura de oro, donde había el dispositivo, y con otro clic, que resonó en el aire, el puñal se introdujo dentro el bastón. La dama se apoyó con las dos manos en la empuñadura de oro y recuperó la entereza—. No es de los que se ensucian las manos, ¿verdad?

—Ya le he dicho que no fui yo. ¡Nunca he matado a nadie!

—Es usted un mal hombre, está engañando a una buena mujer y no se lo perdonaré nunca. Tarde o temprano lo descubriré; de hecho, es lo único que me ha dado fuerzas para luchar y no morirme.

—Se está equivocando conmigo —expresó con pesar.

Lousia sonrió con sorna.

—Lo dudo, y no pienso morirme hasta que mi querida amiga Alexia y todo Londres sepa que usted, ex-ce-len-cia —deletreó con burla—, es un farsante y un asesino, tengo a un ejército de detectives contratados y pronto alguno de ellos averiguará la verdad. ¡Ya márchese, no quiero verlo por aquí nunca más!

Humphrey se mesó su cabello rizado castaño claro, se dio la vuelta y se fue, consciente de que Lousia nunca lo creería. Teniendo en cuenta de dónde venía, no la culpaba de que tuviera una pésima opinión de él. De hecho, se sentía agradecido de que aún no hubiera descubierto su pasado; sin embargo, era cuestión de tiempo que lo averiguara.

Sin más, subió a su faetón lujoso y emprendió la marcha a casa de Will Baley. Debía detener ese hombre antes de que asesinara a alguien más.

***

Robert había llegado a la conclusión de que su sobrino estaba loco de remate. Se hallaba en la austera habitación que había en el piso superior de la capilla, lugar donde se había recluido Angus. Se paseaba frente a este de un lado a otro, mientras Angus, ataviado con unas calzas grises y una camisa blanca con volantes en los puños, lo contemplaba con los brazos cruzados sobre el torso.

—Estás loco, loco del todo, loco de remate —le recriminaba el tío.

—Dime algo que no sepa —ironizó el vizconde.

Robert se detuvo frente a él.

—Si no reaccionas en cinco minutos, tu esposa partirá a Londres, y créeme que, en cuanto lo haga, no querrá saber nunca más de ti. La has lastimado explicándole una sarta de mentiras, algo que merece mi reprobación absoluta. Solo un necio actúa como tú lo has hecho.

El sobrino se pasó la mano por la cara mientras bufaba sonoramente.

—Ella merece lo mejor, y lo mejor es que se aleje de mí. Yo no tengo futuro.

—¿No crees que tu esposa merece un trato distinto? ¿Cómo sabes tú qué es lo que necesita? —Entrecerró sus ojos azules—. A no ser que con esta excusa quieras esconder tu miedo.

—¿Miedo? ¡Claro que tengo miedo! —voceó agitando las manos—. ¡Tengo miedo de lastimarla!

—Yo hablo de otro tipo de miedo: miedo a que deje de amarte.

Angus parpadeó, en sus ojos celestes se atisbó la duda.

—Una vez ya vio el monstruo que llevo dentro. —Tragó saliva—. No entiendo cómo no me dejó en ese momento, debería haberme odiado. No lo entiendo...

—Ese monstruo te da más miedo a ti que a ella. No le has brindado la oportunidad de ayudarte, te has limitado a alejarla.

Angus bajó los párpados. Si había una persona en el mundo capaz de hacerle ver sus errores, ese era su tío. Siempre había sido su consejero y su mejor amigo, y como en otras ocasiones, él

estaba en lo cierto. Pero se sentía tan asustado que no creía poder soportar el rechazo de Lily una vez que ella comprendiera que ni su ayuda serviría para hacer desaparecer el monstruo de su interior.

—Si dejo que se quede a mi lado, ella acabará odiándome.

—Estás subestimando a Lily y el poder que tiene su amor hacia ti. Ella es tu mejor medicina, pero eres tan cabezota que eres incapaz de verlo.

El vizconde se acercó a la ventana, el sol entraba por la abertura e iluminaba los ojos tristes del noble. En esa ocasión, las motas doradas de alrededor de sus pupilas no brillaban lo suficiente para apartar tanta pesadumbre. Lily ocupaba lugares en su interior que nunca habían sido antes iluminados. Se dio la vuelta y miró a su tío.

—Ayer le dije cosas horribles para que se fuera —reconoció el lord.

—Ella lo entenderá si se lo explicas.

—¿Tú crees?

El tío chasqueó la lengua a modo de reproche.

—Otra vez la estás subestimando. De todos modos, nunca lo sabrás si te quedas ahí plantado como un árbol.

Angus cabeceó, quizá, con el tiempo, se arrepentiría de lo que estaba a punto de hacer. Sin embargo, las palabras de su tío y su conciencia lo instaban a salir corriendo en busca del perdón de su esposa y de otra oportunidad.

No obstante, la rabia lo inundó cuando le informaron de que la vizcondesa acababa de partir en el landó. Mientras se maldecía a gritos una y otra vez, corrió a los establos. No había tiempo que perder, por lo que se montó sobre su semental negro sin ensillarlo. No estaba acostumbrado a cabalgar sin montura, pero no le importaba. Se agarró a la crin del animal y lo instó a sacar lo mejor de él. El équido no lo defraudó, era joven y robusto, y alcanzó una velocidad frenética. No tardó mucho en ver, en el horizonte, el carruaje de su esposa. El camino estaba lleno de barro debido a la tormenta de la noche anterior, incluso había algunas ramas en el suelo, consecuencia del viento violento.

Se percató de que el vehículo llevaba una velocidad demasiado elevada, ya que se ladeaba con demasiado ímpetu, y con el camino tan embarrado las ruedas patinarían. El corazón le dio un vuelco al tomar conciencia de que estaba a punto de alcanzar la curva donde, años atrás, pasó el accidente en el cual sus padres y su tía fallecieron, y él perdió su pasado. La escena, recluida en su amnesia, pareció cruzar su mente como si de un rayo se tratara. Las sienes empezaron a palpitarle de dolor, pero no se detuvo.

—Lily... —musitó invadido por el miedo a que sucediera un accidente y no pudiera hacer nada por evitarlo.

Tragó saliva al tiempo que exigía un último esfuerzo a su semental, debía darles alcance antes de que tomaran la curva y el vehículo resbalara y volcara. No podía perder a Lily, ella era su vida... y su futuro, en ese instante lo tuvo claro.

Angus nunca había cabalgado tan rápido, los ollares dilatados del animal eran la prueba de lo mucho que este se esforzaba. Echaba de menos la seguridad que le brindaba la montura, pero no se detendría cuando notaba su corazón latir tan deprisa. Solo de imaginar a su esposa herida, o muerta, por un accidente por culpa de haberla echado de su lado, su cuerpo se helaba de arriba abajo.

El semental casi había alcanzado el carruaje, Angus podía escuchar los resoplidos de los corceles que tiraban del landó, que estaba a escasos metros de coger la maldita curva donde podría patinar debido al barro. Por fin, su équido se puso en paralelo, Lily lo vio por la ventanilla y abrió los ojos sorprendida. Angus hizo una señal con la mano al cochero en cuanto lo vio, y el carruaje empezó a aminorar la marcha. En cambio, él, que se sujetaba a la crin del animal con una mano y con la otra insistía con que se detuviera, debido a la velocidad del animal, se precipitó al suelo. Su cuerpo rodó unos metros hasta que se inmovilizó por completo en medio del suelo embarrado, al tiempo que su semental relinchaba. Entonces, Angus sintió que su mirada se nublaba, las sienes empezaron a palpitarle como nunca lo había hecho antes.

El carruaje apenas se había detenido cuando Lily abrió la puerta y salió a toda prisa, en su precipitación casi cae de bruces al suelo, pero logró conservar el equilibrio.

—¡Angus, Angus, Angus...! —gritaba corriendo a él, se arrodilló a su lado, pero su esposo no reaccionaba—. Angus, háblame, por favor... —rogó entre sollozos.

El vizconde abrió los párpados, y empezó a convulsionarse de dolor.

—¡Mi cabeza! ¡Me duele! —voceó llevándose las manos al lugar, retorciéndose entre terribles dolores.

Ella deslizó su brazo por la nuca de su esposo, lo ayudó a incorporarse y lo abrazó, sin importar quedarse sucia de barro.

—Tranquilo, mi amor, yo cuidaré de ti.

El lord quedó laxo en sus brazos, entonces Lily se dio cuenta de que se había desmayado debido al dolor. Con la ayuda de los lacayos, lo introdujeron en el carruaje, ella lo mantuvo abrazado todo el rato. En cuanto llegaron lo llevaron al lecho de la vizcondesa. Pasaron los días y él no daba muestras de recobrar la conciencia, y ella y Robert temieron lo peor.

***

Las calles de Londres estaban transitadas por varios carruajes y por transeúntes, por lo que Humphrey gritaba que le dejaran paso, ya que tenía prisa por llegar a la casa de Will Baley, que vivía a las afueras de la ciudad. Por suerte, tan pronto dejó la urbe, el camino quedó despejado y pudo incrementar la velocidad de su faetón. En ese día, si bien el clima acompañaba porque estaba despejado, hacía un calor de justicia que se pegaba a la piel y resultaba incómodo. Por suerte, el viento agitaba sus ropajes y su cabello rizado, debido a la velocidad que llevaba, y refrescaba su cuerpo, pero no su mente, que estaba llena de malos pensamientos hacia el

detective.

Llegó a la casa señorial blanca de dos plantas. Saltó del vehículo con un gesto preciso y se encaminó a la entrada. Escuchó el sonido de voces y de riendas, prestó atención. Ya había estado con anterioridad en esa casa, incluso estuvo viviendo un corto tiempo cuando Will lo sacó de la cárcel, una vez que él aceptó engañar a la duquesa. Dedujo que, en la parte de atrás, donde estaban los establos, había movimiento. Concluyó que debía ser el detective que se disponía a marcharse en su faetón lujoso, de modo que se dirigió hacia allí antes de que se fuera sin hablar con él.

Cruzó el camino empedrado y se extrañó, porque había un carruaje alquilado y varios lacayos cargaban el equipaje en el techo. ¿Acaso se marchaba de viaje? Pronto lo averiguaría, ya que por esa zona se accedía a la cocina, había estado muchas veces allí. Entonces, oyó unas risas, después se abrió la puerta dando paso a un joven que, a primera vista, no conoció. Sin embargo, cuando sus ojos se cruzaron, Humphrey tuvo la impresión de haberlo visto. Se trataba de un hombre joven más o menos de su edad, muy alto, de cabello negro, hombros anchos y ojos verdes, y en ese momento le sonrió.

A Humphrey se le desencajó la mandíbula. ¡Dios Santo! ¡Claro que lo había visto!, meditaba tan estupefacto que sabía que su rostro sería un poema de espanto. El muchacho que él contemplaba era la misma persona del cuadro que estaba colgado sobre la repisa de mármol de la chimenea en la biblioteca de Kingeston House. Sin duda era Edward, el auténtico duque de Kingeston.

—Buenos días —saludó el joven—. ¿Busca a alguien?

Humphrey tardó unos segundos en poder hablar.

—Buenos días, soy el duque de Kingeston, buscaba a Will Baley.

—Excelencia, es un honor tenerlo aquí —mencionó haciendo una reverencia—. Will es mi padre, soy Tom Baley, su hijo.

Humphrey estaba tan impactado que se obligó a sonreírle.

—Vamos, Tom, o llegarás tarde —comentó Will Baley saliendo a toda prisa por la puerta de la cocina—, el barco parte en un par de horas...

Se detuvo en cuanto vio a Humphrey. Miró a Tom y bufó.

—¿Te sucede algo, padre?

Will desvió la vista hacia Humphrey, lo contemplaba con una punzante acusación en sus intensos ojos verdes y supo que había deducido la verdad.

—Me acabo de acordar que tengo un asunto pendiente con el duque, hijo. Ve al puerto, en cuanto esté iré con mi faetón.

—Padre... —dijo acercándose a él.

—Llegaré a tiempo para despedirme, te lo prometo —afirmó apretando su hombro.

Tom asintió, se despidió de Humphrey y se metió en el interior del carruaje, que inició la marcha de inmediato.

El sol daba de lleno en la zona donde se hallaban los dos hombres, un aire ligero sacudía los cabellos de ambos. Se miraban fijamente, como si estuvieran en pleno duelo.

—Tom es Edward —soltó con furia Humphrey, Will parecía haber envejecido de golpe—. Tú lo secuestraste para sacarles dinero a los duques mientras simulabas investigar su desaparición. Ahora entiendo por qué no quieres que Tom viva en Londres, es clavado al difunto duque de Kingeston, son como dos gotas de agua. Es evidente que temes que alguien lo reconozca como he hecho yo. Eres el ser más ruin que conozco. ¡Mereces que te condenen a la horca!

—Si hablas caerás conmigo —amenazó alzando el dedo índice—. Tú también perecerás en la horca.

—¿Me empujarás escaleras abajo antes de que hable?

El rostro de Will era una tetera en ebullición. Aun así, era consciente de que no tenía sentido negar la evidencia.

—No ha servido de mucho, esa vieja sigue viva. Si ella habla ambos quedaremos arruinados.

—Creo que el menor de tus problemas es la marquesa de Wendy. Ahora tu mayor problema soy yo, si confieso la verdadera identidad de Tom te hundiré para siempre.

Will ya había recuperado la compostura y lucía una sonrisa amenazante.

—No caeré solo, tú lo harás conmigo. Piensa en ello.

Humphrey no podía rebatirlo, porque era cierto. Aunque pareciera extraño, no tenía miedo de perder todo el dinero o la vida, sino que su peor pesadilla era quedarse sin el amor de madre de la duquesa, sin el cariño de sus primas y, sobre todo, sin Marie. Al pensar en esa posibilidad, se sintió desnudo y desvalido como nunca antes. Ellas eran sus tesoros y los llevaba en el corazón.

—Te haré una propuesta, Will: si seguimos con esta farsa será a mi manera, y ya basta de darte dinero todos los meses; además, no se te ocurra atentar contra la marquesa de Wendy de nuevo.

—¿Y si no acepto?

Humphrey esbozó una sonrisa torcida.

—Sabes, si no aceptas casi me harás un favor; verte hundido en la miseria y recibiendo todo el desprecio de la sociedad de Londres, que tanto te admira, casi merece la pena el riesgo, aunque pierda la vida en ello. Te aseguro que abandonaré el mundo de los vivos con una sonrisa en los labios.

Will apretaba de rabia los dientes. Ese hombre lo tenía en sus manos; sin embargo, encontraría la manera de deshacerse de él y de la marquesa. Los planes no habían salido como esperaba y debía solucionarlo, pero necesitaba tiempo. Nunca hubiera imaginado que un padre podía parecerse a su hijo de la manera en que lo hacían Tom y el duque de Kingeston. Pero así era, la semejanza era tan exagerada que nadie pondría en duda que eran parientes. No tendría que haber hecho caso de su esposa, pero ella no se quedaba embarazada y le suplicó quedárselo haciéndolo pasar por su hijo. Lo más inteligente hubiera sido hacerlo desaparecer tirándolo al mar, como había decidido el día que se lo llevó de Kingeston House. Había sido un error no haberlo hecho

en su momento, en ese instante se dio cuenta, porque estaba a merced de Humphrey. Hizo una mueca de desprecio mientas miraba al hombre, consciente de que, de momento, no podía negarse a sus demandas hasta encontrar una solución.

—Acepto —soltó entre dientes—. Pero debes dejar que Tom marche a América. Supongo que estarás de acuerdo en que nos conviene a ambos. Esta vez me aseguraré de que no regrese.

Humphrey pensó que estaba siendo inteligente enviando a Tom tan lejos, y por lo que había deducido antes, en dos horas su barco partiría. Will siempre había sido un hombre que había calculado muy bien cada paso y eso lo había llevado a triunfar, aunque fuera de una manera tan poco digna. Por eso, nadie nunca había sospechado que poseía una mente maquiavélica. Presentía, incluso, que sería capaz de matar a Tom si se atrevía a regresar de nuevo; en realidad, ese muchacho también estaba en peligro. Él había convivido con lo peor de la sociedad, tanto fuera como dentro de prisión, y los hombres como Will no amaban a nadie, salvo a sí mismos. No respetaban al prójimo y no ayudaban a nadie si no sacaban provecho en ello. Lo peor de todo era que a ese tipo de seres no les costaba recurrir al asesinato para satisfacer sus deseos.

—Está bien. —Le sonrió con sorna—. Pero te vigilaré de cerca, Will.

Humphrey se dio la vuelta y se encaminó hacia su faetón sabiendo que acababa de hacer un trato con el mismísimo Diablo. Sabía que uno de los dos acabaría cayendo, solo era cuestión de tiempo. Will no era de los que improvisaba, y encontraría la manera de deshacerse de lo que le molestaba: él y la marquesa de Wendy, de modo que, desde ese momento, no podía bajar la guardia. Soltó una sonrisa irónica al pensar que ni cuando estaba en la prisión de Fleet había estado tan en peligro como en libertad. Los caprichos de la vida eran curiosos. Desde luego que nunca había tenido una vida fácil y empezaba a estar cansado de luchar por sobrevivir.

Llegó a Kingeston House sudoroso debido al calor, el sol estaba en el cenit del día y sus rayos era implacables y caían sobre Londres como si de una lluvia de lava se tratara. No había esperanza de que dejaran de hacerlo hasta que no empezara a anochecer.

Tan pronto entró, agradeció el frescor que todavía conservaba el interior. Se dirigió a su estudio y se sirvió un trago de whisky, que se bebió de un sorbo, hizo una mueca al notar la quemazón que dejaba a su paso. Le siguió otro, y otro...

Por el pasillo caminaba Marie rumbo a la biblioteca, la duquesa quería echar un vistazo al *Edinburgh Review*, al *Times* y al *Quarterly Review*. Se detuvo al pasar por el estudio, que tenía la puerta de doble batiente abierta, y contempló la espalda ancha del que consideraba el duque de Kingeston. Tenía las manos apoyadas en la mesa y miraba abstraído un vaso, a su lado se hallaba una botella medio llena de whisky. Sintió unas ganas enormes de reconfortarlo, ya que hacía días que había observado que el hombre cargaba con una pesadumbre difícil de soportar. Observó cómo él llenaba de nuevo su vaso.

—Excelencia, el alcohol no es bueno para curar los males del alma.

Humphrey se enderezó y se dio la vuelta. Mirar a Marie representaba contemplar a un ángel, ella le sonrió, de pronto su interior se alivió. Entonces, él dejó el vaso sobre la mesa y se acercó a

la joven. Nunca ninguna fémina lo había amado y pensó que sería el hombre más feliz del mundo que una dulce muchacha como ella se convirtiera en su compañera de vida y lo quisiera para siempre. Su amor valía más que toda la fortuna que poseía. Sin embargo, solo podía soñar que lo amaba, porque él nunca sería suficiente para Marie. Ella merecía un hombre mejor.

—Dime, Marie, ¿qué cualidad debe tener un hombre para que te enamores de él?

Ella enrojeció, su timidez provocó que mirara al suelo; Humphrey le levantó la barbilla con un dedo, la contempló con intensidad a la espera de una respuesta.

—Que sea bueno, excelencia. Un hombre bueno conquistaría mi corazón. —Hizo una reverencia—. Si me disculpa, la duquesa espera que le lleve los diarios.

Él se apartó para dejar que pasara. La observó mientras se alejaba; la muchacha, sin saberlo, le había dado la respuesta que necesitaba, porque solo los hombres buenos hacían lo correcto. De pronto, supo lo que haría para destruir a Will Baley.

***

Angus caminaba por entre la niebla, el camino estaba cubierto por un lodo oscuro que se pegaba a sus botas y le dificultaba andar. Hacía frío, un frío que se colaba muy adentro y helaba sus huesos. A lo lejos, escuchaba voces, hablaban deprisa y en un idioma que desconocía. Sin embargo, por más que se acercaba a los gritos, no lograba vislumbrar a nadie.

Se preguntó si aquel lugar era el infierno, pero hacía demasiado frío y solo podía pensar en la calidez que emanaba el cuerpo de su esposa Lily. Su recuerdo fue suficiente incentivo para seguir caminando en busca de la salida. De pronto, un gruñido atrajo su atención, el suelo tembló y a duras penas logró mantenerse parado. A sus pies, el lodo empezó a hervir y, poco a poco, apareció una silueta. El barro resbalaba por un cuerpo robusto y dejó a la vista un rostro triangular invertido con unos ojos rojos que hubieran asustado a cualquiera. Pero él sabía que era la bestia que tenía en su interior y que lo convertía, en sus noches de pesadillas, en un hombre violento.

Angus lo miró a los ojos, él solo quería seguir su camino, pues había comprendido que su futuro estaba junto a su esposa; sin embargo, la bestia le trababa el paso. Esta vez no pensaba huir, no dejaría que lo convirtiera en un monstruo, por lo que le pidió que se apartara. Pero él le contestó con una risa histriónica que ensordeció los oídos del vizconde. Los ojos rojos de la bestia llamearon, su cuerpo se hinchó y mostró una fuerza superior; con todo, eso no logró espantar a Angus, que se mantuvo quieto en el lugar. Estaba decidido a plantarle cara.

Sin previo aviso, el monstruo se tiró sobre el vizconde, abrió sus fauces dispuesto a devorarlo. No obstante, Angus reaccionó deprisa, y con sus manos agarró las enormes mandíbulas y logró que la boca del animal no se le acercara. Fue entonces cuando escuchó la voz melosa de Lily que le decía que el punto débil de la bestia era la yugular. Angus empleó todas las fuerzas de su cuerpo y logró ladear la cabeza triangular de la bestia al costado. Apreció su punto débil, ya que

palpitaba con frenesí. No perdió ni un segundo, abrió su propia boca y le mordió la yugular, una y otra vez, y no paró de hacerlo hasta que de la herida emanó un río de sangre negra.

La bestia se agitó entre gritos al tiempo que se tapaba con sus garras la zona herida. Pero ya era tarde, un torrente oscuro salía por un orificio que, debido a la presión, se hacía más grande. El monstruo, poco a poco, se hizo más pequeño y acabó convirtiéndose en polvo, un polvo que se fundió en el barro.

Angus había derrotado a la bestia de su interior.

Capítulo 11

Lily permanecía sentada en una silla frente a su lecho, donde seguía su esposo sumido en un sueño que parecía no tener fin. Ella tenía un libro en las manos, que leía en voz alta. Había pensado que, si su esposo escuchaba su voz, lograría que se despertara. Se detuvo en cuanto escuchó lo que parecía ser un gemido. Dejó el libro en la mesita y se levantó, se sentó en el borde del lecho, al costado de su esposo.

—Angus... —susurró mientras le acariciaba el brazo inerte—. Angus...

Lo miraba sin pestañear esperando que se hiciera el milagro. Pero nada, no había reacción, y suspiró resignada mientras agachaba la cabeza y cerraba los ojos. Las lágrimas volvían a cubrir su mirada oscura, pero sacudió la cabeza para ahuyentarlas.

—Lily...

La dama levantó la cabeza, sonrió cuando vio los párpados de él abrirse lentamente, se echó hacia adelante, lo agarró de los hombros llorando de felicidad.

—Angus, mi amor, despierta... —dijo entre sollozos, desesperada porque no quería que los ojos de él se volvieran a cerrar.

El lord enfocó la mirada, y cuando vio a su esposa le sonrió.

—Lily, he derrotado al monstruo, tú me dijiste cómo...

—Amor mío, ahora estás conmigo, no habrá nunca más monstruos.

Angus notó la boca pastosa.

—Tengo sed...

Lily se levantó, agarró un vaso que llenó de agua de una jarra y colocó un par de cojines sobre la espalda de su esposo para que quedar incorporado.

—Ten, bebe —mencionó colocando el vaso en su mano.

Como los dedos le temblaban, ella le ayudó a sostenerlo y lo acompañó hasta la boca. Primero bebió a pequeños sorbos, después, ya más espabilado, dejaron de temblarle las manos y terminó por beberse el agua que quedaba en el vaso, al que le sumó otro más.

—Estaba sediento —dijo en un largo suspiro.

—No me extraña, llevas varios días durmiendo, yo te mojaba los labios con un pañuelo

húmedo, pero no era suficiente.

Angus arrugó el entrecejo.

—¿Llevo días durmiendo?

—¿Acaso no te acuerdas de lo que sucedió?

El vizconde se restregó la frente, recordó montar a su semental sin ensillarlo, perseguir el carruaje, la curva... y la caída.

—Sí...

Abrió los ojos por la sorpresa, acto seguido agarró las manos de su esposa y se las besó, después empezó a reírse a mandíbula batiente, su sonido se extendió más allá de la alcoba. Lily se levantó del lecho.

—Angus, no me asustes —pidió llevándose la mano al cuello—. ¿Qué te sucede?

En ese instante entró Robert, se quedó parado al ver cómo su sobrino se levantaba de la cama entre risas y más risas, y se acercó a él y lo abrazó con fuerza. Después agarró a su esposa de la cintura, la alzó y empezó a dar vueltas por la estancia sin que cesara el carcajeo.

—¡Angus! —gritó ella contagiándose de su buen humor mientras Robert los observaba como si se hubieran vuelto locos.

—¡Lo recuerdo todo! ¡Todo! —exclamó eufórico lord Wilbur, se detuvo y dejó a su esposa en el suelo—. El día que te conocí en tu casa de Edimburgo, tu risa, los paseos, la balsa que construimos juntos, y lo más importante: recuerdo la promesa que te hice de casarnos cuando fuéramos mayores. ¡Te amo, te amo, Lily, siempre te amaré!

En cuanto empezó a besarla con frenesí, Robert salió de la alcoba y cerró la puerta en silencio. De sus ojos celestes salían lágrimas de júbilo. La pesadilla que había atormentado a su sobrino desde el fatídico accidente había desaparecido para siempre. La felicidad había entrado en el hogar de los Wilbur.

***

El faetón de Humphrey estaba cogiendo una velocidad peligrosa, tanto era así que cuando cogía una curva las ruedas derrapaban, incluso alguna de ellas se despegaba del suelo, y amenazaba con volcar de un momento a otro. Pero él no atendía a las señales de peligro, solo era consciente de que debía llegar al puerto antes de que el barco donde iba Tom partiera, algo que temía que hubiera hecho.

Llegó al puerto, saltó del vehículo y empezó a correr. El lugar parecía un hormiguero de gente, casi se tenía que abrir paso a codazos. Por casualidad vio a Will, que estaba allí para despedirse de su hijo, se ocultó en medio de la gente para que no lo viera y lo observó. El detective montó en su faetón y emprendió la marcha, para alivio de Humphrey. Aun así, maldijo para sus adentros, las esperanzas de que el barco siguiera en el puerto eran escasas, por lo que miró hacia el mar y, para su desesperación, había un barco que se alejaba hacia el horizonte. Casi con

seguridad debía ser en el que iba viajando Tom.

De todos modos, no se dio por vencido, frente a él unos marineros descargaban mercaderías, tomó a uno del brazo y le preguntó si el barco que iba a América había zarpado. El individuo escupió al suelo, lo miró de arriba abajo censurando la riqueza de sus ropajes, después señaló con la cabeza el barco del horizonte, que cada vez se veía más pequeño, y le informó que era esa la embarcación que buscaba.

A Humphrey no le quedó más alternativa que admitir su derrota. En su defensa alegaría que se había esforzado, pero, sin duda, tal esfuerzo había sido en vano. Regresaría a Kingeston House y pensaría otra manera para desenmascarar a Will Baley.

Empezó a regresar a su faetón, de soslayo le llamó la atención un caballero, al girar la cabeza en su dirección se quedó pasmado: ¡era Tom!

—¡Tom, Tom! —gritó acercándose a toda prisa entre empujones y disculpas.

El joven puso semblante de preocupación en cuando llegó a él.

—Por favor, excelencia —pidió en un tono triste al sentirse descubierto, hizo una reverencia al tiempo que se quitaba su sombrero de copa—. No le diga a mi padre que me ha visto.

Humphrey pestañeó, se lo quedó mirando un largo rato, el muchacho tenía en su mirada verde una honda preocupación.

—No le diré nada si usted me dice por qué no va en ese barco —inquirió señalando la figura oscura que rielaba en el horizonte, ya casi no se apreciaba.

Tom agachó la mirada al tiempo que hacía rodar entre sus manos, de puro nerviosismo, su sombrero agarrado por el ala.

—Mi padre me quiere lejos, ya hace años que me he dado cuenta y nunca me dice el motivo, solo me grita que son imaginaciones mías y que simplemente quiere lo mejor para mí, y Londres no es lo mejor. —Alzó la mirada y, algo más seguro, continuó—: Pero esconde algo y quiero averiguarlo.

Humphrey no confiaba en su buena suerte. Nunca había creído en las divinidades celestiales, siempre había pensado que lo habían abandonado, pero empezaba a cambiar de opinión. Su boca se ensanchó en una magnífica sonrisa, Tom se lo quedó mirando sin entender el motivo de su felicidad.

—Tom, yo sé lo que tu padre esconde, pero te necesito para hacer justicia.

El muchacho se irguió tan sorprendido que empezó a boquear.

—Excelencia...

—No me llames «excelencia», tú eres el duque de Kingeston, no yo. Dejemos las formalidades a un lado, ahora nos toca cooperar unidos.

El semblante de Tom perdió todo su color, su sombrero cayó al suelo y empezó a tambalearse al tiempo que pensaba que ese hombre estaba loco. Humphrey agarró al muchacho por el brazo para que no se cayera.

—No entiendo nada. ¿Se está burlando de mí, excelencia?

Humphrey se agachó, agarró el sombrero y se lo puso a la cabeza a Tom.

—Yo te lo explicaré todo.

***

Lily y Angus estaban en el lecho. Sus cuerpos fusionados y sus gemidos daban fe de lo mucho que se amaban. Él entraba en su cuerpo y ella recibía sus embestidas en una acompasada danza que los llevó al paraíso. Después, como siempre, se abrazaron mientras sus bocas cincelaban sonrisas de felicidad. En el ambiente flotaba la paz mezclada con el aroma del amor que se profesaban y que sellaban cada noche antes de sucumbir al sueño.

—Hoy he recibido carta de tía Alexia —mencionó ella, con su mejilla apoyada en el hombro de su esposo y su mano reposando en el torso velludo de este.

—¿Cómo están todos en Londres?

—Rose, deseando tener a su retoño; Daisy está disfrutando con su papel de madre y de marquesa; Violet empieza a hacer planes para su debut dentro de dos años, tiene a todo el mundo loco; y Lousia cada día está mejor. Mi tía quiere hacer una fiesta de final de temporada en Kingeston House y me pregunta si iremos.

—Por supuesto, si tú quieres.

—Entonces, mañana le contesto diciendo que puede contar con nosotros.

Angus se movió, se colocó sobre su esposa, con las manos a ambos lados de la cabeza. Ella rodeó el cuello de su esposo con los brazos. El lord mordisqueó juguetonamente el cuello de Lily y ella se rio. Después, besó sus labios, todavía inflamados de la pasión de momentos antes.

—Aún no tengo sueño... —musitó ella en cuanto sus bocas se separaron, en un tono sensual en clara invitación—. Tendrás que entretenerme, es tu obligación como esposo.

Al vizconde se le escapó una carcajada.

—Tus deseos son órdenes para mí, vizcondesa.

Esta vez fue ella la que se rio, pero sus risas quedaron sofocadas cuando ella notó la lengua caliente de su esposo acariciar los pétalos de su sexo.

Y entonces, ambos se saborearon el uno al otro con la pasión de una pareja enamorada que había quedado unida para siempre, por un amor que se llevaba cociendo desde la infancia y que ni los infortunios del destino habían podido separar.

Y la noche se les quedó corta debido al deseo que sus cuerpos sentían, como si fuera lumbre inagotable de un hogar. Pero tenían toda la vida por delante, un futuro luminoso cargado de felicidad.

***

El comedor de gala de Kingeston House estaba adornado con todo tipo de flores y adornos. Se

trataba de una estancia enorme, los tapizados, cortinas y paredes eran en rojo, blanco y dorado, y había esculturas de mármol por todos los rincones. Lujosas alfombras púrpuras cubrían el suelo de madera. El techo, en forma de cúpula y de donde colgaban enormes arañas de cristal, era alto y estaba ornamentado con exquisitas pinturas neoclásicas. Sin duda, el suntuoso lugar era perfecto para la celebración del final de una temporada. La ocasión bien merecía lo mejor, y más teniendo en cuenta que casi toda la aristocracia estaba presente. La cena había finalizado y los invitados fueron al salón de baile, era una enorme estancia a continuación del comedor de gala, decorado con el mismo estilo lujoso. La pista se llenó enseguida una vez que la orquesta, situada en una tarima rectangular con barandas, empezó a tocar.

Daisy y Cameron estaban bailando, ella vestía una prenda de muselina color crema con detalles brillantes y él estaba ataviado de rigorosa etiqueta. Con todo, ella empezó a encontrarse mal y lord Befast acompañó a su esposa al jardín a que tomara el aire. Se fueron a un rincón para que nadie los molestara. Era julio y hacía calor tanto en el interior como en el exterior; aun así, en ese instante un aire fresco reavivó a la dama y no tardó en sentirse mejor.

—¿Quieres que te traiga un vaso de agua? —preguntó preocupado Cameron, acarició la mejilla de su esposa—. Estás muy pálida, creo que será mejor que regresemos a Befast Palace y llame al médico.

—No, no hace falta, solo es un ligero mareo, y ahora me encuentro mejor; además, debo acostumbrarme porque serán frecuentes a partir de ahora. —Sonrió—. Creo que Dahlia en unos meses tendrá un hermanito.

El rostro del lord se iluminó, su boca se alargó en una enorme sonrisa.

—¡Qué fantástica noticia! —La abrazó y la alzó del suelo entre risas—. ¡Entremos, no puedo esperar a que todos se enteren!

—Esperemos unos días, mañana viene el médico y prefiero que lo confirme.

El lord asintió y después besó a su esposa con fervor.

Mientras tanto, en el interior la velada seguía, y Alexia y Lousia estaban en un lateral de la pista de baile sentadas en sillas y miraban a los invitados danzar mientras se abanicaban el rostro. La duquesa llevaba un vestido de seda azul oscuro y la marquesa uno satinado en un tono verdoso.

—Una de las cosas que más echo de menos es bailar —farfulló Lousia—. ¿Te puedes creer que he perdido la cuenta de los años que hace que no lo hago?

—Le puedo decir a mi hijo o a alguno de mis sobrinos que te saquen a bailar.

La marquesa de Wendy estalló a carcajadas, cerró el abanico.

—Ni se te ocurra, querida, ahora soy experta en dar pisotones, prefiero guardar la poca dignidad que me queda.

De soslayo, la duquesa vio a Violet, que miraba furtivamente desde una de las puertas acristaladas abiertas que daban al jardín.

—Mi sobrina Violet otra vez está curioseando. —Se abanicaba con vigorosidad, la noche

estaba siendo calurosa—. Se cree que nadie la ve, pero es imposible no advertir esa cabecita curiosa asomada en la puerta abierta. Dudo que sea la única que lo ha visto, mañana le daré una buena reprimenda.

La marquesa de Wendy sonrió.

—No la regañes. Le gustan mucho los bailes y le encanta ver los vestidos de las demás damas. Solo está curioseando; además, no está haciendo nada que nosotras no hicimos a su edad.

—Me recuerda tanto a su madre, Jane nos dio muchos problemas de cabeza a mis padres y a mí, espero que Violet no sea tan rebelde cuando le busquemos un pretendiente.

Las damas no siguieron con la conversación, ya que Humphrey, vestido con elegancia, se acercó a ellas, el hombre hizo una reverencia, de soslayo apreció a la marquesa fulminarlo con la mirada.

—Madre, me gustaría que me concedieras un baile.

Alexia le sonrió mientras plegaba su abanico y lo dejaba en la silla vacía de su costado.

—Hijo, creo que se lo tendrías que proponer a alguna dama joven y soltera de las que hay por aquí. ¿Has visto a lady...?

—Madre, solo un baile.

La duquesa viuda comprendió que era importante que accediera, por lo que asintió y entraron a la pista. Ambos empezaron a danzar y en sus miradas se reflejaba la alegría. De tanto en tanto, Humphrey se cruzaba con Marie, que estaba bailando con un caballero del que sintió celos, pero reprimió ese sentimiento en el acto, pues era consciente de que era lo mejor. Debía olvidarse de ella, ya que no sabía el futuro que le esperaba una vez que el verdadero duque de Kingeston apareciera en escena, revolucionando de nuevo a la aristocracia inglesa. Dejó a un lado sus preocupaciones y se centró en bailar con Alexia. Disfrutó del momento y se prometió que jamás olvidaría los instantes vividos al lado de esa gran mujer.

La música cesó y Humphrey y Alexia salieron de la pista de baile, él se la quedó mirando y le dijo:

—Nunca te olvidaré, madre, te extrañaré muchísimo.

La duquesa parpadeó y arrugó el entrecejo.

—¿Te vas a marchar?

—No, madre, no si tú no quieres.

La dama chasqueó la lengua.

—Estás muy extraño, hijo.

—Pronto sabrás el motivo, madre. Muy pronto.

Agarró la mano enguantada de la duquesa y se la besó. En ese instante se acercó Rose, que, ataviada con un vestido de muselina en un tono marfil, lucía un aspecto atractivo y radiante. La acompañaba su esposo.

—Nosotros nos vamos —mencionó la sobrina llevándose las manos al abultado vientre—. Estoy muy cansada.

—Me hago una idea, querida —dijo la duquesa mirando el embarazo de esta—. Suerte que ya te queda poco.

Los condes de Hampford se despidieron y se fueron.

—Se los ve tan felices —expresó la duquesa viendo cómo la pareja se alejaba—. Se aman y eso se ve a simple vista. Aún me acuerdo cuando Rose no se lo puso fácil a Garrett.

—Son muy afortunados.

La dama miró a Humphrey.

—Algún día tú también lo serás, hijo.

Él apretó los labios, no quiso desmentirla para no levantar más sospechas, pero él nunca sería tan feliz como los condes de Hampford, o los marqueses de Befast, o como los vizcondes de Wilbur. No tenía derecho a ser feliz, era un ladrón y un farsante, y pronto todos lo sabrían y se convertiría en un leproso del que nadie nunca más querría saber nada.

Por suerte, se había acercado Lily, y Humphrey se excusó y dejó a las damas hablando.

—Lousia está sola, debe estar aburriéndose, anda, vamos, acompáñame —pidió la duquesa.

Alexia deslizó la mano por el hueco del codo de su sobrina y enfilaron al lateral, pronto vislumbraron el lugar donde estaba la marquesa de Wendy, sentada en una de las sillas, ubicadas en esa zona para que los invitados pudieran descansar. Vieron cómo Lousia se despedía de una dama que se había acercado a saludarla.

—Tía Alexia, creo que el cáliz es mágico.

—¿Por qué lo dices?

—Me unió a Angus. No me digas que no fue un milagro que sacara su papelito.

Alexia soltó una carcajada.

—Querida, confieso que me tomé ciertas libertades y todos los papelitos que había dentro del cáliz tenían el mismo nombre.

A la sobrina se le desencajó la mandíbula.

—¡Tía Alexia! ¿De verdad hiciste trampas?

—Bueno, solo fue una pequeña trampa. Te vi tan enamorada de Angus que merecíais una oportunidad.

Lady Wilbur se detuvo y provocó que la duquesa también lo hiciera.

—Tía Alexia, muchas gracias. Eres la mejor tía que mis hermanas y yo podíamos tener. Te quiero mucho.

Acto seguido extendió las manos hacia su tía y la abrazó fuerte.

—Oh, mi niña —farfulló con lágrimas de emoción brotando en sus ojos gris claro, la estrechó entre sus brazos con cariño—. Yo también te quiero, a ti y a tus hermanas.

Las damas no eran conscientes de que no muy lejos de allí estaban Angus y Robert, observando la escena con una copa de champán en la mano de cada uno, sonrieron cuando las damas se abrazaron. Ambos estaban ataviados para la ocasión con levitas elegantes en tonos diferentes, pero semioscuros, camisas blancas y unos chalecos de seda de damasco de diferentes

tonalidades claras.

—¿Te acuerdas, tío, cuando te pedí que me dijeras solo una cosa por la que valiera la pena vivir?

Robert dio un sorbo a su bebida antes de contestar.

—Cómo olvidarlo, fue cuando recién regresamos a Londres. Y si no recuerdo mal, yo te dije que solo tú podías responderte a esa cuestión.

—Pues tengo la respuesta —mencionó sin dejar de mirar a Lily—. Por amor vale la pena vivir.

—Me alegro de que tengas un motivo por el que vivir, y yo espero cumplir muchos años para poder verlo. Por cierto, ¿y tus dolores de cabeza?

—Desaparecieron en cuanto recuperé la memoria.

—Ahora podemos confirmar que los milagros existen.

Pasó un sirviente al lado de Angus, este dejó la copa sobre la bandeja.

—Lily es el milagro —dijo sonriendo sin dejar de observarla, su esposa era su sed y su agua, en ese momento ella estaba hablando con Lousia—. Si me disculpas, voy a bailar con mi dama.

Se acercó a la lady y salieron a la pista de baile. Danzaron sin dejar de mirarse, fusionándose el uno con el otro.

—Te amo, Lily. Te amaré siempre.

Ella nunca se cansaba de escucharlo, era poesía para sus oídos.

—Yo también te amaré siempre. Porque mi vida eres tú, lo fuiste desde aquel verano que, siendo unos críos, recién empezamos a comprender que estábamos hechos el uno para el otro.

El amor de Lily y Angus era como una flor que crecía dentro de ellos. La primavera se había hecho eterna en sus corazones, donde ni las tormentas ni el frío de un duro invierno nunca tendrían cabida.

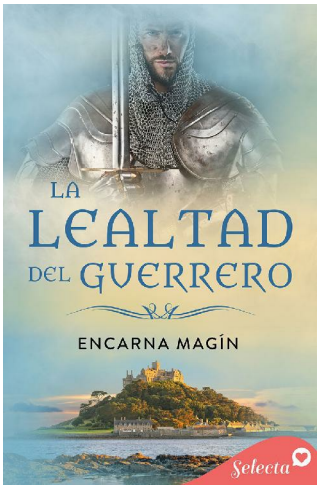
Fin

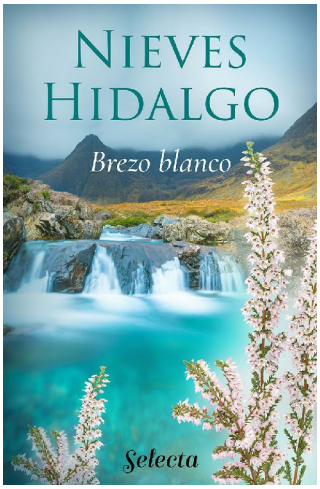
Si te ha gustado

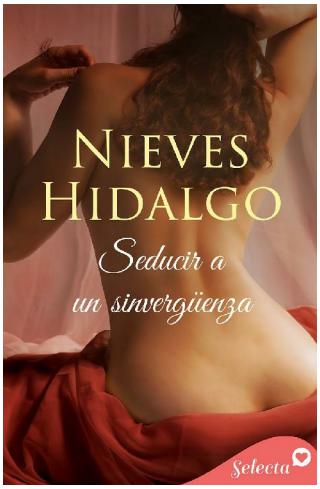
Un vizconde para Lily

puedes disfrutar de estas

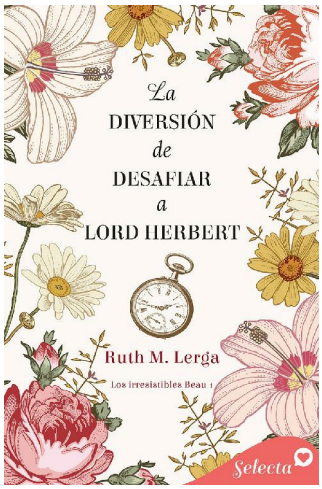


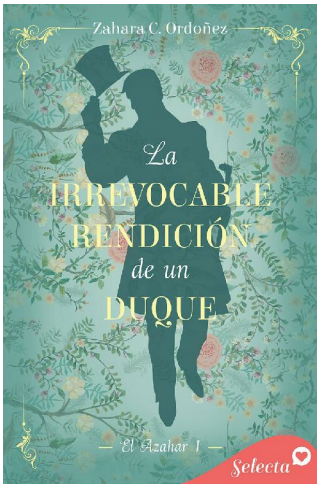


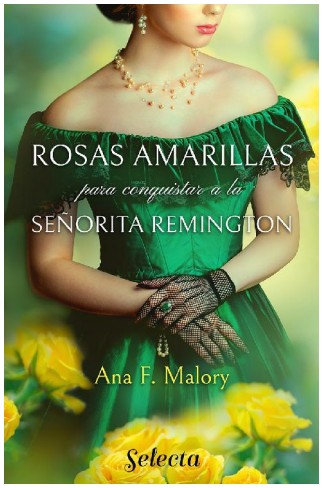





NIEVES HIDALGO
Serie Un romance en Londres
EDICIÓN LIMITADA
Rivales de día, amantes de noche
Ódiame de día, ámame de noche
Días de ira, noches de pasión
Lili, la intrépida hija del duque
Alex, la indómita sobrina del conde
Selecta


La DIVERSIÓN de DESAFIAR a LORD HERBERT
Ruth M. Lerga
Los irresistibles Beau 1
Selecta


Zahara C. Ordoñez
La IRREVOCABLE RENDICIÓN de un DUQUE
— El Azahar I —
Selecta


ROSAS AMARILLAS
para conquistar a la
SEÑORITA REMINGTON
Ana F. Malory
Selecta

Ella nunca lo olvidó.
Él juraba no haberla visto jamás.



La señorita Lily McJones es la siguiente de las hermanas en buscar marido. Ella siempre ha sido una mujer práctica, no deja que su corazón nuble su buen juicio, así que no tendrá ningún problema en casarse con un buen pretendiente.

Sin embargo, una tarde, mientras pasea con su hermana y su tía, se cruza **con el vizconde de Wilbur, Angus Chapman**. Reconoce de inmediato su peculiar mirada y su corazón palpita emocionado con el reencuentro. Se trata del niño con el que jugaba de pequeña en la casa familiar de Edimburgo, y ambos habían hecho una promesa.

Pero por más que Lily insiste en que se conocen, Angus niega ser ese crío y le dice que está equivocada. **Lo que dama no sabe es que hay un motivo de peso por el cual él no la recuerda**.

Encarna Magín nació en Girona. Actualmente vive en Banyoles rodeada de su marido, el amor de su vida, sus tres hijos y un perrito de lo más travieso. Le encanta leer, aunque la debilidad por la novela romántica la ha llevado a iniciarse en el precioso oficio de la escritura. Siempre tiene en mente nuevas historias. Historias que hilvana entre girasoles y al lado de la chimenea de su hogar, y de las que espera que sus lectores disfruten tanto leyéndolas como lo hace ella escribiéndolas.



Edición en formato digital: octubre de 2023

© 2023, Encarna Magín
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19116-85-7

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un vizconde para Lily

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Encarna Magín
Créditos